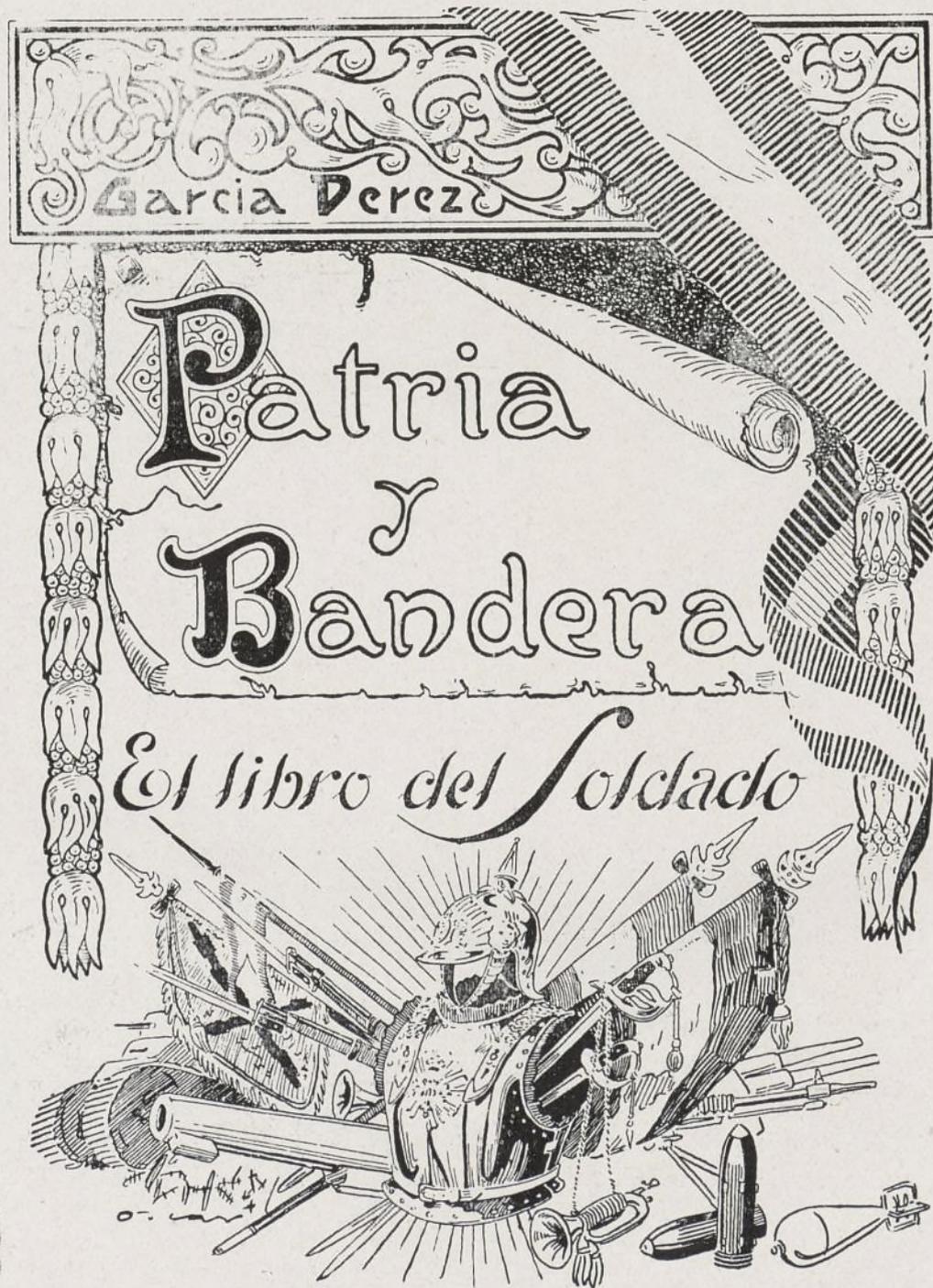


ARMAS Y LETRAS



CÓMO VIAJAN LOS RAJÁS (COPIA DE UN GRABADO ANTIGÜO)

Folleto de gran interés



PRECIO: 60 CENTIMOS

PEDIDOS A ESTA ADMINISTRACION

MANUAL DE IDENTIFICACION JUDICIAL

(DACTILOSCOPIA, FILIACION DESCRIPTIVA Y FOTOGRAFIA)

— POR —

Vicente Rodriguez Ferrer

Director de 1.^a clase del
Cuerpo de Prisiones

Segunda edición revisada y aumentada. Un tomo en 8.^o encuadernado en tela, de 424 páginas con 124 figuras y varios modelos de tarjetas de identidad de todos los países

PRECIO: 8 pesetas en Madrid y 8,50 en provincias

Pedidos: EDITORIAL REUS (S. A.), Cañizares, 3 dupdo.—Madrid

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9 MADRID Teléfono 4038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRETERAS, DRAGONAS Y HOMBRESERAS, CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS, EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC. ETC.

MENA

FOTÓGRAFO

CARRETAS, 39
(Frente a Romea)

Tres carnets para identificar 3 pesetas
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme que se desee para cuartos de banderas y estandartes a 25 ptas. *Novedad fotográfica*, 33 calcomanías para aplicarse en papel, cartas, cintas, esmaítes 5 pesetas

BLANCO HUECAS

para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2

Su administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultramar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan acompañados de su importe

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR

Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases
Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

AVISO: La casa que más paga oro, plata, platino, dentaduras, alhajas y papeletas del monte. *Plaza de Santa Cruz, 7 (Platería)*

CASA HERNANDO

Avenida Conde Peñalver, 3—Teléfono 23-53H

Venta de toda clase de máquinas de escribir. Reparaciones muy económicas, accesorios de toda clase. Cintas, papel carbón, tampones y efectos de escritorio. *Se hacen abonos para Madrid y provincias. Presupuestos gratis*

AVISO A NUESTROS SUSCRIPTORES

CAMBIO DE DESTINO

Con el fin de evitar la pérdida de ejemplares, rogamos a nuestros suscriptores nos avisen lo más pronto posible su cambio de destino, utilizando el boletín inserto a continuación y que pueden enviar a nuestra Administración, en sobre abierto, franqueado con sello de dos céntimos:

D. _____ empleo _____ que prestaba sus servicios en _____ ha sido trasladado _____ desde donde desea seguir recibiendo los ejemplares de la Revista ARMAS Y LETRAS.



PARA HOMBRES

Ayer ventrudo,
hoy enjuto,
es que uso
la FAJA DE JUSTO.

Carmen, 10.--MADRID

Ultimos modelos de Corsés para señoras y niños

SOMBRERERIA de JORGE GRACIA

Agente exclusivo de las marcas inglesas

Casa especial en gorras de uniforme, roses de gala y de diario para el Ejército
ZARAGOZA, 58, COSO :- Teléfono 752

ZACARIAS HOMMS

PROVEEDOR DE

EQUIPOS MILITARES



FUENCARRAL, 55.--MADRID

TELEFONO 583

APARTADO DE CORREOS NUMERO 588



Redacción, Admón. y Talleres: Calvo Asensio, 3.

Director: Vicente Valero de Bernabé

MANCHAS DE TINTA

EL RESURREXIT NACIONAL.

¡Cuántos corazones de mujeres han sido traspasados por la dura saeta del dolor, por la cruenta guerra de Marruecos, que parece en estos momentos esclarecerse y poner de manifiesto de una vez un verdadero programa de protectorado, gracias al encumbramiento nacional de un pueblo por la disposición de la presente dictadura! No existe villa, por pequeña que fuere, en España que no exista una mujer que haya sido la afligida Dolorosa de la tragedia del calvario marroquí. Ora por el hijo amado que ha perecido villanamente entre las inhospitalarias tierras rifeñas por las hordas inhumanas, ora por el amante que ha luchado entre la fiebre del dolor, pereciendo en el campo de batalla o en el frío de los hospitales de sangre, y algunas veces ser prisionero, sufriendo todas esas iniquidades que cuenta la historia de los mártires del furor salvaje, y otras volver a la Península para dejar sus fríos huesos, que es lo único que ha traído de allí. A todas estas iberas dolorosas quiero mandar un recuerdo para que, leyendo el presente ejemplo de organización ciudadana, reconozcan como salvador de esta tragedia funestísima al caudillo que guía el timón de la potente embarcación del Estado.

En la tarde octubrerá que palidece, el sol dorado ya, los pámpanos y follajes de las arboledas y viñedos, que sólo transitan por la calle las viejas enlutadas, cubiertas con los espesos velos negros, cruzándose con el cura, que, hermético y sonriente, cruza calles que sólo son turbadas por los aullidos lastimeros de los perros vagabundos y hambrientos y los harapientos niños, medio

descalzos, que no asisten a la escuela pública por miedo a la paleta y por amar el analfabetismo en que han nacido y por ser más felices libres entre el lodo de la calle y arrastrándose sobre el estiércol de la calle con juegos rudos y con palabras violentas y malsonantes. Todo se envuelve en una rudeza que lleva más tristeza que la que en sí posee. Y éstos son los medios básicos del sufragio universal, cuando se ignora la idea y la voluntad corporativa del bienestar nacional. Estos son los pueblos que queremos ver como medio de la democracia, cuando no se le ha inculcado el menor medio de cultura y se hallan ensimismados en el barbarismo de la inercia intelectual.

Pues bien; este pueblo, que es uno, uno cualquiera de España, pues conociéndose uno se conocen todos, porque todos se hallan cortados por el mismo patrón, y por eso no importa su nombre, es donde acaeció lo que voy a relatar.

Una casa rica, la más hacendosa del pueblo y dentro de esa riqueza relativa de los pueblos. Todo es grande en la casa. Amplio portal, con un corredizo largo, con un patio en el fondo lleno de carros y de otros instrumentos de arar; con una cuadra llena de mulos y de yeguas, que se remueven entre la paja del pesebre, que a su fondo se levanta la pajera. Un amplio huerto en la parte posterior del edificio, con algunos árboles frutales, entre ellos higueras de amplios pámpanos y granados raquíticos, esa fauna de estilo barroco, entre una siembra que muere de hastío y se ahoga de sed, pues la noria es inservible y hay poca agua. En la fachada hay dos amplios balcones y en la planta baja una reja,

ni sevillana ni castellana, porque tiene de todo. Por la ventana, a través de los cristales cubiertos de unos cortinajes modestos, pero aseados, penetra la luz postrera del crepúsculo vespertino. En la habitación, que tiene aspecto de recibidor y de costurero, se ven unos muebles sencillos y limpios, unos cuadros de postales, un calendario, una cómoda, un espejo, unos floreros, una máquina de coser, una estera que cubre el suelo. Cerca de los cristales de la reja hay dos mujeres que, con sendas labores caseras, trabajan silenciosas o comentan con reposo algún asunto de los que siempre hay que contar en el pueblo. Las dos son morenas, de cabellos negrísimos, de ojos oscuros y de estatura regular. La una es hija de la casa, y la otra es su amiga. En las dos hay un gesto de dolor, porque tienen el corazón lleno de zozobra ante las crueldades de Marruecos, porque allí tienen sus quereres, que piensan constantemente en ellas. La hija de la casa tiene, además del novio, a un hermano, que es el novio de la otra joven que está con ella. Trabajando pasan las horas de la tarde, y charlando de cuando en cuando de sus novios, que están en la guerra. Se cuentan las cartas que reciben, lo que ellas dicen, cuantas impresiones sienten al leerlas. En todo esto entra también otra heroína del dolor de la guerra, que es la madre y el ama de la casa. Lleva un sello de tristeza, una pesadumbre tal, que parece arrastra el peso de una cadena de dolor por la ausencia del hijo amado. Después de saludar y preguntar por nuevas noticias, se sienta y empieza a leer el periódico, ávida de saber cuantas noticias llevan de Marruecos. En la lectura se oye unos suspiros que ahoga con unas lágrimas que brillan en la semioscuridad de la habitación. Las tres sienten igual peso que les aflige y les desgarran el corazón. La pesadilla de Marruecos descarga sobre estas mujeres, como sobre las tres Marías de la Pasión.

* * *

Ha transcurrido el tiempo, y este lapso de tiempo ha traído tanto dolor como esperanza. Los novios de aquellas dos mujeres, uno de ellos hijo de la otra y hermano de una joven, han muerto los dos. El uno, ante el heroísmo de un blocao devolviendo las bombas que lanzaban en el interior del fuerte, pereciendo en la metralla de una que

le estalló en su mano, que no le dió tiempo para devolverla al enemigo. El otro, después de una serie de penalidades y de sufrimientos sin cuento, de padecer sed y hambre en las batallas sin plan, ha muerto en un hospital, víctima de una enfermedad que tan epidémicamente causa tantas bajas como en la guerra. Basta con esto para comprender qué situación sería la de aquellas mujeres que han apurado hasta las heces del cáliz de los dolores el veneno emponzoñado del dolor. Sus ojos han sido pastos de las lágrimas como el monte de las voraces llamas del incendio. Pero un día, un día lleno de luz y de sol de primavera, sienten que aquel pueblo anegado de dolores y de miserias, grita de contento, canta soberano y feliz mientras repican las viejas campanas como queriendo celebrar con sus lenguas de hierro la alegría del pueblo, la música toca pasodobles, recorriendo las calles, llenos de aires castizos y españoles, mientras todos dan salvas y aplauden entre vítores de entusiasmo. "¿Qué es lo que pasa?", preguntan aquellas mujeres que ha tiempo que no se habían asomado a la calle, escondidas en lo más hondo de la casa llorando la pérdida de los seres tan queridos. "Que han triunfado de una manera eficaz las tropas españolas, que se han apoderado de la vivienda del hombre moro, que ha dado tanta muertes a los españoles y que lo han acorralado y se ha entregado por fin."

Aquellas mujeres ven en aquellas manifestaciones de júbilo una esperanza, como si se cantara el ¡Resurrexit! de la gloria nacional al resucitar el alma de la patria, manifiesta por aquella masa de gente humilde y sencilla. Son como seres que, purificados por el dolor de una guerra sin cuento, sienten renacer en su alma la grandeza de la España fuerte y pujante que ha apresado en otro tiempo el sol. Representan a la heroicidad de aquellas otras que, pereciendo en Numancia y en Sagunto, ven renacer de sus cenizas el ave fénix de la gloria patria, para remontarse por la senda de la reconquista salvadora.

Preguntan la causa de aquellas victorias y saben que ya en España no gobierna la fuerza y la política caciquil, que antes todo lo perjudicaba por buscar tan sólo el bien personal, como avaros de las riquezas patrias. Que de aquella confusión de odios, de terrorismo, de pillaje, de desequilibrio

y de deshonor ha nacido un caudillo insigne que quiere levantar a España a lo que ella merece y que el pueblo ve como el mesías anhelado, y canta por eso el hosanna y el resurrexit nacional con vítores y aclamaciones delirantes. Que aquel mismo pueblo, como los demás del resto de España, han salido de la lepra que les corroía, como enfermos graves de la epidemia reinante tantos años, que llamaban caciquismo. Que el pueblo, que moría de sed, tendrá el agua abundante para que se pueda completar una obra de higiene y los campos, resecos e infecundos, ante el frescor del agua producirá abundante cosecha; que poseerá las escuelas necesarias, montadas con los medios pedagógicos modernos, para que la juventud y la niñez de hoy día no sea el hombre inculto de ayer,

que desconocía sus derechos y deberes de ciudadano, y de esta forma se cumpla la ley y se ame a la enseñanza, que es cultura y adelanto civilizador; que los municipios se administren dando a cada uno lo que es suyo y abonando lo mismo lo que le pertenezca, y que, en fin, toda España cumpla con su deber y la autoridad sea firme y respetada para dar a todos lo que es de justicia.

Y al oír todo esto, aquellas mujeres, que representan el dolor de la nación que ha sacrificado un hijo, un hermano y amante en el ara del sacrificio nacional, sienten revivir en sus entrañas un orgullo patriótico para que sus labios exclamen ante aquella resurrección: ¡Oh, resurrexit! ¡Resurrexit!

JOSE LABORTES

LA BUENA MADRINA

Recientemente, en una simpática y sencilla ceremonia militar y familiar, se experimentó la gratitud colectiva de los soldados franceses para una de sus mejores madrinas de guerra.

He aquí la pequeña historia, que merece conservar su puesto y su valor de anécdota en la gran crónica de los ya pasados días memorables de angustia y de victoria.

Cuando se rompieron las hostilidades en 1914, monsieur y madame Santet, ambos originarios de Masor, resolvieron, como no tenían hijos, consagrar sus bienes y su actividad a mitigar los quebrantos y miserias de los que combatían.

Y desde el mes de octubre comenzó la generosa serie de sus envíos a los jefes de Cuerpo, que recibieron de estas buenas gentes tantos obsequios como hombres tenía el respectivo regimiento. El 20 Cuerpo fué el primer beneficiario de éstas, que se multiplicaron, donaciones, durante toda la duración de la guerra, sin que los donantes fuesen nunca, ni en manera alguna, auxiliados por ajenos concursos manuales o por apoyos financieros.

Al terminar la guerra, Mdme. Santet era la buena madrina de diez batallones de cazadores a pie, el cincuenta regimiento de Infantería, de regimientos de Caballería, de fusileros de Marina. Los hospitales de París, los de Salónica, el tren de heridos fueron igualmente objetivo de sus generosidades. Aquí y allá, en un lado y en otro, los envíos de esta madrina a sus innumerables ahijados han representado más de un millón de obsequios.

Después de la guerra, Mdme. Santet y su marido no han dejado un solo momento de ocuparse de los combatientes y de rendirles múltiples servicios.

El gobierno francés no podía dejar de manifestar a esta buena francesa la expresión sincera de la gratitud nacional, y le otorgó la cruz de la Legión de Honor, que le fué solemnemente impuesta por el bizarro general Gouraud. Y los "ahijados" han querido asociarse gozosamente a este gesto oportuno.

El 29 de enero se dió una fiesta en honor de madame Santet por el regimiento 152 de Infantería en Colmar.

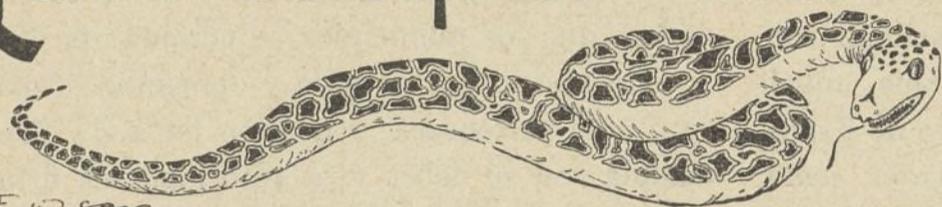
El 30 de abril último, Mdme. Santet visitó en Wissemburgo el primer batallón de Cazadores, que ha recompensado a su benefactora nombrándole cabo honorario.

Esta visita de la buena madrina fué festejada como merecía serlo. En el cuartel, a donde se la condujo en seguida, se encontró al primer batallón formado en el patio. Se presentó al nuevo cabo, recordando el comandante Biremontjado cuánto la debían sus cazadores, y la simpática viejecita pasó revista al batallón, acompañada de su perrito, que durante la guerra fué mascota de los cazadores.

El batallón ofreció, a continuación, a su madrina, un vino de honor.

Y hubo, además, una recepción de los oficiales en la sala de honor, almuerzo y gran fiesta, cuyo gozoso y encantador recuerdo será conservado por todos.

Los sacrificios humanos



en Cuba

Son muy emocionantes, y hondamente emocionantes, los sacrificios humanos exigidos por el macabro culto de Vudú, perpetuado entre los negros de las Antillas y de los Estados Unidos del Sur. Una niña de tres años fué no ha muchos años estrangulada por tres brujos negros que la arrancaron el hígado para dárselo como medicina a una vieja enferma.

Veamos qué extraña secta es ésta, que tuvo aterrorizada a la República de Haití y que, poco o mucho, se practicó en todos los países americanos donde hay negros.

Se trata de un culto ancestral llevado del Dahomey, culto sangriento y horrendo, que en aquella región africana ha durado hasta su conquista por los franceses. La isla de Santo Domingo fué el primer sitio de América donde se oyó hablar de los crímenes que constituyen el ritual de Vudú. El emperador Soulouque y el presidente Salnave se afiliaron a la secta para dominar mejor a sus súbditos y cuando el presidente Geffrard quiso luchar contra este resto de barbarie africana, sus esfuerzos no tuvieron resultado. Para extinguir el culto de Vudú sería preciso coger a todos los negros y enviarlos al Africa.

El Vudú es una serpiente de gran tamaño, pero absolutamente inofensiva, que se tiene encerrada en una jaula y se presenta a la adoración de los fieles durante las ceremonias religiosas que se celebran en lo más escondido del bosque. La asamblea se reúne en secreto, al anochecer, llevando los iniciados pañuelos rojos alrededor del cuerpo y silenciosas sandalias en los pies. Llegados al punto de la cita, agrúpanse ante el altar donde se encuentra la serpiente, y a uno y otro lado del mismo se colocan el "papaloi" y la "mamaloi", es decir, el gran sacerdote y la gran sacerdotisa.

Después de una breve adoración al ofidio, prestan todos juramento de fidelidad absoluta, de obediencia ciega, de discreción a toda prueba, y en seguida los fieles se colocan en círculo y cada uno se acerca por riguroso turno, para exponer sus peticiones, o lo que es lo mismo, para preguntar los medios de obtener el dominio, la riqueza, el amor de una mujer ingrata, la curación de una enfermedad y, con más frecuencia, la desgracia para un enemigo o la ayuda para un crimen.

De ordinario, la ceremonia termina subiendo la

mamaloi al altar y contestando desde allí, en medio de temblores convulsivos, a las preguntas hechas, después de lo cual se pasa un sombrero para que cada uno aporte su ofrenda pecuniaria, que, según la pitonisa, ha de hacer más favorable al dios Vudú. El gran sacerdote retuerce el pescuezo a un gallo blanco y a un cabrito sin mancha, vierte la sangre de ambos animales en una vasija donde beben todos los presentes, y tras una danza salvaje márchase cada uno a la hacienda donde trabaja o a la casa donde sirve.

Mientras las ceremonias no pasan de ahí, la extraña secta resulta bastante inocente. Hasta los medios que la gran sacerdotisa propone para acabar con una persona odiosa, sue'en tener poco de terrible, pues se reducen a ir de noche al bosque, encender una hoguera y sacudir sobre ella una culebra y una vara de donde se cuelgan ciertos amuletos, repitiendo al mismo tiempo un conjuro en el que se pide a Vudú la destrucción del enemigo. Para que el conjuro resulte eficaz, debe repetirse sesenta y cuatro veces, es decir, el cubo de cuatro, porque este número es sagrado para los vuduistas.

Pero con frecuencia acontece que al final de la ceremonia nocturna uno de los fieles se adelanta, se postra ante la mamaloi y le pide "el sacrificio completo del cabrito sin cuernos". El cabrito sin cuernos es un niño.

Hace ya años, un sacerdote católico, convenientemente disfrazado de negro, pudo asistir de lejos a una ceremonia de los vuduistas, y vió los preparativos de este sacrificio completo. Delante del altar había un niño atado de pies y manos. A una señal del papaloi, alzaronlo por medio de una polea, y el gran sacerdote sacó su cuchillo. Aterrorizado por lo que iba a suceder, quiso el cura interponerse, mas no sólo no obtuvo el resultado que se proponía, sino que a duras penas pudo salvar el pellejo. Pocos días después, las autoridades le aconsejaban que abandonase la isla, pues no podían responder de él.

En 1863 el *Diario Oficial de Haití* publicó el relato de un drama parecido. Un negro llamado Congo Pelle quería obtener fortuna sin trabajar, y acudió en consulta a su hermana Juana, que era sacerdotisa de Vudú. Cebósele consejo, y se convino en sacrificar a la serpiente el "cabrito sin cuernos". La suerte recayó sobre una sobrina de Congo, y se fijó el sacri-

ficio para la última noche del año, que constituye con las de Navidad, Pascua y Epifanía las cuatro fiestas de los vuduistas.

El día 7 de diciembre se buscó un pretexto para enviar a la capital a la madre de la niña, y ésta fué inmediatamente llevada al bosque. Cuando la pobre mujer volvió, hicieronla creer que la chiquilla se había perdido, y ella, más cristiana que sus parientes, pasó el día en la iglesia rezando para que apareciese su hijita. Esta, entretanto, estuvo cuatro días atada sobre el altar de Vudú, sin que se apiadasen de ella los fanáticos negros, que todas las noches acudían a celebrar sus ceremonias. Por fin, atada y amordaza sólidamente, lleváronla a casa de su tía, la mamaloi, y allí la degollaron y recogieron su sangre en el vaso propiciatorio. Un papaloi descuartizó aquel inocente cuerpecito, puso la carne en platos de madera y enterró en el huerto la piel y las entrañas.

Después acudieron todos los vuduistas en solemne procesión, salmodiando un canto africano, y se dió principio al festín. Por singular coincidencia, algunos vecinos observaron la escena por una ventana. La sacerdotisa cocía la carne de la niña con guisantes, el papaloi estaba haciendo sopa con la cabeza, y todos los demás disponíanse a participar del horrible festín, bebiendo entre tanto ron y aguardiente.

Avisadas las autoridades, fueron detenidos catorce fanáticos, pero no pudieron obtenerse pruebas más que contra ocho, cuatro hombres y cuatro mujeres, que el día 13 de febrero de 1864 fueron fusilados en la plaza pública.

Recuerdo también muy interesante de Cuba, es el que relata Joaquín Blanco referente a las ceremonias de los ñañigos. Dice así:

Estando yo en Cuba, el gobernador, D. José Porrúa, y el jefe de orden público, D. Manuel de La Barrera, hicieron contra los ñañigos una campaña de per-

secución aplaudida por todas las personas honradas; y fué entonces cuando yo conocí el origen de esta asociación extraña, su desarrollo en Cuba, sus crímenes y sus luchas con las autoridades.

A pesar de mis investigaciones, que llegaron por benevolencia de los interesados hasta penetrar en sus ceremonias e intimidaciones, no logré nunca averiguar los verdaderos fines y la aspiración concreta que los anima, estando hoy convencido de que el ñañiguismo es algo parecido a las reliquias de los gitanos, talismán poderoso fundado a impulsos de la superstición.

Los ñañigos salieron de los primeros esclavos arrancados de Africa para ser importados en nuestras Antillas. Eran entonces, como lo fueron durante muchos años, esclavos sometidos al trabajo y al martirio, bestias humanas que crearon los fabulosos capitales de Cuba. Entre aquellos negros carabalís surgió la idea de asociación con el único fin de tener una fuerza grande frente a la tiranía de los blancos, y de ahí que el pacto social obligara a prestarse mutuamente, no sólo el socorro pecuniario, sino también el brazo armado en los momentos en que alguien agrediera o lastimara al compañero.

Todo el ceremonial se reducía a tres actos: el juramento, la procesión y el entierro cuando fallecía algún asociado. Después, el tiempo lo ha cambiado todo; la asociación se convirtió de defensiva en ofensiva y entraron a formar parte de la colectividad los blancos de todos los países, especialmente españoles, a los cuales fueron vendidos los secretos de la ñañiguría por no sé cuántas onzas.

De aquellos tiempos antiguos se conserva el traje de diablito, adornado con pieles y rodeadas las piernas de campanillas, llevando la cara tapada con un capirote, redondo en su extremidad. Los asociados habían de ser robustos, tener mucha salud, valor probado y odio implacable al blanco. No hablaban otro lenguaje que el dialecto carabalí, y los juramentos se guardaban tan rigurosamente, que los blancos, que



entonces eran amos absolutos no pudieron destruir a sus enemigos.

La asamblea de Marianao, donde se concertó la fusión de blancos y negros, fué el principio de la "decadencia".

En menos de 50 años el ñañiguismo pasó del estado salvaje, pero con cierta idea de legítima defensa, al estado criminal y ridículo. Antes había mucho misterio; ahora se hace ostentación de "títulos", pintándose el cuerpo, usando ciertos trajes, celebrando reuniones casi públicas y retratándose como puede verse por los adjuntos grabados. En las modificaciones hechas, los ñañigos han tomado a la Iglesia el incienso de sus altares y el agua bendita de sus pilas; han copiado de la masonería ritos, ceremonias y juramentos, haciendo un conjunto repugnante, mezcla de cosas buenas y sagradas, llevando algunos "juegos" su insolencia hasta establecer en sus estatutos que las cortinas del *Fambá* (templo) fueran de color rojo y amarillo, como los de nuestra bandera.

El juramento lo presta un nuevo "juego" ante otro "juego" ya acreditado, y cuando es individual, ante los jefes del grupo donde entra el neófito. Es igual en uno y otro caso la ceremonia del juramento, salvo que el "juego" paga 200 pesos a los padrinos y el individuo sólo una cuota insignificante.

En una habitación, que ha de ser cuadrada, se improvisa un altar con un crucifijo bendecido por la iglesia, pues los ñañigos se atreven a decir que para ellos Dios está sobre todo. En un camarín, que se llama *Ignéfé*, se coloca la pila bautismal, y en una grada una copa de madera, adornada con cuatro plumas de gallo, que son las cuatro bases que sostienen el ñañiguismo. Esta copa se llama *Seseribó*, y es sumamente venerada, porque encierra el gran secreto de la fuerza y poder de la ñañiguería. El neófito entra en el templo con los ojos vendados; le pintan la cara de amarillo por vía de presentación; le hacen las preguntas de ritual; besa el crucifijo y la copa *Seseribó*, moja los dedos en agua bendita para persignarse, bebe sangre de gallo mezclada con aguardiente; le echan en la espalda gotas de cera derretida; apagan contra su pecho, sobre el corazón, otra vela encendida y, por último, sale un diablito y le da unos cuantos golpes en la parte posterior. Le bautizan y le quitan la venda, celebrando en seguida la procesión y quemando incienso, sin duda para atenuar los malos olores del templo y de los fieles.

En esta ceremonia figuran como esenciales atributos la escoba amarga, un tambor muy adornado, el bastón, llamado *palo mocongo*, y que representa la identificación entre todos los juegos, y una bocina que

produce un sonido semejante al bramido de una vaca, para atemorizar al que jura y quitarle el miedo.

Cuando muere algún asociado se avisa a todos los "juegos" para que asistan al entierro y contribuyan con su óbolo a los gastos. La comisión designada, antes de amortajar el cadáver, realiza ceremonias análogas a las del juramento. Matan un gallo y con él frotan todo el cuerpo del muerto, poniendo después al animalito debajo de la almohada y haciendo que los entierren juntos "para evitar que el difunto se lleve a otro hermano".

Por el camino, si se puede, se canta, y una vez en el cementerio, antes de caer el féretro en la fosa, le dedican este responso, en carabalí y en verso, según dicen:

Boñí, boñí ñampé, ellenecá macuá, sacou, minombairá, apofené que ateberé atamundirá, aboré queron abequeñon galley bairó sansorió eçué. Lo cual quiere decir: "Dios te echó al mundo; fuiste jurado y profesado; Dios ruega por tu alma, y en tu sueño no te acuerdes de ninguno de tus hermanos, que lloran tu ausencia".

Hasta hace muy pocos años la fiesta principal de los ñañigos se celebraba en la Habana, la víspera de Reyes. Salían a la calle en grandes grupos, vestidos con sus mejores trajes, llevando faroles vistosos y haciendo altos para bailar las danzas africanas. Esta fiesta era un disfraz de la intención que les guiaba, y que se conocía por el número de puñaladas que los asociados repartían durante la noche.

Mayor espacio que para dar completa explicación de estas gentes, sería necesario para explicar sus crímenes y sus venganzas terribles. Por las calles de la Habana han corrido muchas veces ríos de sangre, como resultado de batallas entre unos y otros "juegos" o como resultado de venganzas, sin que las autoridades pudieran exterminar tan peligrosas asociaciones. La dificultad principal estaba en lo bien que cumplían sus juramentos de no denunciarse y en los muchos elementos influyentes que ponían en juego, pues el ñañigo, sea por temor o por motivos incomprensibles, gozó siempre de la protección de muchas personas de la más elevada posición social.

Entre aquéllos, como entre los criminales de acá, el título de "guapo" ha sido el más respetable, el que conduce a las jefaturas y a vivir a expensas de los demás; pero con la diferencia de que allí se han dado pocos casos de "guapos artificiales", como se dan en nuestros presidios, porque los matones matan, y el que verdaderamente llega a *Isué*, a *Illambá*, *Empegó*, *Enericamó* u otras dignidades inferiores, ha sido por haber teñido muchas veces su faca con sangre humana.



CON MOTIVO DE
UN HOMENAJE

DON TORCUATO LUCA DE TENA

PRESTIGIOS
PERIODISTICOS

En el retablo de las figuras de esta España grande, vigorosa y exaltada, se destaca, con el fuerte simbolismo de un hidalgo y esforzado paladín, la figura de este español, que, encendido por el convencimiento intelectual, supo realizar una elevada y fecunda labor de recio españolismo.

Una labor popular, vibrante y enérgica, llena de idealismos nacionales, como corresponde a toda cruzada en que anida el espíritu viril de los ciudadanos elegidos por las virtudes de la raza.

La personalidad de don Torcuato Luca de Tena se destaca por su patriotismo firme y por su obra eficaz, sólida, prestigio de España.

Blanco y Negro y *A B C*, que honran los anales del periodismo mundial, débense al talento y voluntad de este trabajador infatigable, que supo, con tesón sin igual, dotar y desarrollar en su patria una empresa periodística admirable, que no respondiese a bastardos fines políticos o comerciales, sino a una independencia noble y altiva, de acendrado españolismo.

El pueblo, porque ama los corazones fuertes, los temples de acero al servicio de un corazón noble y un alma recta, con su clarividente sentir, vió en este periodista al recio español que enaltecía la patria con una labor fecunda, semilla generadora de grandes ideales hispanos, y rindió a su obra la grandiosa acogida que hace de *Blanco y Negro* y *A B C* los primeros periódicos de España.

El Ayuntamiento de Sevilla acordó rendir un homenaje a este ciudadano ilustre, patricio del periodismo hispano, interpretando el sentir de aquel vecindario, sin pensar que España entera había fijado sus ojos en este español de espíritu sano y voluntad firme, cuya obra acusa una personalidad tan recia y fecunda en los anales de la Patria.

No un homenaje local, sino nacional, merece el ciudadano que supo conquistar un prestigio que enaltece los prestigios de la Raza.

Tan preclara ha sido la obra que por España adelante vertieron las páginas siempre serenas pero concluyentes por la fuerza del prestigio, que integran el diario *A B C*, que ciudades de abolengo científico y de estirpe castellana como la salmantina, habían expre-

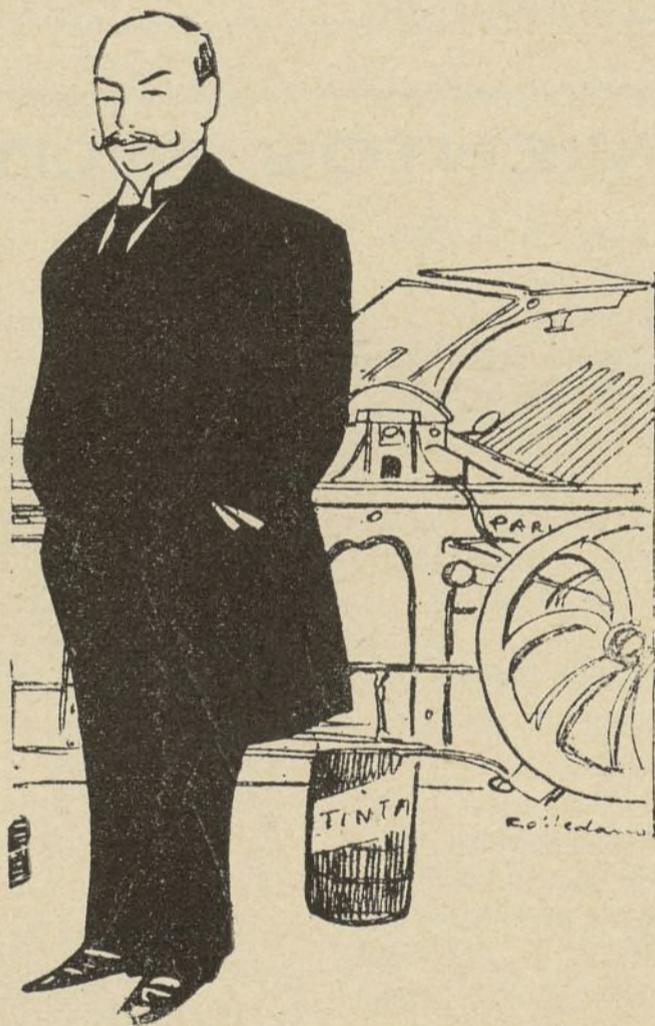
sado antes que la sevillana la idea de rendirle pleitesía al hombre que llevó a prosperidades gloriosas al periodismo, otras como Vigo lo expusieron también por medio de órganos de opinión y después de Sevilla, continuó sosteniéndose que las provincias españolas debían a D. Torcuato Luca de Tena actos efusivos que respondan a la defensa hecha por el ilustre periodista de la causa española, del Arte, de las glorias y de la riqueza de España.

Hasta ahora, sólo cupo a Madrid el honor de haber dado nombre a una de las nuevas vías ciudadanas, a una glorieta, que se llamaría de Luca de Tena.

Si el director de *Blanco y Negro* y *A B C*, modestamente, va suplicando a cuantos exponen iniciativas referentes al homenaje, que desistan de ellas; si por ahora sólo se ha podido conseguir que el señor Luca de Tena aceptase que se dé su nombre a una plaza de la capital de España, debemos buscar los que insistimos en hacerle una afectuosa expresión de las admiraciones que goza y del agradecimiento con que respondemos a las campañas patrióticas de sus periódicos, actos que no pueda rechazar o formas de homenaje que estén de acuerdo con sus ilusiones y amores.

Periodista de gran temperamento, que ha perfeccionado la Prensa y ha dignificado siempre la profesión, el Sr. Luca de Tena habría de aceptar un álbum de los periodistas, en que firmasen cuantos dedican su vida al trabajo en las Redacciones de España. Entusiasta de la vida española en sus tradiciones, en su historia, en su evolución, en su riqueza, los ayuntamientos de España, todos los cuales han visto recogidos en *A B C* y *Blanco y Negro* aspectos ya artísticos, ya de cultura, ya de prosperidad material de las respectivas comarcas, sumaríanse al homenaje y sus alcaldes y concejales firmarían en el álbum. Esta efusiva demostración del cariño de los periodistas y de las localidades de España, no podría reñir con la modestia del Sr. Luca de Tena, y el álbum sería aceptado por el hombre que con firmeza española, puso temple de raza, defendió siempre la causa de la Nación y puso fervoroso fuego en el ara de la Patria.

Nosotros brindamos esta crónica a los periodistas y



a los alcaldes de ayuntamientos, para que realicen la idea.

Las páginas de *Blanco y Negro* y *A B C*, son de gloria para la profesión y de tenaz defensa de los intereses justos y generales; de limpia literatura, de prosa en que destaca el cuidado idioma, siempre en puro giro castellano y en léxico español; el verso tiene la tradicional música de nuestro verso; y, por lo tanto, prosa y verso, tienen la perfecta sencillez de la forma, que les da gusto aristocrático. La colaboración es selecta, de firmas llenas de prestigio. Las ideas, sin hermetismos, aunque no traspasen jamás límites prudentes. El nervio, la vibración, a tono; y en las ocasiones, el artículo o el suelto políticos como espadas, hiriendo rec-

tos en el corazón. Si la revista *Blanco y Negro* es perfecta, el diario *A B C* es la obra maestra del periodismo.

Esta impresión que acerca de las publicaciones de Prensa Española es general, la recogemos para afianzar más la idea del homenaje, la necesidad de hacerlo y la urgencia del mismo.

El talento españolísimo de Luca de Tena, y el amor al periodismo deben aceptarlo si son España y los periodistas quienes le rinden su tributo de admiración por los fervores consagrados a España y a los periodistas

ANTONIO VALERO DE BERNABE

PENSAMIENTOS MILITARES

No es cuerdo juzgar del nivel moral de un Ejército por las flaquezas de tal o cual militar. Señalados sus lacras, y como alta institución cívica, respetuosa de sus principios, os responderá cauterizando el mal. Si no lo hace, atacad el falso civismo; pero atacad siempre hasta extirpar el mal.

Dos circunstancias revelan la personalidad y la fuerza de un Ejército; su ilustración y su civismo. La primera encierra el fin; el segundo lo afirma.

Siempre que de glorias se trate SED FLEMATICOS, porque de éstos es el triunfo, al decir de Saint-Just.

No hay cosa tan fácil como forjar proyectos más o menos luminosos. Lo esencial es que éstos sean factibles de realidad. Abjuremos de ese prejuicio atroficante. SEAMOS MAS PRACTICOS Y MENOS TEORIZANTES. No decir ya se hará tal cosa, sino se HIZO.

No hay cosa que más relaje la disciplina militar que la excesiva familiaridad de superior a inferior. Sed amable y bondadoso; rígido SIN DESPOTISMO. Guardad las distancias sin tocar los extremos.

La grandeza de los pueblos no se mide por la extensión de su territorio ni por el número de sus habitantes. Estas las afirman: EL FANATISMO DEL HONOR CIVICO Y LA CULTURA.

La palabra de honor de un militar, es EL ALMA MATER de su carrera.

Hay más grandeza y más acción en la calidad que en la cantidad. Elevemos intelectualmente al soldado, porque este es el primer paso hacia la fuerza única; la que ha de concluir con su funesta ignorancia.

No hay opinión humilde que esté inspirada en causa grande. La indiferencia y la timidez vacilan frecuentemente en expresarla, negando de esta suerte su propia vida. No contribuyáis con vuestro egoísmo a vedar la dominante acción del pensamiento, porque el pensamiento es luz y la luz sólo la ofuscan las tinieblas.

Santo Domingo de Guzmán caracteriza el rigorismo extremo; Gladstone, la benevolencia. Modelad el carácter militar dentro de la energía benévola y justa.

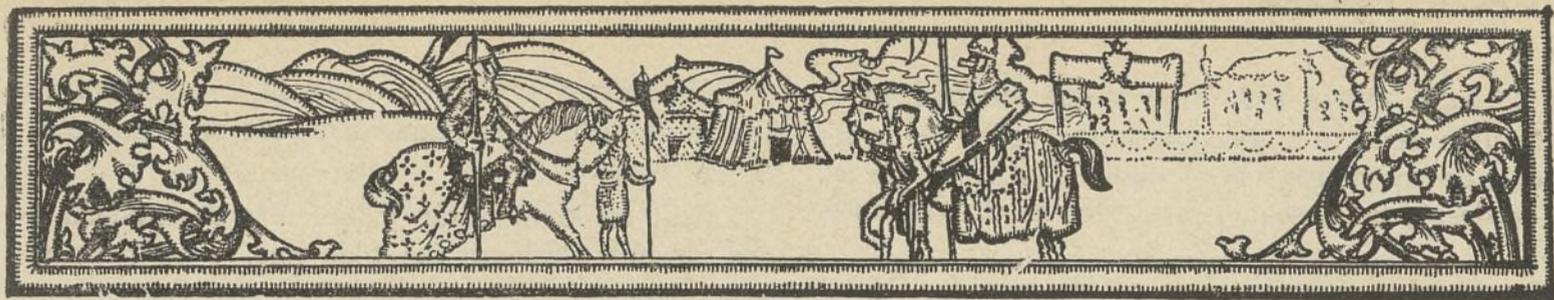
No es el alto grado de fuerza quien da prez y honra a una nación. Es el uso justificado y moral que se hace de ella.

No esperéis virtudes de un Ejército que obedezca ciega y servilmente los mandatos de un tirano. DISCIPLINA CONSCIENTE es la verdadera virtud. Esta sin aquélla no existe.

El estudio y el saber son dos fuentes de inagotable venero.

El Ejército será digno y será ilustrado. NO SERA IGNORANTE, DISOLVENTE. El pundonor y el talento no sucumben uno frente a otro, pero sí llevan el grave peligro de eclipsarse ante la obscuridad que proyecta la ignorancia.

SOLDADOS: levantad con orgullo vuestra frente cuando digáis; yo fuí soldado; evitad y combatid el vicio, y no olvidéis vuestra bandera, símbolo de paz y de justicia, jirón sublime de nuestro cielo, muchas veces acariciada por la luna en las noches de campamento, y besada por auroras de gloria en los campos de batalla.



Un viaje en busca de D. Beltrán de la Cueva

Mombeltrán y su castillo

En el corazón de la provincia de Avila hay un pueblo donde la Edad Media parece haberse cristalizado con perfección tan rara, que recorriendo sus calles angostas y de empinadas pendientes, contemplando sus casas de oscura piedra, sobre cuyas puertas campean grandes escudos nobiliarios, y en cuyos muros se abren ventanas que por lo reducidas parecen saeteras, y visitando el inmenso castillo de almenadas torres y profundo foso que se eleva altivo e imponente sobre la cumbre, se cree uno transportado a los tiempos feudales, y sorprende que al abrirse alguna de aquellas puertas en forma de apuntado escudo, que tanto abundan en el pueblo, no salgan por ella ballesteros y hombres vestidos con aceradas cotas de mallas.

¿Qué pueblo es ese?, pregunté, invadido ya por la fiebre de conocerlo.

—Mombeltrán, que cambió su antiguo y rústico nombre de Colmenar de Arenas por el que viene llevando desde hace más de cinco siglos, en homenaje a su señor, el noble y esclarecido don Beltrán de la Cueva, favorito del rey Don Enrique IV, y padre de la Beltraneja según la voz popular, primer duque de Alburquerque, Señor de Gibraltar y de Cartagena, conde de Ledesma, exmaestre de Santiago y uno de los hombres más gallardos y más poderosos de su época y una de las figuras más curiosas de nuestra historia. El pueblo era señorío de doña Juana Pimentel, viuda de aquel otro gran privado don Alvaro de Luna, y el rey, para castigar las reveldías de aquella enérgica señora, la quitó, entre otros, este feudo y se lo regaló a don Beltrán de la Cueva, el cual reconstruyó el castillo, alhajándolo con inusitado esplendor para pasar en él temporadas y con intento de llevar allí a su señor don Enrique para distraerle, pues el país es hermoso sobre toda ponderación, y para detenerle cuando se agravaran las revueltas del reino, pues el castillo es muy fuerte y en aquella región, montañosa como Suiza, es fácil la defensa contra grandes huestes.

Preparaba yo aquellos días el equipaje para ir a pasar quince o veinte días con una colonia de artistas amigos entre las espesas arboledas que rodean la ermita de la Virgen del Castañar, en las alturas que dominan a Béjar, y cuando un día, de sobremesa, hablé de la revelación que me acababan de hacer de aquel pueblo de la Edad Media cristalizado en la

época presente, de aquel castillo soberbio conservado tal y como lo dejó don Beltrán de la Cueva, y que quizá fuese testigo de sus amores con la liviana reina doña Juana de Portugal, las imaginaciones se inflamaron, y no se pensó, ni se soñó, ni se habló más que de Mombeltrán.

—Ya tengo cuadro para la Exposición: D. Beltrán, con el rey y la reina y su comitiva, pasando por alguna de aquellas pintorescas calles—decía uno.

—¡Cuánto asunto para apuntes y tablitas en aquellas puertas y en aquellas casas!—exclamaba otro.

—El castillo, elevándose sobre uno de aquellos agrestes picos! ¡Un cuadro digno de Gustavo Doré!—decía entusiasmado un paisajista.

—Hay que abreviar la estancia aquí, y marcharnos allí cuanto antes—acabamos por decir a coro.

Y, en efecto, los cuatro que disponíamos de fondos suficientes para la expedición adelantamos la fecha de la partida, y soñando con Mombeltrán abandonamos sin tristeza aquellos hermosísimos castañares, que son un verdadero paraíso, y tomando en Béjar el tren, nos fuimos a Talavera de la Reina, primera etapa del viaje.

Siete interminables leguas, en modesta y desvencijada diligencia, median entre Talavera y Arenas de San Pedro, y las recorrimos en el mes de agosto y a las horas en que el sol caía a plomo sobre aquellas llanuras y aquella carretera polvorienta y olvidada de ingenieros, contratistas y hasta peones. Pero a nosotros no nos parecieron mortales las horas. Ibamos con más ilusión que los Cruzados camino de Jerusalem o que Percival en demanda del Grial Santo.

* * *

Estos personajes comían, digan lo que quieran los novelistas románticos y los autores de libros de caballería. A nosotros nos sucedía otro tanto, y al hacer alto la diligencia para mudar de tiro, a mitad de camino y sobre las cinco de la tarde, encargamos al ventero unos huevos fritos con jamón y con tomate y unas chu'etas, que con una sandía, de las muy hermosas que se crían en la comarca, constituyeron para nosotros una comida sabrosa, y para los demás viajeros un motivo de desesperación, porque les parecía que no acabábamos nunca; pero habíamos convidado al mayoral y le teníamos de nuestra parte, y la diligencia no volvió a emprender la marcha hasta que nosotros quisimos. Una sandía tan gigantesca

que no cabía por la portezuela y que metimos en el coche para repartiría amigablemente entre los compañeros de traqueteo, nos reconcilió con ellos, que no era de despreciar obsequio tan fresco en día de tanto calor.

Bien hicimos en comer a mitad de jornada. Cuando llegamos a Arenas de San Pedro eran las nueve y pico de la noche, y mientras encontramos al cortés señor para quien llevábamos carta y éste nos encontró alojamiento, dieron las diez y media, y la dueña de la casa donde nos hospedamos, una viejecita muy limpia y muy simpática y de una sordera desesperante, nos dijo que la habíamos cogido desprevenida y que no podía darnos nada de comer, ni aun siquiera un pedazo de pan. Nos fuimos al casino, donde no pudimos causar la sorpresa ni la admiración de nadie porque estaba desierto. Un camarero acudió a nuestras palmadas y se ofreció a servirnos un chocolate, que era el plato más sólido de que podía disponer.

Mientras lo disponía nos salimos a la plaza a admirar el castillo de D. Alvaro de Luna y un hermoso nido de cigüeñas que se veía sobre la torre, y que la luz de la luna iluminaba perfectamente. Parecía aquello una decoración de teatro y no contribuían poco a hacer más fantástico el espectáculo las yedras que colgaban de los paredones del castillo y las pintorescas montañas que en lontananza le servían de fondo.

No tuvimos ojos al día siguiente para las bellezas de Arenas de San Pedro y de sus cercanías sitios de que hablaré en otra ocasión, sino que, tomando muy de mañana el coche, salimos para Mombeltrán, con escasa merienda, pero con amplia provisión de placas fotográficas y de tablitas para tomar apuntes.

Desde mitad del camino la belleza del paisaje empezó a imponerse, haciéndonos callar en nuestras conversaciones para poder admirar mejor. Descendíamos por una de las laderas de un gran anfiteatro de montañas cubiertas de pinos hasta las mismas crestas, y los bosques se extendían espesos hasta perderse de vista en muchas leguas a la redonda.

En el centro del anfiteatro, sirviéndole de marco las montañas, un dilatado valle extendía su alfombra de verdes, amarillos y púrpuras, sembrada aquí y allí de árboles, y en su centro se veían las ruinas de un Monasterio de franciscanos, que en otros tiempos se llamó de Mombeltrán de Santa Rosa.

* * *

Una revuelta del camino nos puso frente al castillo que desde tan lejos habíamos venido a ver. Allí se alzaba, sobre una eminencia que nos parecía tanto más elevada cuanto que nosotros estábamos ya muy abajo, en el valle, y las graderías que formaban los árboles y los arbustos trepando hacia él aumentaban la ilusión, si bien le privaban de aquel aspecto salvaje con que soñó el paisajista al imaginarse un castillo a lo Gustavo Doré.

¿Era martes, o viernes, o día 13, o habíamos visto alguna bicha, o habíamos montado en el coche con el pie izquierdo?

Entrar en Mombeltrán y huir a la desbandada todas nuestras ilusiones fué todo uno, y ya nada nos salió bien aquel nefasto día.

Las calles eran algo mejores y más limpias que las de cualquier pueblo, y con las casas más lujosas, lo cual no traseendía a Edad Media; había escudos de piedra sobre alguna que otra puerta, pero del siglo XVIII, o quizá del XVII; puerta de arco apuntada como un escudo, creo que no vimos. Sin duda, desde que el artista andaluz estuvo en Mombeltrán hasta la fecha en que fuimos nosotros, llovió tanto, que la cristalización de la Edad Media se había deshecho, dejando que ocuparan su puesto calles donde era imposible imaginar que transitara cortejo alguno feudal.

En cuanto al castillo, que tan encumbrado aparecía desde lejos (véase la fotografía que hice), se llegaba a él por una suavísima rampa; había sido "restaurado", es decir, desfigurado, en el siglo XVIII para utilizarlo como palacio, y la restauración lo mutiló, despojándolo de todo carácter medioeval; los antiguos ventanales y las saeteras habían sido convertidos en amplios balcones volados de vulgarísima rejería; y para dar testimonio de lo que había sido la antigua fábrica, sólo quedaban parte de las líneas exteriores, y no completas, y la robustez asombrosa de los muros, comparable a la de los del Alcázar de Segovia y de tantas otras grandes fortalezas de aquella época.

Las únicas cosas verdaderamente antiguas que vimos, fuera de los muros del castillo, fueron la Picota y la iglesia del pueblo, que, por la traza, fueron levantadas en las postrimerías del siglo XV. El suelo del reducido templo está lleno de antiguas sepulturas; el patio hace ahora las veces de cementerio, y un nicho, que en nada se diferencia de los demás, contiene los restos de un duque de Alburquerque (título que hoy lleva el duque de Sexto), muerto allí a fines del siglo XVIII, y que fué enterrado con gran pompa en el convento de franciscanos que habíamos visto en el valle al descender camino del pueblo. Una mañana, unos chicos que estaban rebuscando entre las ruinas de Monasterio, vieron brillar unos botones de plata (o quizá fuesen de acero con facetas bruñidas, de los que se gastaban en vida de aquel duque) en el fondo de una grieta del terreno; eran los de la casaca del prócer, a quien sin duda cansaba la soledad en que habían dejado sus restos y encontró aquella manera de llamar la atención. Buscando los botones, se dió con el cuerpo, que el administrador de los bienes de la casa de Alburquerque hizo trasladar al humilde cementerio del pueblo.

En cuanto a la picota, todos hubiéramos deseado

colgar en ella al amigo paisano mío que nos había hecho emprender la expedición en busca de la aldea de la Edad Media cristalizada.

Nos moríamos de hambre. Llevábamos merienda, pero no nos atrevíamos a tocarla por miedo a que un señor muy amable a quien íbamos recomendados, y que nos acompañaba constantemente, se creyese obligado a darnos de comer. Una débil tentativa que hicimos para dar a conocer el vacío de nuestros estómagos, hizo que aquel señor nos ofreciera un chocolate, creyendo que habíamos almorzado. Alsina, que era uno de los expedicionarios, huyó despavorido... con las provisiones, y se comió parte de ellas oculto en el portal de una casa.

Hasta el día siguiente no había coche para regresar a Arenas de San Pedro. Decidimos buscar caballerías y tomar en el acto el camino de vuelta. Daban las ocho cuando lo conseguimos.

La mía era un mulo que tropezaba y se alcanzaba.

En una de las caídas me cogió desprevenido, y, lanzándome por las orejas, fuí a dar de cabeza contra la carretera; la pesada cartera con máquina fotográfica y chasis que llevaba colgada a la espalda dió también la voltereta, y, descargándome un golpe en la nuca, ayudó a que fuese más violento mi porrazo. Creyeron todos que me había matado, y yo también lo creí.

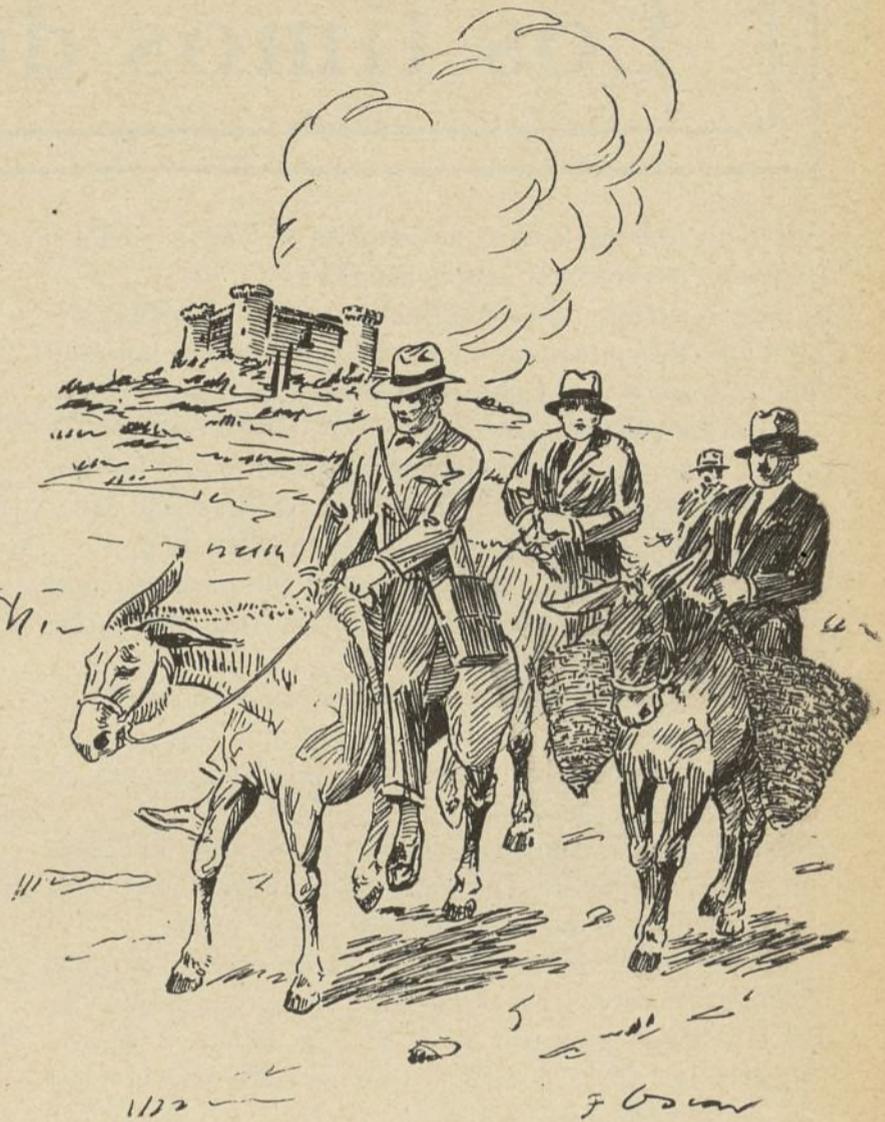
Una cabezada de su mulo hizo que Alsina perdiera los lentes. A la luz de la linterna roja de la fotografía los estuvimos buscando durante media hora, suponiéndolos enterrados en los tres dedos de polvo del camino. Parecieron... encima de la albarda del mulo.

Los arrieros, para acabar de ponernos de mal humor, hablaban de ladrones, de bandidos que en aquella misma carretera habían cometido recientemente tales y cuales fechorías, y nosotros, apeados ya de las caballerías y más temerosos de ellas que de las historias de bandoleros, nos entreteníamos en demostrar que no teníamos miedo a los ladrones ni a los arrieros, en vez de hacer alto a echar un bocado, lo cual hubiera sido más práctico. Eran muy dadas las once de la noche cuando llegamos a Arenas. La viejecita sorda vivía en el fondo de un gran jardín, y para que acudiera tuvimos que aporrear la puerta de un modo tan escandaloso, que alborotamos a todo el pueblo, y Arenas es grande.

—¡De comer, algo de comer!—la gritamos en cuanto estuvimos en la casa.

—Como no les esperaba a ustedes hoy, no tengo nada que darles—contestó muy afligida.

—Echaremos mano de lo que ha dejado Alsina. ¿Dónde está la merienda?—dijimos resignados.



Se había quedado olvidada en las alforjas de las caballerías y los arrieros se la habían llevado.

Aquella noche nos acostamos sin haber almorzado, comido ni cenado.

Los viajeros de gustos artísticos, que van en busca de lugares poco visitados, son cual caballeros andantes que, ansiando aventura, las suelen encontrar desagradables, como acontecía a Don Quijote. No es la de Mombeltrán la única que he tenido de esta clase, y ya referí hace años la que pasé en Trévelez, país de los jamones.

Al día siguiente, bien almorzados y de mejor humor que la víspera, recorriamos los alrededores de Arenas, bendiciendo al artista andaluz por habernos hecho conocer aquellos hermosos paisajes, y reconocíamos que habíamos sido injustos con Mombeltrán. Porque, ¿tenía acaso el pueblo culpa alguna de que nos lo hubieran representado como una cristalización de la Edad Media?

WANDERER.



Los timos del progreso

No te asustes lector; no cometo, ni voy a cometer ninguna irreverencia anticivilizadora.

Los adelantos de las ciencias y de las artes, son grandes, casi inmensos, pero, todos, sin excepción, dan mucho menos de lo que prometen, y por eso, los exigentes nos damos por timados.

Sin embargo, puede que no sea eso; quizá los humanos, más veces por vehemencia y otras por ignorancia, ¿mas lo último? bueno; admitido.

Eso es lo cierto, que al conocer un progreso, nos ofrecemos, a nosotros mismos, mucho más de lo que puede dar de sí.

En cualquier caso, hay desproporción entre ofrecimiento y realidad; engaño, y de ahí, que forzando un poco la metáfora, llamemos timo, bondadosamente, al desencanto.

Nada puede constituir mejor prueba en las cosas intrincadas, que lo que sobre ellas piensen los cerebros sencillos y poco entrenados en el juzgar.

Recuerdo yo que una vez, no va de cuento, en unas maniobras, o cosa así, realizadas, no ejecutadas, ¿eh? en el Pirineo aragonés, uno de esos doctores de pañuelo a la cabeza con una frase escribió casi un tratado sobre aviones.

Se hablaba de ellos, llevando la voz que suelen llamar cantante, uno de esos que todo lo vió y que mezclaba lo cierto con lo fantástico, a razón de uno por mil.

Había en el corro un viejo recio, de los que en aquellas montañas llegan a centenarios, muy decididor de sentencias.

Alguien quiso saber lo que el viejito pensaba de los pajarracos que el hombre construye, invitándole a que opinara sobre el asunto.

—¡Reconcho!—exclamó, después de un poco, con el ademán reglamentario de rascarse la cabeza—eso de que no haiga donde trompezar...

¿Está o no bien expresado el inconveniente más serio de los aeroplanos?

¿Servirán alguna vez para algo más que llevar media docena de pasajeros y unas cuantas cartas de potentados?

De cuantas cosas engañan, ninguna lo hace en tan gran escala como la fotografía, a pesar de que solo reproduce lo que ante el objetivo se coloca.

No se crea voy a presentar como argumento lo que en el cine ocurre; no, aquí no es la fotografía, sino el operador, quien nos engaña, según dicen los del gremio, por imprescindible necesidad.

Una expresión de esta debe ser, por ejemplo, el ver una embarcación que navega por un mar proceloso, a corta distancia, de otra que flota tranquila.

Después de todo, el arte tiene sus exigencias: hay

que tolerarlas, de mismo modo que él nos tolera la falta de comprensión.

Sin embargo, no está de más, prevenir a los ingenios contra los embustes de la fotografía: ni todo lo que ella presenta como bello lo es en la realidad, ni deja de serlo aquello que en sus imágenes no lo parece.

Será cuestión de luz, de colocación del artista, lo que sea, pero es lo cierto que no pueden tomarse las reproducciones fotográficas como guía de turismo artístico.

En cierta ocasión, nada tan convincente como los sucedidos reales: un joven, que más tarde evidenció ser artista de cuerpo entero, pasaba a diario por delante de un edificio público, al que miró más de una vez sin encontrarle nada de particular.

Por aquel entonces abundaban más que ahora las manifestaciones artísticas; las cajas de cerillas de diez céntimos, además de tener cincuenta que ardían perfectamente, en la tapa y en el fondo ostentaban reproducciones de cuadros e inmuebles que valía la pena reproducir.

Un día el joven a quien antes menté, al comprar una caja de *prífuros*, quedó asombrado, mejor dicho, el asombro surgió cuando después de comprarla la tuvo en sus manos.

En la tapa aparecía fotografiado el edificio ante el cual pasaba todos los días, encontrándose con que, según el dibujo, aquél era una preciosidad.

Avergonzado estéticamente dirigióse rápido a contemplarlo despacio para confesar su error; sin embargo, no pudo ser.

Por más que miró y remiró seguía encontrando feo el caserón que desde el primer momento se lo pareciera: la fotografía no pudo negar que era exacta, ¿cómo, pues, presentaba bello lo que no lo era?

Sencillamente, porque cosas grandes, que son vulgares, reproducidas en tamaño pequeño resultan bonitas; quien quiera convencerse de ello, mire un paisaje cualquiera con unos gemelos, reproduciéndolo a través de las lentes oculares, en las exteriores.

Es muy cierta la frase del poeta "nada es verdad ni es mentira" desde antes que un gran sabio alemán viniera a España a sacar pesetas por contárnoslo.

Uno de los más graciosos timos de la naturaleza, de los que motivaron estas líneas, es el invento de la novela *Cineóptica*, maravillosa creación en la que, "las impresiones auditivas, olfativas y táctiles, están suprimidas en lo posible y procuran darse a través de una impresión visual"...

¿Verdad que es bonito todo eso y que se entiende muy bien? El mecanismo de construcción de la novela

que tan monumentales cosas produce, no puede ser más sencillo.

Hay que decir, por ejemplo, el párrafo siguiente: "Al ver de nuevo avanzar hacia ella la silueta negra...", pues, con arreglo a la estupendamente novísima teoría se dice:

Al ver de nuevo.

Avanzar hacia ella.

La silueta negra.

¿Cabe mayor arte? Por el pronto quizá no lo en-

tiendas, lector; con el tiempo, menos todavía y habrá que sentirlo, pues una flamante editorial, como muestra de sus gallardas energías culturales, anuncia que va a dedicarse a la *Cineopticacia*, recogiendo ideas de un autor francés.

No sé si valdrá la pena atravesar los Pirineos, con lo frescos que en esta época suelen estar.

Basta por hoy de timos, progreso y demás; se continuará si el lector no me recluye.

CAMILO

CUENTOS BREVES

La señora Romani ha salido a hacer unas compras. En el momento de ir a entrar en su casa, ya de regreso, se encuentra en el portal con la señora de Pivoni.

—¿De compras?

—De compras.

—¿Y ha comprado usted algo?

—No, nada.

—Sin embargo, usted rara vez vuelve a su casa con las manos vacías. ¿Acaso no ha encontrado usted nada que le satisficiera en los grandes almacenes?

—No me hable usted de eso, amiga mía, no me hable usted de eso. Vengo desesperada. Realmente ya no se puede comprar. Imagínese que ahora en los grandes almacenes han dado orden de que a cada cliente no se la permita rebuscar géneros más que durante dos horas, y usted sabe que en ese tiempo apenas si se pueden revolver nueve cajas de medias.

—Dos horas. ¡Qué barbaridad! Llegaremos a los tiempos de la Inquisición. Tres horas y cuarto tardé yo en comprarle a mi esposo el último paquete de hojas *Guillette*.

* * *

La familia Ravagge—matrimonio, diez y ocho niños, nueve criadas y un paraguas—llegan a Suiza, a entregarse a las dulzuras del alpinismo.

Pasa ante los miembros de la familia Ravagge el guía Luciano, y el señor Ravagge le llama:

—¡Chits! Haga el favor...

—Mándeme el señor.

—¿Es usted guía?

—Sí, señor. Conozco estos alrededores como los bolsillos de mi abrigo.

—¿Podía usted indicarme cuál es el pico más alto, cuál es el abismo más profundo, dónde se hallan instalados los refugios alpinos, y...?

—Sí, señor. Puedo indicarle lo que quiera. Soy el mejor guía de toda la región.

—Muy bien. Perfectamente. Entonces, haga el favor de darme una cerilla. Se me ha apagado la pipa.

Casarelli, un elegante de provincia, entra en el *restaurant* de moda. El camarero se le acerca solícito.

—¿Qué va a ser?

—Una docena de ostras.

—En seguida.

El camarero vuelve con las ostras; las trae abiertas y con el limón preparado.

—¿Por qué me las ha traído abiertas?—pregunta Casarelli.

—Señor, es la costumbre.

—Pues tráigame otra docena de ostras, pero cerradas. A mí no se me engaña con falsificaciones.

* * *

Vera Solferini, la primera actriz del teatro del *vaudeville*, se dispone a salir a escena. En el mismo punto aparece el modisto, a quien debe quince trajes que no puede pagarle. El modisto exige el pago con muy malas formas, porque ya está harto de presentar el recibo inútilmente.

Vera Solferini tiene una idea; coge del brazo al modisto y lo saca al escenario. Una vez en el escenario, frente al público, le dice:

—No sea usted imbécil, amigo mío. Yo no le pagaré nunca los trajes que le debo; de manera que pierda usted el tiempo al reclamarme su importe.

El modisto, azorado, pone la cara de idiota más intensa que existe. El público, que toma la escena real por la escena de una comedia, ríe.

Vera Solferini se vuelve hacia el modisto:

—¿Ve usted? Le dice ¡No hace usted más que provocar la risa de la gente! ¿No le da vergüenza? Ande, ande, márchese y no se ponga más en ridículo.

El modisto sale del escenario aturdido y dispuesto a no volver más. Pero antes de que llegue a la calle, le han encargado sendos vestidos todas las actrices de la compañía, y le han rogado que les presente la cuenta un día que estén preparadas para salir a escena.

BRUNO STORNI

Ya no dudó más Seniha al descubrir en el rostro de su madre una sonrisa significativa. Había sospechado la verdad cuando la criada, después de abrir la puerta, exclamó:

—Son tres señoras a las que no conozco.

Deseando no exteriorizar su emoción, Seniha inclinó más el ruborizado rostro sobre las multicolores sedas de su bastidor. Pero su corazón palpataba, turbado por un sentimiento nuevo, y sus dedos enredaban las madejas.

En su inquieto espíritu no cabía más que un pensamiento: ¿cómo presentarse a aquellas "keurodji"?

Porque, sin duda alguna, eran "keurodji".

Su madre, sin figurarse que ella estaba escuchan-

do detrás de la puerta, había anunciado aquella misma mañana a su padre la feliz noticia. Iban a realizarse las esperanzas de sus catorce primaveras.

Así, las largas explicaciones de las alumnas mayores, escuchadas atentamente en la escuela del barrio; los pueriles juegos de los días de fiesta con los niños vecinos; todo aquello esperado con tanta impaciencia y ansiedad iba a convertirse en realidad.

Se asustó casi al pensarlo. Ojos extraños y tal vez hostiles examinarían sus pies, sus cejas, sus ojos, su boca, buscando en ella mil defectos y caras imaginarias, y comprendía que era preciso despedirse de toda la inocencia de su vida infantil.

La silla de las "keurodji" indicaría en su vida la primera etapa seria de un camino desconocido que conducía a un fin ignorado. A serle posible, Seniha se habría escapado de su casa para no exponerse a las escrutadoras miradas de aquellos ojos.

Pero ¿cómo? ¿No se dejaría presentar a las "keurodji", después de haberlas esperado con tan impaciente alegría, desde que le hicieran aquel traje tan rico y cuando aún no había el menor proyecto de matrimonio entre sus parientes, amigos ni vecinos?

Desde hacía dos años experimentaba la mayor simpatía por aquellas ignoradas "keurodji", considerán-

dolas mensajeras de un bey gentil de bigote castaño y gafas azules.

Más he aquí que ahora, en su imaginación, las "keurodji" se convertían, una en la suegra que se complace en molestar continuamente a su nuera, y la otra en la cuñada que a la fuerza separa a la joven desposada de su hermoso marido adorado, hasta el punto de hacerla morir de consunción.

Si su nodriza no hubiese entrado para darle prisas, Seniha no habría dejado su bastidor. ¿Pero no era posible prescindir de las "keurodji"?

La joven se puso su traje de seda y se dirigió al salón, con la cabeza inclinada hacia el suelo y el rostro cubierto de intenso rubor, y se dejó caer en la silla que había en medio de la estancia.

El rumor que producían las



“keurodji” a cada sorbo de café, que tomaban muy lentamente, era tan doloroso para la muchacha como otros tantos bofetones. Se arrepentía ya de haber imaginado tan agradable aquella silla que ahora encontraba tan llena de espinas.

La fijeza de las miradas que la contemplaban le causaba indecible malestar, y habría querido poder huir para llorar a gusto. ¿Cuántas mujeres había delante de ella? ¿Cómo eran? Seniha lo ignoraba.

Unicamente, al entrar, pudo observar en el rincón de un diván a una mujer vieja, de arrugado rostro y con la cabeza envuelta en una tela de color oscuro.

Para sustraerse, aunque solamente fuese un segundo, a la contemplación de aquella mujer que tanto se parecía a su vecina Habiba, una vieja bruja, a la que Seniha aborrecía, por librarse cuanto antes de aquel rostro burlón, de aquellas miradas desdeñosas—sin duda, por no encontrar las mejillas de la jovencita bastante rojas, su carne blanda y abundante, sus cejas de un dedo de gruesas y sus ojos redondos—, Seniha habría aceptado el compromiso de no mostrarse nunca más a las “keurodji”.

Por fin, después de un examen que le pareció durar siglos, Seniha, bañada en sudor, fué libertada de su martirio.

Salió corriendo, pero no tan aprisa que no pudiera oír a su madre excusarse, diciendo que su hija se mostraba por vez primera.

Esto molestó grandemente a Seniha. ¿Por qué su madre no ponía en la puerta a aquellas mujeres? ¡Siempre era igual!

Y penetrando en su estancia, la niña se arrojó, llorando, en el canapé.

Sus nerviosos dedos aflojaban los lazos de su corsé. ¿Había soñado tanto para presentarse, por fin, ante aquella vieja de arrugado rostro? ¿Para ella había lucido aquel traje de seda rosa?

La joven se desnudó, echando a un lado, encolerizada, aquel vestido tan bonito que a veces, cuando se aburría, se ponía sola en su cuarto. Después vistió nuevamente el humilde trajecito de percal, que le pareció tanto más lindo cuanto que no le causaba inquietud alguna.

* * *

Pero, aunque se hubiera alejado de la sala, no por eso Seniha estaba ya libre de toda inquietud. ¿Cuántos años debería sufrir aún el mismo tormento?

Por la noche, ante la mirada interrogante del padre, su madre contestó negativamente con un movimiento de cabeza, y añadió, como para vengarse de aquellas mujeres que no habían escogido a su hija:

—Por otra parte, no me parecieron nada agradables.

Entonces Seniha comprendió, en efecto, que el tormento no había terminado aún.

Su padre pidió detalles. ¿No habían pronunciado

las “keurodji” una palabra siquiera de buen augurio? Y preguntó repetidas veces si, al marcharse, no habían dicho, por lo menos:

—Volveremos, si Dios quiere.

Todas estas palabras sumían a Seniha en la vergüenza y el dolor de no haber sido considerada hermosa. Y, siempre burlona y desdeñosa, su madre añadía:

—Por otra parte, no me parecieron nada agradables.

Observación que no dejó de repetir cada vez que se veía obligada a referir la visita de las “keurodji”, pues había que contarla con orgullo a las tías, primas y vecinas, sin molestarse siquiera en buscar antes principio adecuado para semejante conversación.

Y la observación desdeñosa de la madre se alargaba ya.

—Desde la puerta del salón—decía—, al dirigirlas la primera mirada, ya me parecieron muy poco agradables.

Seniha estaba avergonzada, porque su madre no sentía el más pequeño reparo en repetir estas palabras en su presencia.

Y entonces, en un ímpetu rebelde de su sinceridad, habría querido exclamar:

—¡Te lo habrían parecido si hubieran encontrado bonita a tu hija!

Poco a poco dejó de habiarse del asunto.

Seniha, libre ya de aquella molestia diaria, sentía, sin embargo, el sufrimiento de que en su vida hubiese ocurrido ya una cosa que no debía volver.

Antes el matrimonio era para ella una verdad lejana y atractiva, pero rodeada aún de inocentes ensueños. Pero desde el día en que se presentó en su casa aquella vieja del gorro puntiagudo, Seniha ya no encontró en sus ilusiones la pureza de otros días, en su crazón se había encendido la fiebre del beseco. El desco, que embellecería en adelante para ella la llegada de las “keurodji”.

Ya no temblaban sus piernas cuando se dirigía al salón ni la molestaban las miradas fijas.

Y mientras ellas tomaban café, Seniha hacía castillos en el aire para el porvenir, dirigiendo furtivas miradas hacia la más joven de las “keurodji”, seguramente la hermana, para descubrir en ella las facciones del esposo probable.

Al principio Seniha no experimentó el menor disgusto por aquellas visitas estériles. La criada anunciaba a unas damas desconocidas, y eso era para ella una ocasión agradable de adornarse y sumirse en ensueños encantadores, que le procuraban un placer real.

Se había acostumbrado a vestirse con mayor elegancia; sabía ya cuál era el peinado que le sentaba mejor, se ponía polvos en el rostro y algunas gotas de perfume en el traje. Después, ya sentada ante la “keurodji”, tomaba una actitud de modesto orgullo.

Más tarde, las alusiones que Hadjer, la hija de sus

vecinos, soltera de alguna edad, le dirigía sin intención aparente, la molestaban como otros tantos alfilerazos mal intencionados.

Eso la indujo a pensar seriamente. Díjose que sus exhibiciones ante las "keurodji" no debían ser solamente una ocasión de adornarse, y se formuló una pregunta delicada y grave:

—¿Seré, verdaderamente, tan... fea?

Entonces empezó a mirarse frecuentemente al espejo.

Examinaba maquinalmente el peinado, que le sentaba mejor. ¿Cómo cepillaría sus cejas? ¿Rectas o de lado?

Estudiaba la expresión de sus miradas y la dulzura de su sonrisa; pero a veces pensaba:

—¿Para qué fijarse tanto en todo esto?

Las paredes de su habitación debían de encontrar muy ridícula a aquella pequeña descarada ocupada en mirarse con la mayor coquetería para que la aceptasen; y avergonzada ante aquellos testigos que parecían burlarse de ella, Seniha sentía su corazón oprimido por la angustia de tener que descender a tales medios de seducción.

Por fin, Seniha creyó llegar al término de sus sufrimientos.

Dos jóvenes que le gustaron a primera vista volvieron acompañadas de parientes de más edad. La joven comprendió que aquella vez habría una demanda.

No se engañó. Poco después, una noche, Seniha como un ladrón, tomó del armario de su madre la fotografía entregada aquella misma mañana por la intermediaria y la devoró con los ojos.

Era un oficial de Estado Mayor, con gafas azules, bigotes de color castaño, muy parecido a los gentiles beys de sus ensueños.

¡Qué bonito era el dibujo del cuello bordado de su uniforme! Contemplando aquella fotografía, olvidaba ya las angustias sufridas ante las "keurodji".

Largo tiempo examinó todos los rasgos del rostro, los detalles del traje de su futuro esposo, con la finura de percepción y de tenaz recuerdo que son patrimonio de la mujer.

Luego fué a acostarse, acompañada por la juvenil y graciosa sombra de su bey. ¡Cómo le amaría y sabría contentarlos y cuántos felices años vivirían juntos!

Pero el ensueño se acabó muy pronto... Después



de muchos días consagrados a tomar informes, la rechazaron, diciendo:

—Nuestro "istiharé" no ha sido favorable.

Esta respuesta alejaba de la inocente niña la imagen del oficial.

Al despedirse de aquel ser soñado, con el que había vivido ya muchos años en pocos días, Seniha sintió su corazón desgarrado.

Y volvió a empezar la sucesión de las "keurodji", pero las peticiones no llegaban.

La madre no quería separarse de su hija única y dejarla, una vez casada, habitar en casa del yerno, y este reparo hacía estériles muchas visitas.

Algunos "keurodji" se obstinaban, pero, sin consultar jamás a Seniha, la madre contestaba:

—Es hija única, señora, y ¿qué quiere usted? No puedo separarme de ella.

Por otra parte, gracias a esta pretensión, la madre trataba de evitar las críticas que el fracaso podía provocar. Era una de sus ideas fijas.

Poco después apareció una esperanza nueva para Seniha.

(El retrato del pretendiente representaba, aquella vez, un hombre de altanera mirada. Aquel rostro, a primera vista, no gustó a la joven, pero fijándose con mayor atención observó que había debido adoptar un aire de afectado, tal vez por no saber qué actitud tomar ante el objetivo. se acostumbró a las líneas de aquel rostro tranquilo y dulce; pero cuando la madre de Seniha preguntó a qué oficina de la

(Continuará.)

EL VIAJE AL POLO NORTE

El coronel italiano Nobile ha sido el héroe de este glorioso éxito.

Entrevistados en Oslo en el verano de 1924 el célebre explorador noruego Amundsen y el coronel Nobile, acordaron organizar una expedición que, empleando un dirigible, hiciera el viaje Roma-Pulham-Tromsø-mar de Groelandia-Spitzberg Polo Norte Alaska. Hasta el Spitzberg no montaría Amundsen en el dirigible, aunque sí lo haría el resto del personal noruego que más adelante se dirá.

Lo primero que se necesitaba era el dirigible. Para

liana: el "N-1"; pero tal como estaba era inadecuado para la empresa, y fué necesario someterle a notables modificaciones, referentes al aumento de carga útil, aligerando las estructuras sin comprometer la robustez; adoptar dispositivos para proteger contra las bajas temperaturas algunos órganos vitales del aeronave y preparar accesorios especiales para aterrizar sin ayuda de tierra.

El "N-1" tenía una capacidad de 18.500 metros cúbicos, pesando 13.400 kilogramos, tres motores de 260 caballos, que le podían imprimir una velocidad de



Para emprender el vuelo sobre el Polo, Nobile y Amundsen establecen entre nieves el campamento desde el cual partirá la nave descubridora.

tener garantías de éxito debía ser, según los estudios hechos, de 25.000 a 30.000 metros cúbicos, pero como para construirlo se requerirían, por lo menos, dos años, y para Amundsen era condición indispensable que la expedición se efectuase en el año 1925, fué necesario buscar un dirigible ya existente. También por varias razones se cambió el primer itinerario pensado, y se acordó, como definitivo el de Roma Pulham Oslo Gattschina Vadso Bahía del Rey Punta Barrow, con un total de 10.300 kilómetros, en números redondos.

Para la elección de la fecha del vuelo, había que rehuir el enemigo más terrible: el viento, y después la niebla. Por los datos obtenidos se dedujo que en el mes de mayo, en el casquete polar, el soló enemigo, aunque también terrible, sería probablemente la nieve.

El dirigible elegido fué uno de la flota aérea ita-

115 kilómetros por hora; pero normalmente, empleando dos motores, tenía velocidad de 78 kilómetros, consumiendo 95 kilogramos de bencina y aceite por hora.

Para todos los cálculos se partía de la base del recorrido entre King's Bay y Punta Barrow, pues hasta el Spitzberg se podrían vencer todas las dificultades, contando con auxilios de la tierra. Pero para asegurarse esos auxilios, había que contar con bases de aprovisionamiento en Oslo, en Vadso y en Spitzberg. Para ello fué necesario erigir en los dos primeros sitios citados pilones de amarre, especie de torretas, en principio parecidas a las que se erigen en las ciudades para los grandes grupos de conductores del teléfono, aunque, no hay que decir, que con grandes modificaciones. Estos pilones ya habían sido empleados en América y en Inglaterra. En cuatro meses fueron proyectados

y construídos los que había de utilizar el "Norge", que fué el nombre con que se bautizó al "N-1".

* * *

He aquí cómo relata el bravo ingeniero naval italiano las impresiones de la última jornada aérea de la admirable hazaña:

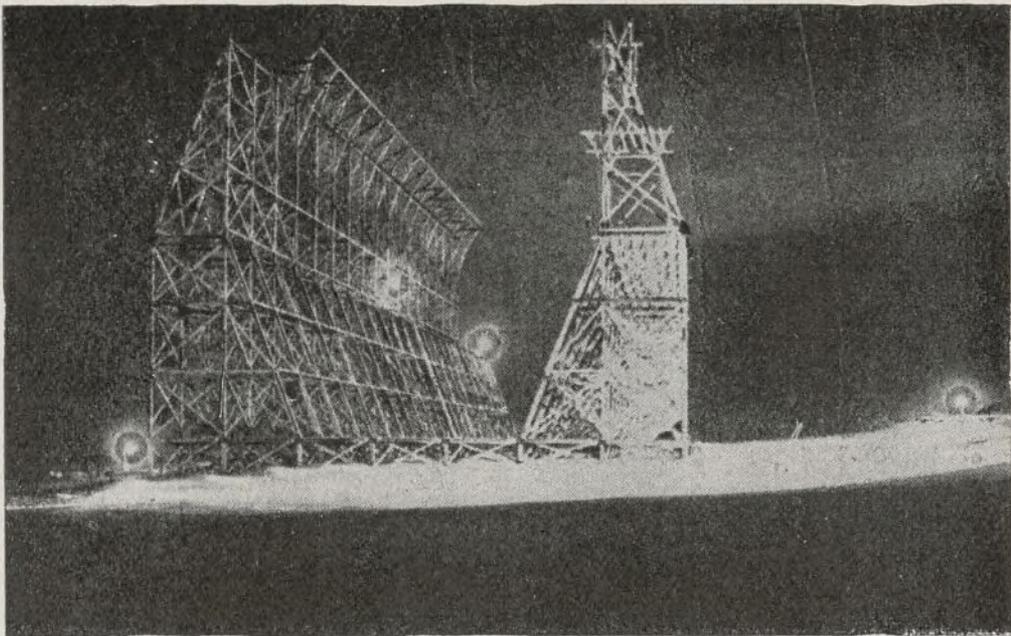
"El primer trayecto del vuelo del Spitzberg al Polo fué de escaso interés y ha representado para mí una verdadera desilusión. Cada uno de nosotros se había imaginado la ruta del Polo como aquella cosa espantable y terrorífica que las dificultades encontradas por los exploradores para seguirla, con los medios empíricos por ellos empleados, dejaban suponer. Pues bien; imaginaos una llanura de hielo infinita y monótona, cruzada por largas hendiduras serpenteantes como un extraño arabesco, bajo un sol fulgurante que con su luz blanca daba a la nieve un tono de mayor candor. Un panorama no diverso del que habíamos conocido al volar sobre el mar congelado cerca del Spitzberg.

Acerca de este trayecto no hay, por tanto, mucho que decir particularmente interesante, y he aquí, cronológica y brevemente, la historia.

Cuando en King's Bay di la orden de zarpar, eran las 9,50 horas de Roma del 11 de mayo. El "Norge" se elevaba fatigosamente; se diría que se resistía, que no sabía decidirse a abandonar la tierra. Yo, en cambio, experimentaba como una necesidad de separarme de ella lo más pronto, de no ver ya aquellos puntos negros sobre la nieve que continuaban agitando los sombreros, de no oír más los gritos penosos de la multitud, de aquella multitud. Así, apenas elevados a una treintena de metros, ordené a los dos motoristas que se pusieran a mil revoluciones, y subí en seguida a 400 metros, dirigiéndome a la salida de la bahía.

La noche, pasada casi insomne, precedida de una jornada de trabajo enervador, las preocupaciones enormes de última hora para la salida de aquel hangar dificultoso, me habían agotado. Había subido a la barquilla lleno de sueño, cansado destrozado. Pues bien, no podía decir qué extraña transformación se operó en mí de repente. De pronto, apenas el sol que iluminaba las características cumbres de los montes, nos dió de lleno, apenas me sentí transportado hacia el azul, todo cansancio y todo malestar desaparecieron y una gran alegría que a duras penas conseguía contener, había invadido mi corazón. Por fin, en mi cuerpo entumecido, la sangre aceleraba su curso y difundía un agradable calor que me daba ganas de despojarme de la pelliza.

Salidos de la bahía, nos alzamos a 1.200 metros para volar sobre el fiord y salir a lo largo sobre el



Y sobre la blancura del suelo surge el entramado del hangar gigantesto que ha de cobijar el dirigible.

mar libre, donde llegados en breve, rebajé la cota a 450 y me dirigí al Norte con dos motores en acción a una velocidad de 80 kilómetros.

En estos momentos, nuestras miradas no tenían más que una sola dirección, ningún otro panorama les atraía ni las distraía. Ni las cúspides soberbias e impresionantes de la isla, ni las cascadas de rubíes que el sol hacía surgir de los nítidos carámbanos; todo pasaba inobservado para nuestra atención, tensa hacia el misterio, hacia lo ignoto, del cual una fiebre de deseo, quiere que no se pierda ni el más ligero detalle.

De pronto, con gran despecho nuestro, un cortinón de niebla se nos pone delante, oscurece el sol y nos roba la visión. Pero, por fortuna, es cosa de breve duración. Después de un poco, volando por encima de la capa nubosa, reapareció el sol magnífico en un cielo extremadamente azul y a la derecha como un gran peine de cardar cándida lana, se nos vuelve a enfrentar la sierra afilada de las cumbres de la isla. Ante nosotros estaba el mar libre, únicamente sembrado de frecuentes hielos ambulantes.

A las 11 atravesábamos la bahía de la Magdalena, y a las 11,45 horas doblábamos la isla de Amsterdam y con ella perdíamos el contacto con el último jirón de tierra conocida.

Casi al mismo tiempo, aparece ante nosotros sobre la superficie del mar, como una franja diáfana en el horizonte: es el principio de la banqueta, de los hielos eternos de los cuales próximamente a mediodía cruzamos el límite.

* * *

Es como la señal del cambio de viento que se nos vuelve repentinamente contrario, dificultándonos fuertemente el camino casi hasta rechazarnos para atrás. Marchamos apenas a 50 kilómetros.

Bajo hasta los 200 metros, con la esperanza de encontrar un viento menos fuerte; y, en efecto, podemos llegar nuevamente a los 72 kilómetros, con una de-

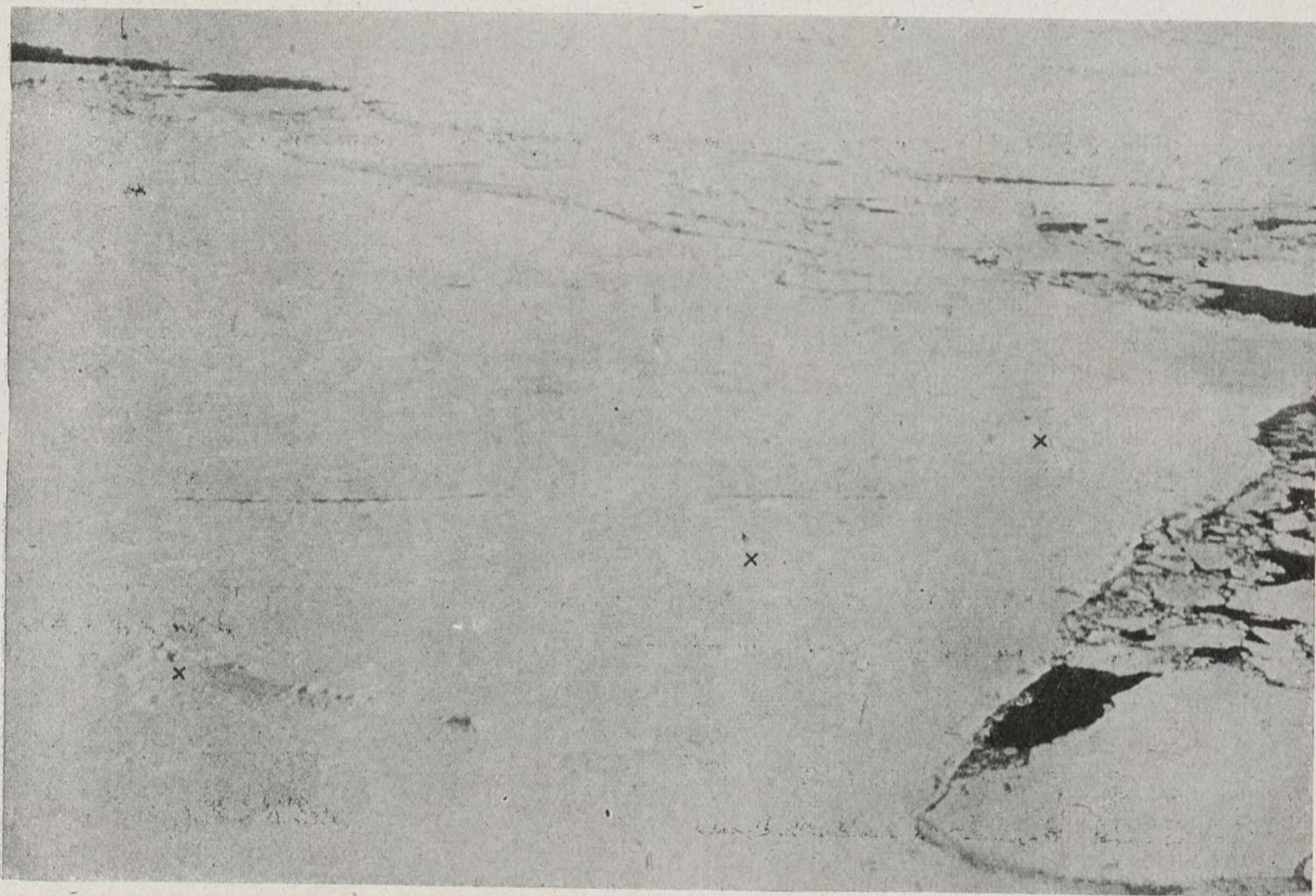
riva de dieciocho grados. Para procurar reducirla, descendo hasta 150 metros, ganando dos grados apenas.

Una zorra despavorida, acaso por el insólito ruido de las hélices, hace cabriolas atolondrada sobre la nieve. Es la última criatura viviente que encontramos, sin contar con algunos peces blancos en las primeras fracturas de la banqueta. Vemos algunas huellas de osos, hasta el 86 paralelo, pero nada más que las huellas.

Hacia las 13, dándome cuenta de que el dirigible aumenta de peso, vuelvo a la cota de 540, con velocidad de 95 kilómetros.

invariablemente de Sudoeste a Nordeste. Hacia las 18,45 horas, la llanura de delante de nosotros, cambia de color estriándose con rayas lechosas provenientes de la superposición en la banqueta de hielos de nueva formación. Contemporáneamente, ocurre el primer accidente de la travesía: el motor de la izquierda se para por falta de bencina. Por una rápida inspección, se comprueba que el tubo de admisión de la esencia está obstruido por veinte centímetros de hielo. Hago poner en marcha el motor de la derecha hasta las 19,30 horas, en que eliminado el inconveniente, vuelve a funcionar el izquierdo.

En viento, en tanto, vuelve a refrescar. A las 21,15,



En el momento de alcanzar el Polo, los viajeros tomaron la presente curiosa fotografía, que muestra las soledades del extremo norte de la tierra, sobre el cual, junto a las banderas noruega, la de Italia, el estandarte de Roma, se deja caer el hermoso guión del fascio de Grotta di Castro.

Perdido en el horizonte todo perfil de tierra, desaparecido el mar libre, se extiende por debajo de nosotros una ilimitada y cándida llanura monótona, y, por encima, un cielo azul obscuro, desvanecido en el horizonte por una faja de niebla cinérea. Bajo el arco inmenso de este cielo que limita la llanura con una vasta circunferencia, se experimenta la sensación de navegar en el centro de una gran campana, sumergidos en una atmósfera de ópalo.

En estas condiciones se navega durante tres horas a una velocidad de 92, por una zona donde el hielo es casi compacto, salvo brevísimas grietas; pequeños canales sinuosos cuya dirección comprobamos que es

apenas alcanzamos los 60 kilómetros. Pruebo entonces descender de 550 a 150 metros, con la esperanza de encontrar menos resistencia, pero en vano. Me traslado a los 400 metros. Entretanto, el horizonte se oscurece y el cielo va cubriéndose de nubes, mientras la temperatura baja a diez y medio grados bajo cero.

A las 22,7 horas, cortamos el 88 paralelo.

Un fenómeno señalado es la rápida mutabilidad del cielo en estas latitudes. Con diferencia de pocos minutos, del más espléndido sereno, se pasa a la lívida obscuridad de nubes impenetrables, con fulmineo retorno al sereno, y de éste a la tormenta. Así, a las

22, el cielo vuelve a presentarse terso y la perfecta visibilidad nos permite notar la multiplicación de los canales en el hielo, cada vez más anchos y sorprendentemente regulares, con secciones geométricas rectilíneas, como cortadas artificialmente y siempre en la dirección SO a NE.

Pero de allí a pocos minutos, vuelven las nubes, y a las 22,5, estamos en medio de una espesa nevada. al mismo tiempo la niebla nos envuelve y la diferencia de temperatura entre el interior y el exterior de la cabina, provoca la formación de carámbanos en las paredes exteriores y en el mismo celuloide de los ventanillos. Nuestros ojos están cegados mientras siento que el dirigible aumenta de peso. Me elevo a 650 metros, pero inutilmente. En tanto, el motor de Caratti, comienza de nuevo a retrasar y por fin se para. Nuevo hielo se ha formado en la tubería. Pongo en marcha el motor de Arduini.

A las 23,15 estamos a 88,30 de velocidad, cota 750, deriva cero y temperatura siempre de diez y medio grados bajo cero.

La niebla, de casi una hora de duración, esta vez se disipa de improviso, permitiéndonos volver a abrazar la amplia visión de la ilimitada llanura del hielo.

A las 23,45, cortamos el paralelo 89.

Nos acercamos rápidamente al Polo.

A medida que la hora se avecinaba, una agitación febril me invadía. He vivido sucesivamente horas más trágicas y más delirantes de alegría, pero ningún momento puede igualar a las que viví en aquéllas.

Mirando la inmensa llanura helada, rehacía mentalmente el camino recorrido en aquellas catorce horas de vuelo y pensaba en los inauditos sufrimientos de que los audaces de todas las estirpes habían sembrado aquella ruta, en el martirologio de peones perdidos en aquella inmensidad, desde el mísero Andree, hasta el pobre Querini. Pensaba en nuestra fácil victoria, frente a los padecimientos sin nombre resistidos años y años; a veces para acercarse solamente algunos centenares de millas, al misterio, y me parecía un sueño, un gran sueño bañado en deslumbradora luz, que me producía una embriaguez insólita.

Incapaz de contenerme, ordeno a Alejandrini que comience a desplegar la bandera e insertarla en el asta, ya a propósito preparada por mis oficiales en King's Bay.

Nuestra bandera, es la mayor de todas, es la misma que durante dos años ha ondeado en la popa del "N-1", y que por expresa voluntad de Benito Mussolini, ha sido conservada a bordo, para que ondee en el Polo.

* * *

A la 1,30 horas del miércoles 12, al tomar la altura del sol, precisamos nuestra entrada en el paralelo 90 (1).

(1) Paralelo ideal, porque es un solo punto el de intersección de todos los meridianos. (N. del T.)

—¡Venga! ¡Venga!—gritó a Alejandrini—. ¡A mi corresponde lanzarla!

Y asiendo la tricolor, me lanzo al ventanillo por el cual, ya Amundsen el primero, y Ellswoort después habían dejado caer sus pequeñas banderas flameantes.

Pero yo, movido del deseo de acompañar a la mía hasta el último momento, quiero acercarme todo lo posible al hielo. Bajo rápidamente hasta la cota de doscientos metros, casi disminuyo hasta el mínimo la velocidad, escojo con la vista una llanura sin soluciones de continuidad, y me asomo al ventanillo para efectuar la ceremonia. El viento me arroja contra la cara los pliegues del tafetán que me lamen como una caricia, precisamente en el momento en que lo lanzo. El pabellón sagrado corre a lo largo de la barquilla, se enreda en ella un instante, avanzo el cuerpo para libertarle, le veo enroscarse, desanudarse, extenderse, arrastrado por el peso del asta y después desplegarse por la tensión del viento, mientras el sol más refulgente le ilumina y los tres colores se muestran con solemne lentitud, abatiéndose sobre la nitidez de la nieve.

Permanezco por un instante con la vista clavada en aquella pequeña cosa viva, que produce tanta fiebre en mi cerebro y en mi sangre, y después vuelvo a entrar, aferro el estandarte de Roma, el hermoso guión amaranto, que me entregaron en el Capitolio, y con verdadera devoción le envío a reunirse al tricolor. Ha llegado su vez al gallaredte del fascio de Grotta di Castro.

Me parece que todos los ojos de la Patria están dirigidos aquí en este momento, para verle tremolar como en un rito sagrado del cual yo soy el sacerdote; me parece que todos los corazones de la Patria palpitan en este momento de gozo divino, de sublime orgullo, como el mío, y me recorre un escalofrío.

Me vuelvo y encuentro manos tendidas, las cuales estrecho emocionado, pero las miradas se vuelven incesantemente hacia el ventanillo. Ordeno virar y ejecuto un nuevo giro, asomándome todo lo que puedo para ver una vez más los emblemas y los colores de la Patria.

¡Ay de mí! Ya han desaparecido acaso celosamente custodiados en la torre de hielo de la esfinge misteriosa.

Ordeno volver a la ruta y telegrafío al *Duce*, que su orden de hacer ondear al viento del Polo la bandera bordada en Roma, ha sido cumplida.

Y grito a los motoristas que sigan avance a toda máquina. A toda máquina: dentro de pocos minutos mi país sabrá que la primera trinchera ha sido expugnada y que la bandera de Italia ondea en la cima del mundo. Ahora podemos tranquila y serenamente afrontar lo ignoto.

El Polo ha sido sobrepasado: es la 1 y 52 minutos.

NAPOLÉON, REVIVE

EL RECUERDO Y LA TRADICIÓN

Napoleón en la pantalla.—De Córcega a Santa Elena.—La vida del héroe.—El asalto a Tolón.—La casa de los Bonaparte en Palma. Napoleón oriundo de Mallorca. — Disquisiciones genealógicas.

Uno de los más prestigiosos directores en el arte de filmar, Abel Gance, ha comenzado a impresionar en Francia una película, que será a modo de biografía viviente del coloso de la guerra moderna.

En un serie de seis films, aparecerá la historia de

En febrero de 1925, comenzó la impresión en los Alpes Altos, llenos de nieve entonces, para en seguida reproducir la estancia del antiguo oficial de Artillería en la Escuela militar de Brienne.

Como en dicha ciudad nada queda ya de aquella



La reproducción cinematográfica del sitio de Tolón.

Francia a través de la Revolución, del Directorio, del Consulado y del Imperio, así como de la Restauración, sin más que reproducir la vida de Napoleón, de Córcega a Santa Elena.

Una intriga novelesca, con personajes fingidos, discretamente colocada en segundo término por medio de una trama ligera, enlazará los distintos episodios.

El primero de dichos films, ya impresionado, comprende desde el nacimiento de Napoleón hasta su partida para la campaña de Italia, en 1796.

Para tamaña empresa eran precisos enormes capitales; Abel Gance los buscó, inútilmente, en Francia, pudiendo sólo obtener los de un gran Consorcio internacional europeo al que logró convencer.

época, trasladóse la acción a Briançon, cuyas fortificaciones Vauban y algunos detalles antiguos que se conservan permitían una pintoresca representación, mucho más aproximada y verosímil.

Después, en un estudio de Billancourt, se reprodujeron los interiores de Brienne y las primeras escenas de la revolución.

En seguida, se trasladaron los operadores a Córcega, donde, en el marco auténtico en que tuvo lugar, se reprodujo la infancia de Bonaparte.

Al llegar el verano, contratiempos financieros sufridos por el Consorcio, dejaron a Gance sin dinero, cuando llevaba gastados seis millones de francos y precisaba aún doble cantidad.

Hubo un momento en que temió el insigne artista no poder acabar su trabajo; la Sociedad general francesa de films le ofreció su concurso, y en noviembre prosiguió la impresión en el estudio.

A la primavera siguiente, en el mismo Tolón, se impresionaron escenas del sitio que dicha ciudad sufrió en 1793.

La salida para Italia, que debió reproducirse en Niza, lo fué también en Tolón para evitar molestias y gastos que en nada habían de aumentar la propiedad escénica.

Terminó la impresión de la película en octubre del año último pasado; se emplearon 250 mil metros de película, resultando inútiles unos 15.000 y aprovechables para la pantalla 4.000.

El director, M. Gance, sin dejar de respetar en todo momento los datos y detalles de la Historia, les dió libre y artística interpretación, escogiendo los episodios de mayor interés para ser reproducidos.

Entre aquéllos, figura la vida del teniente Bonaparte en las guarniciones de Valence y Auxonne; su viaje a Paris en pleno Terror; cómo conoció a Danton y a Bourget de Lis'e y cual acabó por mezclarse con las multitudes en sus efervescencias.

Más tarde, aparece el héroe en Tolón, en la Vendee, y, después de sus apuros pecuniarios, se le ve objeto de la protección de Barras.

Finaliza el episodio con el combate librado frente a la iglesia de Saint-Roch; el encuentro con Josefina, su matrimonio; y la partida para Italia, donde la suerte le deparaba ser un buen imitador del coloso de la antigüedad que la Historia llamó Aníbal.

La ciudad de Tolón, pródiga en alrededores pintorescos, proporcionó un decorado real de gran efecto; los soldados de la guarnición, sensatamente dirigidos y uniformados con toda propiedad, dieron la acción.

En el viejo puerto, casi en el mismo estado que hace 125 años, se pusieron baterías de la época, y pudo ser reproducido uno de los indudables episodios que en el sitio ocurrirían.

El asalto, sin embargo, fué reproducido en el estudio, con verdaderos derroches de ingenio tramoyista.

Un telón de fondo reproducía un suelo caótico, lleno de armas caídas, cañones destrozados, hombres y caballos muertos, y cuanto suponen quedó en el suelo los que no presenciaron ninguna batalla.

Por un bien pensado sistema de canalizaciones, se alimentaban una serie de grandes peras de goma, que oprimidas automáticamente, lanzaban sobre los combatientes verdaderas trombas de agua.

Diversos hombres distribuidos en la maquinaria vaciaban sacos de sal gruesa en tamices movidos constantemente, dando la más cabal sensación de una granizada.

El aire lo daban potentes hélices de avión, oportu-

tunamente colocadas: nada faltó para reproducir la terrible tempestad que, según los historiadores, adornó el asalto definitivo a la plaza, el 17 de diciembre de aquel año.

Enormes y potentes proyectores iluminaban el espacio encuadrado por los operadores; de vez en cuando, grupos de hombres, vociferantes y con el rostro tiznado, avanzaban, simulando hacerlo contra las tropas inglesas.

El trabajo de buscar artistas que tuviesen algún parecido con los personajes que habían de representar no fué el menor ni el más fácil.

Albert Dieudonné, cuya semejanza con Napoleón, según nos lo pintaron, asombró a todo el mundo, dió tal realce al tipo, que en más de un momento hubiere podido confundirse con el auténtico.

Danton, Barras, Robespierre, Marat, Josefina de Beauharnais, Carlota Gorday, y tantos otros personajes, aparecen fielmente reproducidos, gracias al profundo entrenamiento histórico a que los artistas fueron sometidos.

La impresión de esta película, por su interés histórico, ha hecho revivir en la vecina república el espíritu del Gran Capitán del siglo XIX, y también ha llegado hasta nosotros el resurgimiento del recuerdo del héroe, despertando dormidas tradiciones que suponen al vencedor de Austerlitz oriundo de Mallorca, la isla encantada.

Un escritor mallorquín, don Jaime Pomar, dice respecto a este interesante tema lo que sigue:

Hay en la ciudad de Palma de Mallorca, en la calle de la Palma, un vetusto edificio que muestra en el exterior la influencia italiana y en el interior la del gusto mudejar; es la llamada por el pueblo CASA DE LOS BONAPART. Es tradición que esta casa pertenecía a los ascendientes de Napoleón Bonaparte; recientes investigaciones; sin destruir completamente lo que de ella dice la tradición, prueban que el edificio en su origen fué destinado a almacén de granos; hay quien supone que los Bonapart de Cardaña iban a pasar temporadas en esta casa, y aun se ha afirmado que ella es la "raíz de donde procede el hombre que llenó el mundo con su fama y donde nacieron los abuelos del gran Napoleón". Este edificio que cuenta más de cuatro siglos de existencia, es de estilo románico ojival. La fachada, elegante y sencilla, muestra unas notables ventanas, a modo de ajimeces, de las llamadas en Mallorquín *corondles* (colonnelle, columnitas) según la fotografía que acompaña. El interior no es menos digno de ser admirado, por los riquísimos techos de madera que atesora, en alguna de cuyas cenefas ciertos eruditos pretenden ver diminutos caracteres arábigos; estos preciosos techos están policromados, llenos de signos eráldicos, predominando el rojo en los fondos y el blanco, el oro, el negro, el azul y la plata en los dibujos. Presentamos un apunte de una viga policromada y del marco

inclinado del techo, formado por dos zonas adornadas. El blasón constantemente repetido en este techo presenta tres fajas rojas y tres blancas, con pajaritos (ruiseñores?) en las primeras, suponiéndose que tal vez sean las armas de los Rossinyol. He leído que, sobre la puerta que da entrada al primer salón, había un escudo con un águila: yo no he visto tal escudo; aunque, a juzgar por lo que dice el autor del "Nobiliario mallorquín", ya el águila figuraba en los blasones de los Bonapart de Mallorca, águila negra con las alas estendidas en campo de oro, según se nota en el adjunto dibujo. La cuestión está en averiguar si el *águila napoleónica* es la misma de los Bonapart mallorquines, o si el héroe de Wagram adoptó en sus insignias las águilas gloriosas del antiguo imperio romano.

Los genealogistas italianos de los Bonapartes nada cierto pueden alegar respecto de la ascendencia del gran Napoleón. Para que éste fuese admitido en la escuela militar de Brienne se presentó una lista de nueve de sus ascendientes, siendo el más antiguo Maese Gabriel Buonaparte que vivió por los años de 1508. Los Bonapart de Mallorca son mucho más antiguos, pues formaban una familia de nobles militares ya muy conocida en el siglo XIV. El primer Buonaparte de que hay memoria vivía en Trevisa en 1178: de éste dícese que descendieron Hugo y Jaufrado; el primero, jefe de los Buonaparte de Trevisa, rama extinguida en 1447; y el segundo, tronco de los de Florencia (de donde se creía oriundo Napoleón), casa extinguida en el siglo XIII, pero de la cual dícese que procede la de Zarzano o rama genovesa que se trasplantó en Ajaccio; hecho sobre el cual no es-



El gobernador militar de Tolón y los intérpretes de la película.

tán conforme los genealogistas ni en cuanto al personaje (Luis María Fortunato según unos y Francisco según otros) ni en cuanto a la fecha (siglo XV los unos, siglo XVII los otros). Bover, hablando de los Bonapart mallorquines, presenta datos más precisos



Soldados actuales con trajes de época.

Dice que el Rey D. Martín de Aragón con *real despacho de 23 de julio de 1409 premió los servicios del sabio jurista mallorquín HUGO BONAPART nombrándole REGENTE DE CORCEGA*. "Este caballero es *sin disputa alguna* el fundador de su apellido en Córcega, y esto se prueba con el instrumento de 27 de mayo de 1419 en el que otorgó sus poderes amplios y bastantes a favor de su hermano Bartolomé Bonapart, *juris utriusque doctor*, para que venda todos los bienes que dejó en Mallorca y le envíe su producto, *respecto de haber resuelto quedarse siempre en Córcega, con los hijos que ya tenía de su esposa Juana de Saneis*. Los dos documentos que llevamos citados tienen en sí toda la autenticidad que se necesita para

varios documentos existentes en ellos, que la familia Bonaparte originaria de Mallorca, empezó aquí con HUGO BONAPARTE, QUE ERA REGENTE DE ESTA ISLA por los años de 1418, antes del cual no se encuentra semejante apellido en Córcega. Consta también que los hijos de este Regente, llamados Esteban, Hernando y Andrés obtuvieron varias veces los empleos municipales de esta ciudad por la clase de nobles, y que los Bonapartes desde el siglo XV hasta el actual, se continuaron en los padrones de Beatría. Esto es suficiente para que se convenza de la identidad de las familias Bonaparte de Mallorca y de Córcega... La rama de Córcega subsiste aún, pues viven hoy varios miembros de ella,



Los operadores cinematográficos impresionando el fragor de la hipotética batalla

dar crédito a su contenido". De Hugo Bonapart debe descender Napoleón Bonaparte, quien por tanto, llevaba en sus venas sangre mallorquina. No es posible averiguar si algún Bonaparte de Trevisa o Florencia originó la casa de Mallorca antes del siglo XIV, pero podría ser muy bien, si se tienen en cuenta las continuas relaciones de las Baleares con las demás islas y penínsulas mediterráneas. A los datos indicados debemos añadir otro que confirma que el héroe de Austerlitz era oriundo de Palma: es una carta dirigida por el Jesuíta Cassau, desde la capital de Córcega, al cronista mallorquín D. Jerónimo Alemany; de ella extractamos lo que sigue:

"Ajaccio 23 de Mayo de 1752.—Sr. D. J. Alemany. Muy Sr. mío:... he recorrido todos los archivos públicos de esta ciudad y efectivamente aparece de

como Hernán Bonaparte y Carlos Bonaparte, casados en Toscana... (firma) Eusebio Cassán de la C. de J." Se cree que ese Carlos Bonaparte es el esposo de María Lætitia Ramolino, padres ambos del gran Napoleón; sin embargo no hay modo de que concuerde la fecha de la carta de Cassau y la del matrimonio de Leticia y Carlos, verificado en 1767: tal vez en la fecha de la carta haya error de copia.

Varios Bonapart mallorquines figuraron mucho en su tiempo, y el último, Bautista Bonapart, fué *veguer* de Mallorca y en 1530 vestía la roja *gramalla* de los consellers por la clase de caballeros. En la segunda mitad del siglo XVI se extingue la familia Bonapart en la Balear mayor.

Asegúrase que el nombre de "Napoleón" era el que llevaba desde siglos el segundo hijo de la familia Bo-

napart para conservar el recuerdo de sus relaciones con un tal Napoleón Degli Orsini, célebre guerrero italiano; pero esto nos parece una invención para hacer el nombre de Napoleón hijo de la gratitud y de la fama militar. Muchas otras invenciones, a cual más peregrina, citaríamos; se ha querido hacer a Napoleón descendiente de los emperadores romanos, de los Paleólogos, de los Comnens y aun de los Borbones; para esto último se ha supuesto que el famoso *hombre de la máscara de hierro* era hermano gemelo de Luis XIV, y que de sus secretas relaciones con la

hija de su guardián Bonparti tuvo varios hijos que, establecidos luego en Córcega, italianizaron el nombre de su madre. Censurando estas invenciones, Napoleón decía: "La casa Bonaparte empezó el 18 Brumario".

Si en realidad Napoleón el Grande es de abolengo mallorquín, habrán sido baleares (según la tradición) los dos genios militares más célebres de la Historia, gloriosos ambos por haber pasado los Alpes al frente de sus ejércitos: Anníbal y Napoleón.

Los gases asfixiantes para ejecutar a los sentenciados a muerte

En la gran república Norte-americana, país que, como es sabido, cree tener la exclusiva del sentido práctico, se ha implantado el procedimiento de cumplir las sentencias de muerte, por medio de gases mortíferos.

Para ello, colocan el condenado dentro de una caja metálica, convenientemente sujeto a una silla, y con un aparato de auscultar puesto sobre el corazón.

En dos habitaciones inmediatas están: en una, al verdugo que introduce los gases en la trágica cámara: en la otra, un médico que tiene en el oído el otro extremo del auscultador, para certificar que el sentenciado dejó de existir.

De cuantos gases podían emplearse, el más indicado, por sus terribles y rápidos efectos, fué el oxocloruro de carbono, que diluido en ácido eyauídrico, es sumamente comprensible.

La ejecución, puede decirse que se verifica en dos tiempos, muy rápidamente sucesivos: primero, la entrada del gas en la cámara, a fuerte presión, provoca un síncope inmediato, y a muy poco, sobreviene la muerte.

Los gases asfixiantes en la última guerra empleados, que no son gases, sino líquidos, en su mayor parte, fueron casi todos los que producen sofocación; el cloro, el clorofornato de metilo clorurado, que irritan las vías respiratorias, y producen bruscas detenciones en el funcionar del pulmón, fueron la base de gran número de experiencias.

La intoxicación que dichos gases producen, es muy aguda y sobreviene la muerte por edema en los pulmones.

Los gases lagrimentes, fueron también objeto de estudio; el bromuro de benzylo y la clorocetona, producen gran picazón en los ojos, pero su efecto es pasajero y no mortífero.

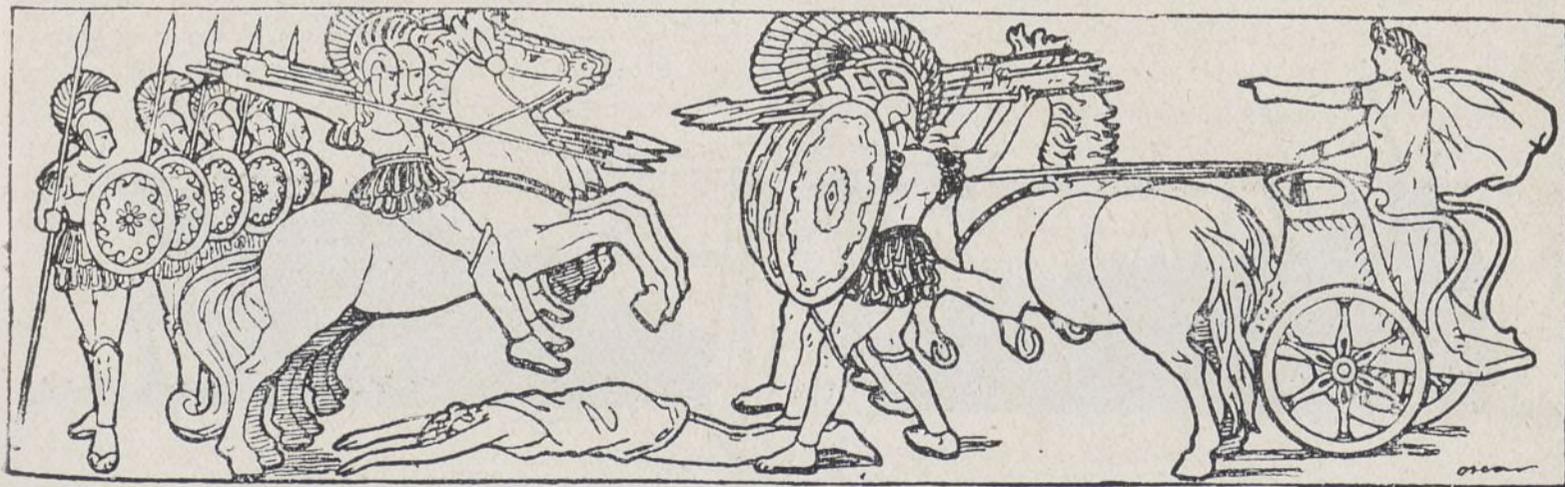
Los gases lagrimeantes fueron también objeto de rita o sulfuro de etylo biclorurado, tienen una fuerza nociva mucho más temible.

Al paso que los demás gases asfixiantes, por el olor que despiden, permiten con frecuencia rehuir su acción, la hiperita, no tiene olor ninguno; su acción no es inmediata, sin que por ello deje de ser terrible.

Impregna y envenena cuanto toca; objetos, vestidos, la tierra: su acción es lenta y traicionera, pues sólo al cabo de algunas horas, empiezan a sentirse sus efectos, siguiendo rápida la muerte. Cuando pueden curarse los trastornos que produce, lo que ocurre raras veces, es sólo a fuerza de tiempo.

Existen también gases irritantes que obligan a estornudar repetidamente, causando una inutilidad de momento a quienes sufren su acción: todos ellos son compuestos de arsénico.

En realidad, ninguno produce la muerte mas que el ácido cyauídrico, sobre todo, mezclado con el oxocloruro de carbono, siendo sus efectos rapidísimos y potentes en un espacio cerrado, como es la caja de ejecuciones por los Yanquis inventada.





El retrato auténtico de Juana de Arco



Las investigaciones hechas durante estos últimos años para conseguir un retrato auténtico de Juana de Arco no han dejado de tener resultado. El descubrimiento más interesante es sin duda el de una pintura atribuida al pincel de Renato de Anjou, rey de Nápoles y conde de Provenza, y una de las figuras más características de su época. Aquel pobre soberano, al que los aragoneses arrebataron el reino de Nápoles, y que no supo defender sus demás dominios contra la ambición de sus rivales, era un pintor y un poeta de verdadero mérito.

Renato de Anjou era contemporáneo de la famosa heroína. Nacido en 1408, la llevaba cuatro años de edad. Seguramente tuvo ocasión de verla en la corte de su suegro, el duque de Lorena, y acaso también en la de su cuñado Carlos VII.

Antes de emprender su extraordinaria misión, Juana de Arco abandonó dos veces su aldea y se presentó en Vaucouleurs solicitando del capitán Baudricourt una escolta militar que la acompañase a la presencia del delfín, a quien ella, obedeciendo la voz del cielo, debía coronar rey de Francia después de expulsar a los ingleses. Al principio, el capitán la trató como a una visionaria; pero el pueblo empezó a creer en las palabras de aquella singular muchacha que, sin orgullo, pero con firmeza, se titulaba enviada del cielo para libertar a Francia, y el mismo duque de Lorena quiso conocer a la extraña pastorcilla.

En presencia del duque contó la joven, con la mayor sencillez, la historia de sus visiones y de las veces que la incitaban a salvar el país, y de nuevo volvió a pedir una escolta para llegar hasta el castillo del Loire, donde el futuro rey languidecía esperando en vano socorro.

Juana dijo al duque que confiase el mando de aquella escolta a su yerno Renato de Anjou, que era entonces un joven lleno de ardor y de entusiasmo.

Está, pues, fuera de toda duda que Renato de Anjou vió a Juana de Arco en la corte ducal. La pastorcita era considerada ya en el país como una santa, y el joven príncipe debió mirarla más de una vez con verdadera curiosidad, conservando en su mente los

rasgos de su fisonomía. Los sucesos posteriores que hicieron célebre el nombre de la doncella, debieron renovar en la imaginación del futuro rey de Nápoles la imagen de Juana, sin contar que muy bien pudo volver a verla después del triunfo de Reims.

Poco después de ser Juana quemada en Ruan, los



usurpadores del ducado de Lorena cogieron prisionero a Renato y le encerraron en un castillo de Borgoña. Allí, en la soledad, el ilustre cautivo debió recordar más de una vez la figura de la santa guerrera. ¿Qué tiene de extraño que más tarde, en sus tranquilos ocios de la Provenza, tratase de reproducir sus facciones con el pincel?



En el aerodromo de Tablada (Sevilla) se verificó, con toda solemnidad, el 29 de Abril último, el acto de bendecir el primer aeroplano con que la "Unión Aérea Española", Sociedad Anónima, inauguró seguidamente el servicio de la línea Madrid-Lisboa-Sevilla.

La primera llegada oficial a Madrid se efectuó el día 30 de Abril, o sea, después de pernoctar en Lisboa, paseando majestuosamente sobre la villa y corte antes de aterrizar en el aerodromo de Getafe.

Así quedó inaugurado el servicio público de pasajeros entre las dos capitales Madrid-Lisboa, con el deseo unánime de que este servicio se vea solicitado del público y sea el primer jalón de un intenso servicio de líneas aéreas que una entre sí las principales poblaciones de España y a ésta con otras naciones.

Esta línea aérea y la de Sevilla-Larache, dedicada principalmente a correspondencia, son las dos únicas de que disponemos, siendo de esperarse se concedan otras varias, claro es, si los solicitantes ofrecen las garantías de servicio necesarias.

De momento, lo importante es que el público se percate de que el viajar en avión es cosa corriente y vulgar en países como Alemania, Inglaterra, etc., y que los que precisen de un viaje rápido no duden de escoger el aeroplano como medio de locomoción regular, relegando el ferrocarril al plano de las legendarias sillas de postas.

Esto no constituye ninguna exageración si se tiene presente que el viaje Madrid-Lisboa en el "Sevilla", lo mismo que en sus hermanos, será cuestión de tres horas o cuatro, como máximo, si la dirección del viento es contraria y su intensidad es importante. Este tiempo, comparado con el que se emplea en el ferrocarril, induce a optar por el avión.

Otra consideración digna de no echarse en olvido es la seguridad que nos pueda ofrecer el avión contra un posible accidente.

Los aparatos que la Unión Aérea Española pone en servicio en la línea España-Portugal son trimotores, por lo que existe la seguridad de que, aunque sobrevengan paradas de motor, riesgo inevitable en

aviación, en alguno o algunos de sus motores, continuarán en marcha dos, o por lo menos uno, con lo que, si no es conveniente continuar el viaje, al menos se puede, con toda tranquilidad, escoger un buen terreno de aterrizaje, para allí reparar la avería y continuar el vuelo. Si la avería no pudiera repararse (considerando lo peor de las circunstancias), entonces se suspende el viaje, evitando así todo riesgo a los viajeros.

Es casi imposible que se paren los tres motores al mismo tiempo antes de alcanzar un campo conveniente para aterrizar; pero, poniéndose en el peor de los casos, si así fuera, el aeroplano puede continuar el vuelo planeando una longitud, en horizontal,

un número de veces la altura dependiente del estado atmosférico, de tal forma que, en tiempo apacible, un buen piloto puede alcanzar seis veces la altura; es decir, que volando a mil metros de altura, si los tres motores se parasen instantáneamente (caso del que el lector pueda juzgar las probabilidades), se podría bajar planeando y escoger terreno apro-

piado para aterrizar en un círculo de 12 kilómetros de diámetro.

Es ocioso indicar que un buen piloto, como lo son todos los que se emplean en estos servicios, obtienen un gran rendimiento de estas circunstancias favorables. El aparato en cuestión lleva doble mando y, por lo tanto, dos pilotos.

Incendio. Este peligro está eliminado, toda vez que estos aeroplanos, tipo "Junkers", son completamente metálicos, llevándose además a bordo cinco extintores de incendio, permitiéndose a los viajeros, por esta razón, fumar en el interior del avión.

Ya que hemos estudiado los inconvenientes, veamos las ventajas de que dispone el "Sevilla", a más de la rapidez, y es la comodidad, principalmente.

La cabina de los pasajeros ofrece la comodidad que presenta el adjunto grabado.

Lleva nueve butacas, y en una cabina situada en la parte posterior va instalado el lavabo y W. C. Al lado de esta cabina está el departamento de equipa-



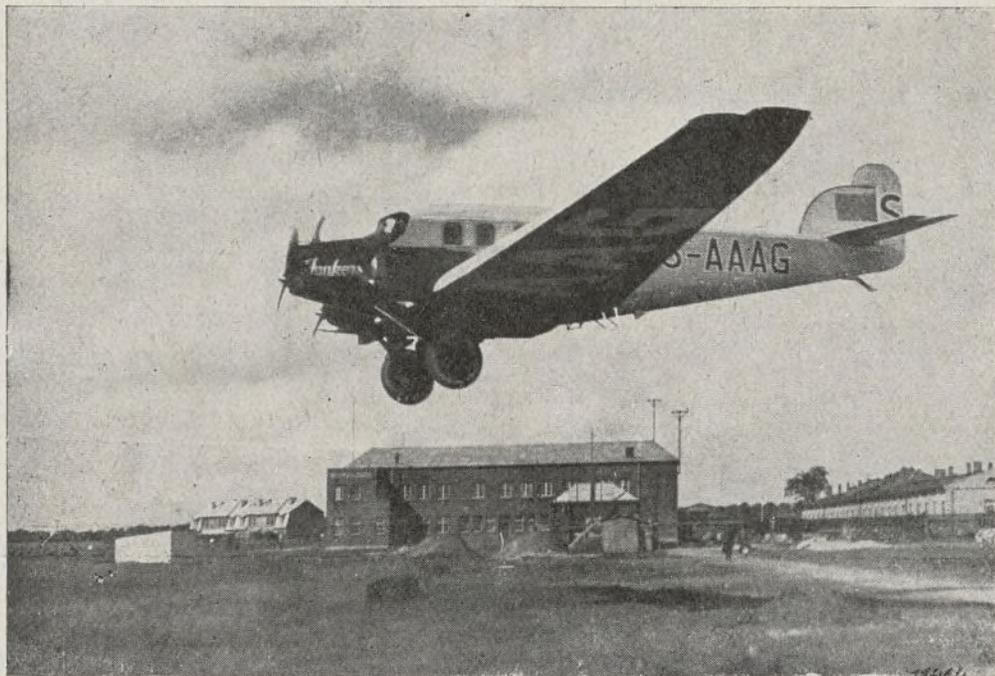
Solemne acto de la bendición del aparato "Sevilla", con asistencia de SS. MM. y Presidente del Consejo de Ministros y autoridades

jes y el de correo. Lleva instalación de luz y calefacción eléctrica. En la parte delante de la cabina de pasajeros va la cámara de pilotos, comunicándose con aquélla y demás departamentos por medio de puertas de amplitud conveniente.

Un pequeño "boy" (botones), que constituye, con los dos pilotos, la tripulación del avión, puede servir refrescos, bebidas, etcétera, durante el viaje.

La Unión Aérea Española dispone, para este servicio, que se acaba de inaugurar, de dos aviones trimotores, con cabina para nueve pasajeros en cada aparato monomotor, que puede transportar cinco viajeros.

El vuelo entre Madrid y Lisboa durará tres horas o cuatro, según la dirección e intensidad del viento, y el vuelo de Sevilla a Lisboa se efectuará



El avión "Sevilla", al iniciar su primer viaje a Lisboa

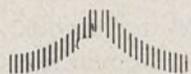
en dos horas poco más o menos.

Aún no se ha fijado definitivamente los precios ni las horas de salida y llegada, pero puede adelantarse que el billete sencillo entre Madrid y Lisboa no costará más de 225 pesetas, ni de 150 entre Lisboa y Sevilla, elevándose a 375 y 260 los precios de los billetes de ida y vuelta en ambos trayectos. El vue-

lo completo Madrid-Lisboa-Sevilla costará 325 pesetas y 550 el de ida y vuelta.

Probablemente la hora de salida de Madrid será la de las 8 1/2 de la mañana, desde la Agencia Cook (Avenida de Conde de Peñalver, 15), para llegar a las 9 a Getafe y despegar a las 2 1/2. Entre 12 1/2 y 1 1/2 se llegará a A'verca, donde quedarán los viajeros que terminen el viaje en Lisboa y el avión saldrá a las 2 para llegar a Sevilla 4 ó 4 1/2 de la tarde.

EL COMANDANTE VALLEDOR



Cuando empezaba en la Comisión de Experiencia del Campamento de Carabanchel, el funcionamiento de una bomba de aeroplano, un casco procedente de la explosión, hirió en la cabeza, matándole, al comandante de Artillería, don Francisco Javier Valledor.

El Ejército ha perdido, con la muerte de este jefe, uno de sus preclaros talentos que unió a su laboriosidad e inteligencia, singulares dotes de simpatía y caballerosidad.



Según la prensa alemana, el problema, ha sido resuelto en aquel país: sin embargo, un técnico, tenido por eminente en el ejército francés, discute el invento con razonamientos muy dignos de ser conocidos.

Tal cañón —dice el aludido técnico—, en el estado actual de la ciencia, es una utopía: esto, no es afirmar que sea imposible semejante progreso, de la artillería, sino que para ello es preciso intervenga un invento de importancia.

El máximo de alcance posible hoy, oscila entre 140 y 180 kilómetros: ¿cómo creer, de pronto, en que aquel llegue a ser de 250?

Consideración preliminar, al hablar del asunto, es la utilidad de dicho alcance, en vista del papel que se asigne a la artillería que lo posea.

Los alemanes, durante la gran guerra, emplearon cañones de 380 milímetros, para bombardear, en períodos, plazas como Dunquerque, Nancy y Belfort, situadas a 40 kilómetros de sus líneas, buscando un efecto moral únicamente.

Más tarde, emplearon, para lanzar proyectiles sobre París, el cañón monstruo Ferngeschütz, de 290 mi-

límetros de calibre, buscando el mismo efecto moral en la capital del Estado francés.

Bajo el punto de vista táctico, aún el alcance de 120 kilómetros, resulta excesivo, sin ninguna utilidad: la utopía, puede discutirse en el aspecto de posibilidad científica; de ningún modo, bajo el punto de vista militar.

Comenzando por lo pequeño, es prudente ver cuales deban ser las características de un cañón que lance a 140 kilómetros un proyectil de 200 kilogramos de peso.

Partiendo de estos datos, habrá que determinar, la máxima presión que el interior de la pieza puede soportar, calibre, longitud, angulo de tiro, velocidad inicial y real, y llevando las cosas al extremo, hasta la naturaleza de la pólvora a emplear.

La presión interior da medios, la ciencia para que pueda llegar a 10.000 kilogramos por centímetro cuadrado, empleando cañones con el cinchado sistema Malaval.

Un problema que no debe despreciarse, es el de la forma del proyectil, que debe asegurarle un mínimo de resistencia al avance.



Armón de Artillería que conduce los restos del infortunado alférez de Intervenciones Militares de Larache, D. Fernando Sanfeliz Muñoz, muerto al realizar la descubierta en terrenos de Adama (Beni Gorfet)



La artillería haciendo fuego contra el enemigo, en nuestro avance para la ocupación del zoco el Gemis de Beni Aros.

Entre las formas hoy admitidas, la más conveniente es la de ángulo ojival de 36° , que dando al proyectil una forma afilada, disminuye considerablemente la resistencia del aire.

Siendo indispensable para aumentar el alcance, disminuir las resistencias exteriores, podría intentarse el enrarecimiento del aire que el proyectil atraviesa, por medio del calor.

Esto puede conseguirse, pues la observación hizo ver que los pájaros tienen en su cuerpo una temperatura de cuatro o cinco grados más alta que la nuestra, lo que se supone tiene por objeto enrarecer el aire que los rodea para que el vuelo resulte más fácil.

Fundándose en estas observación e hipótesis, el ingeniero Chilowsky ideó poner en la falsa ojiva con que suelen recubrirse los proyectiles, un compuesto de magnesio, cuya combustión pone a elevada temperatura la punta del proyectil, que así calienta el aire y disminuyendo su densidad, resulta también menor la resistencia.

El ángulo de tiro necesario para tal alcance, según los alemanes, es superior a 50° , cinco más del que en el vacío corresponde al alcance máximo.

El secreto de la cosa consiste en que la velocidad inicial del proyectil fué tan grande que aquél llegó rápidamente a la zona atmosférica en que el aire, por estar muy enrarecido, es mucho menos denso.

Al llegar a dicha zona, el ángulo de inclinación del proyectil es casi igual al de tiro y lo que se perdió en el alcance, en el trayecto por la atmósfera normal, se gana luego por lo fácil que resulta la marcha del proyectil en la zona enrarecida y lo que avanza, por el ángulo de inclinación.

Claro es, que lo expuesto sólo sucede con una velocidad inicial de 1.500 metros lo que supone enormes presiones interiores, y por lo tanto, un cañón de condiciones especiales.

Según los técnicos franceses, las teorías balísticas siguen siendo las mismas y el descubrimiento del enorme alcance, como todos los descubrimientos de gran importancia es obra de la casualidad.

En el curso de las experiencias de tiro—dice el autor que comentamos—los alemanes, empleando ángulos de tiro mayores que los de costumbre, al buscar el proyectil en el sitio a que creyeron lanzarle, se lo encontraron mucho más lejos, y el raciocinio, al buscar las causas de tal anomalía, les presentó el ángulo de tiro como explicación.

Las condiciones del cañón de 140 kilómetros de alcance, es fácil deducir las principales, sin necesidad de sumergirse en cálculos que sólo a los técnicos podrían interesar.

Por de pronto es preciso un calibre de 230 milíme-



Jefes y oficiales que componen los cuarteles generales de Berenguer y Sousa, presenciando el avance de nuestras tropas hacia el zoco el Gemis de Beni Aros

tros, según los más rudimentarios preceptos de la balística.

La longitud de la parte rayada del ánima, precisa ser de 32 milímetros, lo que significa un largo del cañón de 40 milímetros, puesto que la recámara, ha de tener capacidad suficiente para contener la gran cantidad de pólvora necesaria, que viene a ser de unos 2.000 kilogramos.

Los demás elementos, considerados en globo, son: ángulo de tiro, 56°; velocidad inicial, 1.100 metros; ídem real, 900; ángulo de caída, 58°; flecha de la trayectoria, 55 kilómetros; duración del trayecto, 3' 30".

Sin más que ver la longitud de la flecha, se comprende la verdad de lo dicho anteriormente; sólo saliendo el proyectil de la atmósfera normal, puede conseguirse un alcance grande.

Respecto a pólvoras, la sin humo, no puede aprovecharse por la cantidad de disolvente volátil que contiene (eter-alcohol), que en los calibres pequeños o normales, tiene poca o ninguna influencia sobre el rendimiento del tiro.

En las pólvoras espesas, que es preciso emplear en los cañones de grueso calibre, la volatilización del disolvente no es nunca completa, y según las condiciones de la temperatura, ofrece caracteres heterogéneos que perjudican la buena combustión.

El coste de un cañón como el que motiva las pre-

sentes líneas se calcula, poco más o menos, en diez millones de francos.

Sin embargo, los técnicos franceses, creen posible reducir aquél a dos o tres millones, utilizando las piezas desechadas, que aconsejan conservar, pues en nuestros vecinos sigue siendo obsesión nacional conservarse militarmente a la altura de Alemania, en cuyo país tampoco disminuyó lo más mínimo el empeño de ser el primero en materia bélica.

El procedimiento apuntado consiste en introducir tubos, unos dentro de otros, previamente bruñidos los exteriores por dentro, con lo cual se obtiene un cañón reforzado, que ofrecerá grandes ventajas, entre ellas el que la cantidad de pólvora obrará sobre un proyectil de menos diámetro y la longitud de la parte rayada, siendo mayor, hará que la impulsión accione más tiempo sobre aquél, poniéndole en condiciones de aumentar su alcance.

Las cavilaciones de los técnicos franceses les hicieron pensar en el cañón eléctrico, comenzando las experiencias por arrollar alrededor de un cañón un hilo, por el que se hace pasar una corriente eléctrica.

El selenoide así improvisado, crea un campo magnético, susceptible de mover el proyectil en el sentido del eje del cañón, del mismo modo que un electroimán atrae su armadura.

El procedimiento fué pronto desechado por aparecer



La civilización va entrando lentamente en las tribus del desierto. He aquí una curiosa fotografía en que aparecen varios jefes de tribus ocupando un automóvil, con gran satisfacción y contento

claro que no podría utilizarse más que para pequeños proyectiles, a los que daría muy pequeñas velocidades iniciales.

El ingeniero M. Fanobran-Villeplée, en un cañón de su invención, hace pasar una corriente eléctrica por un circuito del que forma parte el proyectil, creando alrededor de éste un campo magnético cuyas líneas de fuerza le son perpendiculares.

Las experiencias del expresado técnico llegaron a consistir en lanzar un proyectil de 50 gramos, con velocidad inicial de 200 metros.

El proyectil empleado tiene dos aletas que resbalan en el interior del cañón sobre dos carriles de la misma longitud que aquél, y sirven de toma de corriente.

La bobina la forman unas barras de cobre, del mismo largo que el cañón; si entre el polo positivo, carriles del proyectil, y el negativo, barras de cobre, se pone una fuente de energía eléctrica, al colocar el proyectil entre los carriles se cierra el circuito, formándose un campo magnético que actúa sobre las aletas y la resistencia de la corriente que atraviesa por el proyectil, le empujará, con tanta más fuerza, cuanto mayor sea el voltaje; actuando pues, sobre éste se graduará el alcance.

Cuanto mayor sea la superficie de las aletas, mayor será el número de líneas de fuerza que las corten, pudiendo ser menor la intensidad de la corriente empleada.

Con el pequeño cañón empleado para las experiencias, se consiguió que el proyectil de aletas, sobre

el que actuó dos centésimas de segundo una corriente de 5.000 Amperes, con un voltaje de 20 V., atravesara un tablón de abeto, de ocho centímetros de espesor.

El cañón eléctrico ¿podrá ser una realidad? Sería temerario contestar en uno u otro sentido.

Los fenómenos eléctricos que se desarrollan en un cañón de pequeño calibre, es muy posible que variase notablemente en intensidad y efectos, haciendo aquél mayor. No hay que olvidar lo que significa la inducción.

Bajo el punto de vista balístico, ¿un proyectil de aletas, grande, marcharía igual que el utilizado en los ensayos? La resistencia del aire ¿no le haría bascular? He ahí dos incógnitas.

Por otra parte, la energía necesaria para lanzar un proyectil de 100 kilogramos a 100 kilómetros habría de ser de varios millones de Amperes, con una tensión de 1.000 o más voltios. Cada cañón necesitaría tener junto a sí una fábrica de energía eléctrica nada despreciable.

El cañón eléctrico, aprovechable para grandes alcances, no se concibe hoy; sin embargo, la posibilidad de que llegue a ser un hecho no es temeraria.

Entre las innumerables ventajas que con él se obtendrían son las más importantes: la supresión del trabajo enorme que supone el rayado del ánima; la supresión de la pólvora, que implica economía y disminución de peligros; la duración de las piezas, que sería poco menos que indegnida.

EL DESARROLLO DE LA AVIACION ITALIANA

Según parece, el gobierno de Mussolini, tomó con gran calor los asuntos aeronáuticos, al decir de algunos escritores italianos, algo abandonados, después de la gran guerra.

Dicen aquellos que la negligencia observada, pudiera ser de grandes consecuencias, pues todos los centros vitales del país, pueden ser atacados, en caso de guerra, por aviones enemigos que procedan del otro lado de las fronteras o del mar.

Para contrarrestar el peligro—dicen los aludidos escritores—no hay más que un medio; tener una aeronáutica poderosa, capaz de asegurarnos la supremacía aérea y contener a los aviones enemigos. Italia, además, por su posición en el Mediterráneo y la tradición que le concede la preponderancia en él, no puede permanecer indiferente, ante el desarrollo de la navegación aérea.

Aunque el dinero solo nada hace, sin el concurso de la voluntad, comenzaron los italianos por crear el Ministerio de Aeronáutica, siendo su primera dotación de 700 millones de liras.

En cada uno de los Ministerios de Guerra, Marina y Aeronáutica, un subsecretario dirige la gestión administrativa y un jefe de E. M. la técnica militar.

El jefe del E. M. general del ejército, siguiendo las indicaciones del jefe del gobierno, unifica los trabajos de los tres jefes del E. M. en demanda de la mejor preparación para la guerra.

Después de 1923, la Aeronáutica, pasó a constituir un Cuerpo independiente. Dos años más tarde, en abril de 1925, se dispuso que el ejército del aire, para todos los efectos, fuera igual a los de tierra y mar.

Es curioso anotar que la prensa profesional francesa, encuentra injustificada la creación de un ejér-

cito aéreo independiente, sosteniendo, en cambio, que la Marina y el ejército propiamente dicho, deben ser organismos autónomos.

La experiencia y la lógica ¿no parecen aconsejar que el ejército sea uno solo y bajo un solo mando, provisto de suficientes elementos de lucha, en la tierra, en el aire y en el mar?

Volviendo a Italia, el Subsecretario de Estado entiende en los asuntos legislativos y administrativos del personal de la Aviación civil: de él depende la Dirección general de Aeronáutica, a cuyo frente hay un general.

El jefe de E. M. que dirige la aeronáutica militar, nada tiene que ver con el Subsecretario de Estado: resuelve, por sí, cuanto se refiere a organización, movilización e instrucción de las tropas de aeronáutica y a su empleo en la guerra.

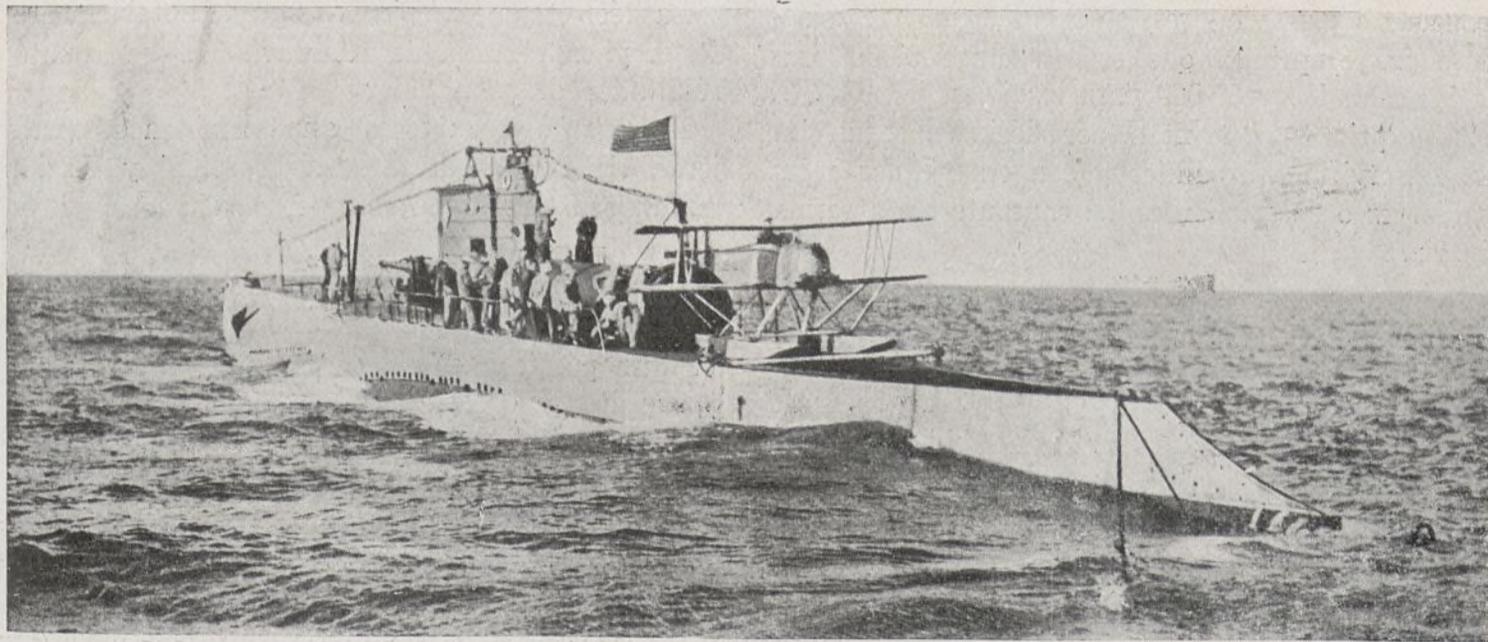
Además existen: El consejo de aeronáutica, consultivo para cuestiones militares y el comité técnico, que tiene el mismo carácter con respecto a la técnica.

* * *

Como base de la organización de las tropas aéreas, decía un técnico en la Cámara: “La solución aérea de la guerra, queda aun en estado de sueño fantástico.”

“Como importa a Italia, dará la guerra aérea, un carácter eminentemente ofensivo, le es precisa una fuerza aérea, de rápido emplazo, capaz de contener al adversario y por una acción de sorpresa, sobre sus bases aéreas y sus centros industriales, conseguir la supremacía del aire, dificultando su movilización e impidiendo que moleste la propia.”

Tal es el papel que se asigna al ejército aéreo, pero como la aeronáutica intervendrá en las operaciones de mar y tierra, hay además, una Aeronáutica del ejército y otra de la Marina.



El submarino porta-avión, último invento de la ingeniería naval norteamericana, realizando sus primeras pruebas, coronadas por el más completo éxito, en las costas de New England (Estados Unidos)

ARMAS Y LETRAS

Los tres elementos dependen del jefe del E. M. de la Aeronáutica, para las cuestiones generales de instrucción, pero la del Ejército y la de Marina, en cuanto se refiere a su utilización, tienen su jefe de E. M.

Las fuerzas de Aeronáutica, teniendo en cuenta que deben ponerse en funciones, en cuanto la guerra surja, tienen, en pie de paz, la misma organización que en el de guerra.

* * *

A fines del año último, existían en Italia 86 escuadrillas, distribuidas en 32, para el ejército aéreo; 28 para el ejército, 21 de la Marina y cinco para las Colonias.

El personal sumaban 16.000 hombres; de ellos, 2.400 pilotos; el material, 900 aparatos en servicio, seis dirigibles y nueve hidros.

Según nuevos proyectos, aprobados en principio, en 1930, las fuerzas aéreas italianas constarán de 182 escuadrillas, 78 para la aeronáutica; 57 para el ejército; 35 para la Marina y 12 para las Colonias; en total 2.000 aparatos y 30.000 hombres, entre ellos 4.500 pilotos.

* * *

El personal navegante, tiene que ser voluntario: hasta la fecha, a pesar de los grandes esfuerzos realizados, hubo tantas dificultades, que se presenta algo dudoso el reclutamiento del necesario para las 182 escuadrillas proyectadas.

Las pruebas a que se somete al personal actual, todo el del ejército activo o de reserva, aseguran su valor profesional.

Los mecánicos, salen de la Escuela militar de Capua, que cuenta ordinariamente con 600 alumnos, siendo estos escogidos entre los jóvenes que adquieran instrucción militar: en la actualidad, hay muy poco más de un mecánico por aparato en servicio.

Para facilitar el reclutamiento, acaba de promulgarse una ley, por la que, además del retiro normal, se concede a los aviadores, en caso de muerte o accidente grave, primas que oscilan entre 9.000 liras para los soldados y 35.000 para los jefes.

Dichas primas, aumentan por décimas, según los años de servicio aeronáutico y son transmitidas a los ascendientes o descendientes del causante en la forma ordinaria.

* * *

En cuanto a los tipos, han servido de base para fijarlos, atinadas consideraciones sobre el modo de ser costas y fronteras.

Estas últimas, de un gudro de 200 kilómetros y con alturas de 3.000 a 4.000 metros, exigen, en relación con los progresos de la artillería antiaérea y con las condiciones meteorológicas, aviones capaces de volar a 8.000 metros y con un radio de acción de 600 kilómetros.

En el mar, los aviones deben poder recorrer, en un vuelo, todo el Mediterráneo, mejor dicho, llegar a un

objetivo situado a 1.300 kilómetros y regresar, lo que supone, para los aparatos de caza y bombardeo, una velocidad de 260 kilómetros por hora.

Mientras tales sueños se realizan, posee Italia aparatos de caza, Nieuport, Ansaldo y Fiat.

Para bombardeo, hay grandes esperanzas en el tipo CA. 73, provisto de dos motores Asso, en tandem de 500 C. V. cada uno. También se espera mucho del BR. 1 con motor Fiat de 900 C. V. para el bombardeo rápido. Las casas Caprani y Piaggio, estudian modelos especiales para bombardeos de noche.

La aviación de observación, tiene aparatos de 300 C. V. La casa Ansaldo, ensaya un A-120, de construcción metálica, provisto de un motor de 400 C. V. que será Fiat o Lorraine.

La hidroaviación, se estudia en Italia con gran interés, como lo prueba el fantástico viaje del coronel De Pinedo en el Hidro Savoia S. 16 ter, que lleva motor Lorraine.

La marina, tiene en servicio hidroaviones torpedos y reconocimiento, de tipo S. 55 (bimotores de 800 a 1.000 C. V.) y los Cant. 6, trimotores de 1.200 C. V.

La casa alemana Dornier, construye actualmente, un hidro con un radio de acción de 1.000 kilogramos, capaz de hacer el viaje a Gibraltar, ida y regreso con 1.000 kilogramos de carga.

El diputado Locatelli, al discutir el presupuesto de aviación, refiriéndose al mentado aparato alemán, decía: "Solo con tres escuadrillas de tal modelo, no habría almirante extranjero que se atreviera a visitar nuestras costas en son de guerra."

En conjunto, los constructores italianos, van poco a poco abandonando las normas francesas: la casa Ansaldo, adoptó decididamente el tipo metálico en los dewoitine, aparatos de caza por ella ideados.

Las casas Fiat y Caprani, usan la construcción mixta de madera y metal y la Sociedad Savoia emplea el acero y el duroaluminio o aluminio endurecido, en sus aparatos tipo S. 55.

La técnica de aviación progresa notablemente en Italia y en materia de Hidroaviación se apuntó ya resultados de gran valor.

En cuanto a motores, aun dominan los extranjeros, si bien las casas Isota-Fraschini y Fiat, presentan cada día tipos más perfeccionados.

* * *

Como es natural, la aviación comercial, marchó siempre paralelamente a la militar.

La situación geográfica de Italia, la hace punto de cruce de las líneas —América del Sur—, Extremo Oriente y Norte de Europa y Africa.

Por ello, aspira a participar en todas las líneas mundiales. Su programa es muy extenso: comprende los siguientes puntos:

Un servicio en el Mediterráneo oriental, de hidros y dirigibles para enlazar en Constantinopla con la red Moscovita.

Otro en el Mediterráneo Occidental, que partiendo de Túnez, vaya a la América de Sur.

Tres líneas de Trieste a Viena, Budapesth y Belgrado y otras tantas, Alpinas, del valle del Pó a los del Danubio, Rhin y Ródano.

Unas y otras líneas habrán de conducir pasajeros y correspondencia.

Las negociaciones con Grecia y Turquía para la línea Briudis-Atenas-Constantinopla, aun no fueron terminadas y lo mismo ocurre, respecto a la línea Génova-Barcelona.

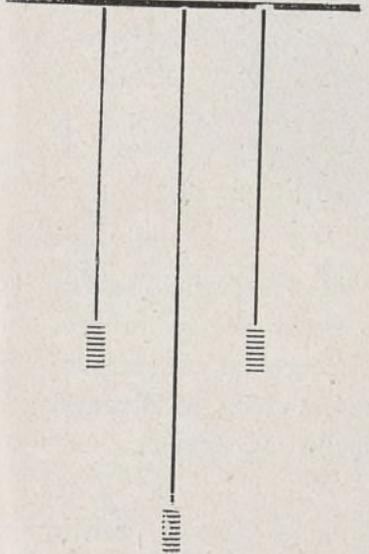
El programa, supone una considerable dotación por hoy imposible, pues del presupuesto de Aeronáutica, sólo 30 millones de liras corresponden a la aviación civil.

Sin embargo, el gobierno, cede a la aviación comercial, su fuerza diplomática, la T. S. H., el servicio metereológico, pilotos militares y los aviones de las Colonias para el tráfico.

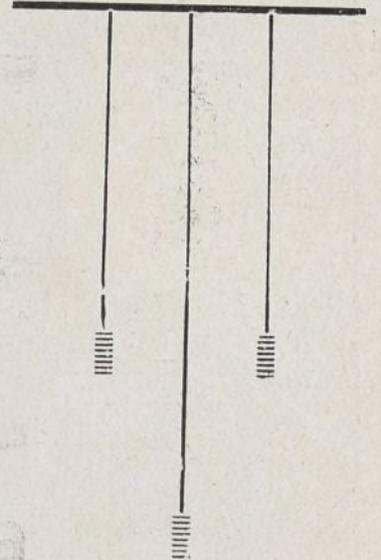
A cambio exige que todos sus aparatos puedan transformarse en militares, en caso de guerra; la Casa Caprani acaba de poner en servicio para la línea Venecia-Viena, un C. A. 73 bis, que lleva 10 pasajeros y que es idéntico al aparato de bombardeo, de la misma casa C. A. 73.

Las líneas aéreas hoy en explotación regular en Italia, son: Génova, Roma, Nápoles, Palermo: Roma, Nápoles, Brindis: Turín, Milán, Trieste: Venecia, Viena.

**LOS
NUEVOS**



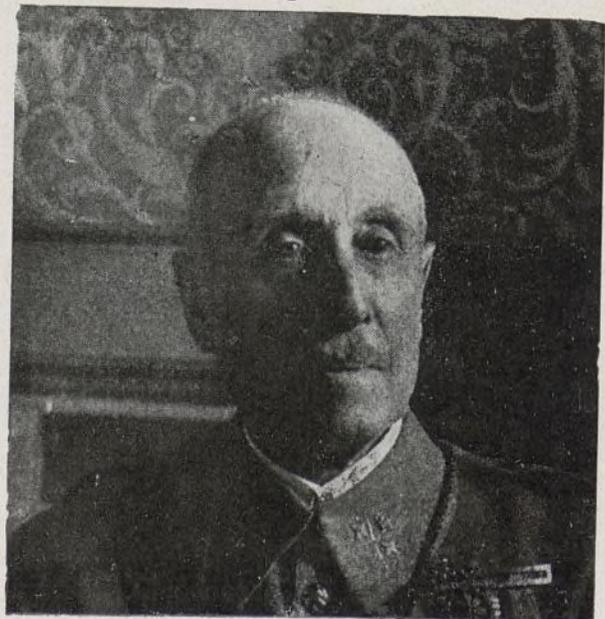
**CARGOS
MILITARES**



El General Saro, Gobernador militar de Madrid.



El Barón de Casa Davalillos, nuevo Capitán general de Madrid.



General Ardanaz, nuevo Presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina.

PAGINAS DE HONOR

Dos nombres más que añadir en la lista de honor de los héroes de la gesta africana. El capitán Ortáriz y el alférez Sanfeliz.

Dos bravos que murieron en el cumplimiento del deber con el gesto altivo de los temperamentos fuertes, adentrados en el espíritu del sacrificio en plena juventud, como galardón de una raza plétórica de energías seculares.

Así la herida sangrante de nuestra patria, el problema marroquí, va restañándose con el es-



Ultimo retrato del infortunado Alférez de Intervenciones Militares de Larache D. Fernando Sanfeliz Muñoz, muerto por el enemigo al realizar la descubierta en terrenos de Adama (Beni Gorfet).



Don Luis Ortáriz, Jefe de Intervenciones de Targuist y de la columna de su sector, muerto heroicamente al intentar socorrer al campamento de Tabarrán, y condecorado con la Medalla Militar por este hecho de armas.

fuerzo de estos soldados sencillos y sublimes.

La iniciación de una era de paz en la zona de nuestro protectorado, parece poner término a la cruenta lucha. España acometió el problema y llega a su solución merced a la pericia del alto mando y disciplina y heroísmo de nuestros soldados.

Las situaciones fueron graves para nuestra Patria, pero el sacrificio no resultó estéril. Los campos de lucha se convirtieron en campos de trabajo y la zona africana, la zona rebelde, nunca dominada por sultanes, abre sus puertas a la civilización y al desarrollo comercial, amparada en el pabellón de España, que supo someter voluntades, castigar traiciones y dotar de elementos convenientes de trabajo a los indígenas, sin otras miras que llevar a cabo la obra de civilización que le fué impuesta.

EFEMERIDES HISTORICAS

BATALLA DE VILLAVICIOSA

Después de un consejo de generales, que presidió el Rey, para acordar las medidas que debían adoptarse, resolvióse que el marqués de Bay volviese a la frontera de Portugal para impedir que de ésta viniesen nuevas fuerzas a unirse con el ejército confederado en Madrid; que Vallejo y Bracamonte siguieran operando como hasta aquí, cubriéndose Castilla la Vieja, la Mancha, Toledo y Madrid; que la Reina y sus damas se trasladasen con los Consejos a Vitoria, que Vendome quedara de generalísimo de las armas de Castilla; que Noailles volviera a Perpiñán, y con las tropas del Rosellón penetrando en Cataluña, pusiera sitio a Gerona. El Rey había de poner sus reales en Casa-Tejada.

En su consecuencia, el 3 de octubre salió el Rey de Valladolid, y pasando por Salamanca, donde sólo se detuvo un día, dirigióse por Plasencia a Casa-Tejada, y allí fijó sus reales.

Vendome se situó en las riberas del Tajo, desde donde, observando a los aliados, le impedía toda comunicación con Portugal.

En tanto que Bracamonte y Vallejo seguían su sistema de no dejar descansar a los contrarios, el conde de Aguilar se dedicaba con su acreditada actividad a la formación de un nuevo ejército. Castilla, Extremadura y Andalucía acudieron gustosas a facilitarle hombres y recursos, de manera, que al mediar el mes de noviembre, los restos del ejército de Zaragoza contaban ya, bien armados y provistos, hasta cuarenta batallones y ochenta escuadrones.

Ya con este refuerzo, Vendome pudo prepararse, no sólo a resistir, sino a ir en busca del enemigo; y al efecto distribuyó las tropas del modo que creyó más conveniente. El Rey se situó en el puente de Almaraz interceptando el paso a Portugal.

Viendo el Archiduque la imposibilidad de abrirse paso por la frontera portuguesa, en atención a las fuerzas considerables que Felipe había podido aglomerar por aquella parte, y que a Staremberg le era imposible conseguir que Vendome alterase su plan de defensa, y viendo que carecía de simpatías en Castilla, y que los pueblos se negaban a darle mantenimiento; que Vallejo y Bracamonte le interceptaban los convoyes, y que sus soldados mataban muriendo asesinados a manos de los paisanos, resolvióse a evacuar la capital. El 9 de noviembre salieron las tropas del Archiduque de Madrid en dirección a Toledo, después de cincuenta y un días que le habían tenido bajo su dominio. Apenas el pueblo de Madrid se vió desembarazado de sus incómodos huéspedes, cuando aclamó de nuevo a su rey

Felipe V dando al vuelo las campanas para celebrar el suceso

Mientras Staremberg y Stanhope llegaban a Toledo con un cuerpo que no pasaba de seis mil hombres, el Archiduque se dirigió por Ciempozuelos a Zaragoza escoltado por un cuerpo de caballería. En Zaragoza se detuvo algunos días, pasando después a Barcelona, que recibió una impresión fatal al verle volver en tal estado, que indicaba la poca seguridad que tenía en sus tropas.

Staremberg evacuó a Toledo el 29 de noviembre, viéndose en la precisión de salir de ella antes de que el general portugués, conde de la Atalaya, pegase fuego a la población como pretendía.

Los toledanos celebraron la salida de los aliados con las mismas demostraciones de regocijo que los madrileños.

(El rey Felipe, que se hallaba en Talavera de la Reina, al saber que Staremberg abandonaba Toledo, levantó sus reales y se dirigió a Madrid, adonde llegó el 3 de diciembre. Lo primero que hizo fué visitar el templo de Atocha, y desde allí se encaminó a palacio, donde permaneció tres días, presenciando



durante todo ese tiempo las frenéticas acamaciones de la muchedumbre.

El día 6 volvió a salir de la capital tomando el camino de Guadalajara. Con él iba el generalísimo duque de Vendome.

Llegó a su noticia que el general inglés Stanhope se hallaba en Brihuega con ocho batallones y algunos escuadrones. Deseoso el Rey de dar algún golpe de consideración al ejército enemigo, dispuso que se intentara cortar al general inglés todas las salidas de Brihuega. Al efecto, ordenó Vendome que se adelantara el marqués de Valdecañas con la caballería ligera hasta Torija.

El Marqués ejecutó lo que se le había mandado, con tal acierto y prontitud, que el día 8 al amanecer se encontró Stanhope encerrado en sus posiciones. Al medio día llegó el Rey con el grueso de las tropas y empezaron a batir los muros de la población, que eran de bastante altura aunque sencillos.

En la confianza, Stanhope, de que Staremborg acudiría pronto en su socorro, se resistió valerosamente. Habiendo llegado un expreso de Bracamonte participando que Staremborg se acercaba con todo su ejército en auxilio de los sitiados, dispuso Vendome que se apresurara al asalto, destinando al efecto al conde de las Torres, al marqués de Toy y a los tenientes generales Zúñiga y conde de Merodi, mientras él con el conde de Aguilar se dirigieron con la caballería a detener a Staremborg.

El asalto fué sangriento y reñidísimo, y después de repetidos y numerosos ataques, que costaron gran número de víctimas, al llegar la noche Stanhope pidió capitulación. Vendome, que había dejado apostada la caballería a media legua de Brihuega, cuando volvió a las ocho y vió la situación en que se encontraba el inglés, y que convenía poner término al combate, concedió la capitulación pedida, quedando prisioneros de guerra incluso el mismo general Stanhope.

Esta acción de Brihuega se dió el 9 de diciembre y fué indudablemente la causa determinante del éxito que tuvo la que debía empeñarse muy pronto.

En tanto que los prisioneros eran conducidos por el conde del Real, que mandaba el regimiento de la Estrella, e internados en Castilla, el de Staremborg, que se acercaba por la parte de Villaviciosa con todo el grueso del ejército de los confederados, se presentó a la vista del de Felipe V puesto en orden de batalla.

La derecha de la primera línea del ejército de Felipe V estaba a las órdenes del marqués de Valdecañas con el general D. José Almendarvi y los mariscales D. Pedro Ronquillo y el conde de Montemar; la izquierda la mandaba el conde de Aguilar con el de Mahoni y D. José de Amézaga; el marqués de Toy con el de Lover y el mariscal conde de Harcelles tenía el centro. La segunda línea estaba man-

dada por el conde de Merodi, el marqués de Nabal-morcuerde y D. Pedro de Zúñiga.

El Rey recorrió las filas para alentar a sus soldados.

El fuego comenzó por la artillería de Staremborg, una de cuyas balas hirió mortalmente, antes de que la batalla se formalizara, al mariscal D. Pedro Ronquillo. Trabada la lucha, desde los primeros momentos se declaró en favor de los de Felipe V. El marqués de Valdecañas tuvo la fortuna de arrollar con su derecha la izquierda enemiga en que estaba el mismo Staremborg. En la izquierda, sin embargo, llevaban ellos la mejor parte, pues rechazados tres veces por el enemigo, se desconcertó completamente llevando el desorden al centro.

Hubo un momento que el duque de Vendome creyó perdida la batalla, y se llevó al Rey al sitio donde había pasado la noche anterior, mandando al mismo tiempo al conde de Aguilar que retirara la infantería, lo cual éste ejecutó, aun cuando Valdecañas y otros generales que habían derrotado a los contrarios por el ala opuesta, le instaban que no abandonase el campo.

El conde de Mahoni, entre tanto, envolvió la artillería de Staremborg, apoderándose de toda ella con sus bagajes y multitud de riquezas que habían sacado de los templos de Toledo y de Madrid, y atacó, en unión con Bracamonte, al mismo Staremborg, que se defendió bizarramente. Estando en esto, llegó D. José de Amézaga con el regimiento de caballería de la Reina, que, arremetiendo furioso, desbarató por completo su cuadro.

Enviáronle a Staremborg un emisario, que fué el sargento mayor D. Juan Morfi, para que se rindiera, puesto que se veía perdido y había hecho ya cuanto cumplía a un general.

Pidió el alemán una suspensión de armas por la noche, ofreciendo que si a la mañana siguiente veía ser cierto lo que le aseguraban de que Vendome tenía intactos sus treinta batallones y cincuenta escuadrones se rendiría con su ejército.

Aun así Vendome continuaba en la creencia de que la batalla se había perdido: error de que participaban no sólo él sino otros muchos, puesto que al dispersarse su centro, hubo regimientos enteros que huyeron a la desbandada, uno de ellos, el que se llamaba de la Muerte, porque había sido el terror de los portugueses; y se cuenta que al ver huir este regimiento, uno de nuestros oficiales dijo a sus soldados: *¡Ea, soldados, ánimo! cuando la Muerte huye la victoria es nuestra.*

Aprovechando la oscuridad de la noche se retiró Staremborg del campo sin ruido de trompetas ni timbales. Al saberlo, pidió Mahoni tres mil caballos para cortar la retirada; pero se le negaron por cierto resentimiento que con él tenía el de Aguilar, y lo único que se hizo fué encomendar a Vallejo y Bra-



Fotografía de la Familia Real de Rumania, obtenida con motivo de la visita del Presidente de la República de Polonia. De izquierda a derecha: Príncipe heredero, Carlos, Princesa Elena, Mariscal Paderewski, Reina María, Rey Fernando, Princesa Irene de Grecia, Príncipe Nicolás y Ministro de Polonia.

camonte que le fuesen picando por los costados y la retaguardia.

El día siguiente de esta memorable batalla, por la mañana, envió el Rey dos expresos, uno a su esposa y otro al rey de Francia, participándoles la victoria. En seguida pasó a la villa de Fuentes, en cuya iglesia se cantó un *Te-Deum* en acción de gracias, al tiempo que recibió otra nueva noticia, la de que D. José Vallejo había hecho tres mil prisioneros más.

La batalla de Villaviciosa, una de las más importantes que se dieron en aquella larga y porfiada guerra, decidió en favor de Felipe V aquel trono que con tanto empeño le disputaba el archiduque Carlos.

Perseguido Staremberg por el marqués de Valdecañas, llegó a Zaragoza, donde permaneció hasta el 30, y una vez recogidas las pocas tropas que pudo, se dirigió a Cataluña, y no paró hasta entrar en Balaguer, siempre acosado por los nuestros.

El rey Felipe, después de haber tomado las disposiciones convenientes para cubrir la frontera de Portugal, se dirigió aunque lentamente, hacia Zaragoza, donde entró el 4 de enero de 1711. Entonces fué cuando instituyó la festividad religiosa que se llama de Desagravios, que había de celebrarse anualmente en todas las parroquias del reino, para conmemorar los dos gloriosos triunfos obtenidos en Brihuega los días 9 y 10 de diciembre de 1710.





LA POLICIA NORTEAMERICANA

Su organización es la de un ejército

En los Estados Unidos, donde, al decir de sus cronistas, los malhechores se hallan organizados de tal modo, que constituyen un verdadero ejército del crimen, la organización de la policía tiene que ser adecuada a la de sus contrarios.

Los criminales de aquel original país, están organizados, dotados y armados a la moderna: cuantos útiles pueden servir para el oficio, figuran en sus parques en número considerable.

Tienen ametralladoras, verdaderas joyas, como máquinas, suficientes para poner fuera de combate a grandes núcleos de perseguidores.

Bombas de gases lagrimeantes y asfixiantes, autos blindados, nada les falta y en cuanto a recursos metálicos, los obtienen con golpes atrevidos a las expediciones de dinero, plata y oro, en grandes cantidades.

Esto les resulta relativamente fácil, por la publicidad que en los Estados Unidos tienen los negocios, siendo una de las consecuencias de que los prosélitos de Caco, conozcan perfectamente las transferencias de crédito que los Bancos hacen y cuando las realizan materialmente.

Aplican tales *industriales* los métodos de la alta industria; siembran para coger, compran lo que les es preciso, sin mirar ni regatear el precio y adquieren las noticias que hacen falta, pagándolas generosamente.

Ante tal estado de cosas, era indispensable crear un organismo de represión y defensa, cuyos elementos pudieran trasladarse con suma rapidez a los lugares que hiciera falta.

De tal necesidad surgió el servicio de Emergency Trucks, que viene a ser un conjunto de camiones de socorro urgente.

La misión de dichos elementos, no es sólo combatir a los malhechores: esta es una de tantas y para ella, lleva cada camión tripulación y cargamento adecuado.

Constituyen la primera, tres equipos de un sargento y siete agentes, que permanecen de servicio ocho horas, completando entre los tres, las veinticuatro que tiene el día.

Los expresados agentes, escogidos entre los más vigorosos y audaces de la policía, van, individualmente, provistos de un revólver.

El armamento de cada coche lo forman una pequeña ametralladora portátil y dos carabinas de repetición.

Es suficiente para que, manejado por hombres de las condiciones dichas, rinda el mayor efecto útil, en la lucha con grupos de bandados armados.

Se utiliza también el Emergency Trucks, para dispersar a una muchedumbre tumultuosa: para semejante caso, llevan los camiones numerosas bombas que producen gases lagrimeantes, a los que resisten muy poco tiempo las multitudes.

La mayor fuerza de la organización, consiste en la rapidez: avisado por teléfono el vehículo más próximo, es cuestión de segundos, o lo más de algunos, muy pocos minutos, su presentación en el lugar de los sucesos.

Además de lo expuesto, los camiones de la policía acuden a contener los progresos de los incendios y más aún, a prestar auxilio a las personas víctimas de algún accidente.

Para tan humanitario fin, llevan, a más de un botiquín de urgencia, cuidadosamente provisto, potentes sopletes para taladrar planchas de ascensores y vigas de hierro, cuando sea preciso para salvar a algún infeliz aprisionado.

En lo relativo a incendios, llevan numerosos extintores que se emplean con frecuencia para combatir los incendios de coches, automóviles o instalaciones de motores, de cualquier clase que sean.

Conducen igualmente crics de gran potencia, susceptibles de levantar los ascensores del Metro, así como los coches de éstos y de las líneas de tranvías.

Para facilitar los trabajos, sea cualquiera su índole, lleva, cada camión, tres poderosos reflectores, con los que pueden iluminarse los sitios oscuros.

Completan la dotación pequeños útiles, herramientas de todas clases y camillas para conducción de heridos.

CUENTOS MILITARES

EL CAPITAN TRAMPANTOJA

Los méritos y circunstancias que concurrían en el capitán don Cristóbal Trampantoja eran, sobre poco más o menos, los siguientes: Contaba el tal dos campañas en Italia y otras dos en Flandes, en las que invirtió lo más florido de su mocedad; una herida mal cerrada en un muslo y una luenga cicatriz en la frente, aparte algunas bubas que casi le comían las narices, visible rastro de otro género de bregas. Era alto y vigoroso, aunque enjuto de carnes y no muy bien conformado de hombros; el rostro de facciones pronunciadas, el color cetrino, los ojos medio ocultos en la maraña de las cejas y casi huérfana de dientes la boca, bordeada de muy recio pelo. A juzgar por esta cara, tostada por el sol de las peleas y curda por el aire del campamento, aparentaba el don Cristóbal frisar en los cincuenta y cinco; y a deducir por el estado de su ropa, que andaba menos mal de salud que de blancas. Mas quien le viera con sus trapos de gala tomar el sol por las gradas de San Felipe, la capa terciada con marcial gentileza, el rostro sombreado por las alas del ancho fieltro y la diestra en el puño de su tizona, otorgárale, sin duda, patente de hombre de buenos acomodos, que nuestro veterano, a fuer de verdadero hidalgo, cuidaba muy mucho del buen parecer.

Traba el lector conocimiento con él en ocasión por extremo felicísima, porque el señor de Trampantoja, pretendiente a una conducta de capitán de infantería, después de pasar largos días en claro y luengas noches en turbio, acababa de recibir de manos de un su amigo, muy metido en antesalas y covachuelas, el codiciado papel o despacho, papel que había pasado antes por todos los trámites del favor. Se comprende, por lo mismo, su alegría, en tal grado poderosa, que no le permite separar los ojos de la real autorización, cuyo contenido es como sigue:

“DON FELIPE, POR LA GRACIA DE DIOS, REY DE LAS ESPAÑAS, DE LAS DOS SICILIAS, DE JERUSALÉN, ETC.

“Habiendo pasado a servir a Flandes el capitán de nuestra infantería *don Mariano J. Sebiñez*, quedó a esta causa vaca la compañía con que solía servirme en el tercio de *don Juan Jerez Fernández y Vastos de Mendoza*, y conviniendo proveerla en persona benemérita y de mucha confianza, valor y experiencia, que la sepa regir, gobernar y mantener en buena disciplina para que pueda sacar de ella el servicio que conviene, y en quien concurren las partes que para ella son necesarias, y concurriendo éstas y otras tales en la de vos, *don Cristóbal Trampantoja*, por lo bien que me habéis servido en los Estados de Italia y de Flandes y fuera dellos de más de quince años a esta parte, en las ocasiones que se han ofrecido en



este tiempo en que os habéis empleado, hemos tenido a bien elegiros y nombraros, como por tenor de la presente os elegimos y nombramos y diputamos, por capitán de dicha compañía de infantería española del tercio del maestre de campo Jerez y Fernández. Y queremos y es nuestra voluntad que gocéis de todas las honras y preeminencias, autoridades, libertades, exenciones, prerrogativas y emolumentos que tienen y gozan, y suelen tener y gozán los demás capitanes de dicha nación; y mandamos al maestre de campo general, maestre de campo y coroneles, que por tal capitán de la infantería española os tengan, hayan, honren, estimen y reputen, y lo mismo mandamos a todos los demás capitanes, oficiales y soldados de cualquier nación, calidad y condición que sean, así lo hagan y observen; y que los oficiales y soldados de dicha compañía por tal vos reconozcan, obedezcan, cumplan y ejecuten las órdenes que les diéredes por escrito o de palabra, como si de Nos emanasen; que tal es Nuestra voluntad, para lo cual hemos mandado despachar la patente firmada de nuestra mano y sellada con nuestro sello y refrendada del nuestro infrascripto secretario, de que tomará razón el contador del sueldo del ejército de los Estados Bajos, desde el día en que hubiese expirado el que solía y debía llevar el dicho capitán don Mariano J. Sebiñez, con la dicha compañía, cuando lo era della. Fecha en el Real Alcázar de Madrid, a los quince días del mes de septiembre del año 1595.”

Leyó y releyó el contenido de este documento, nuestro don Cristóbal, y después de lanzar hondísimo suspiro de satisfacción, como si con él escaparan de su pecho todas las melancolías, y de su estómago to-

das las necesidades, encarándose con el bachiller Simeón Carranza, que, sentado en un cofre sin pellejo, saboreaba las satisfacciones de la no soñada ventura, díjole éstas o parecidas palabras:

—Dios os conceda, amigo bachiller, todos aquellos favores que merece acción tan señalada, porque en verdad os digo, que si esos señores del Real Consejo se fijaran en todos los méritos y circunstancias que reza este papel, no llegara yo a los últimos extremos de toda necesidad, que bien lo acusan este raído jubón y estas calzas maltratadas y estas carnes secas y descoloridas...

—Nunca es tarde si la dicha es buena, —contestó Simeón—; y aun parece que es más buena y mejor cuando más esperada.

—Pues por lo inesperada debe celebrarse, mi dueño y señor, y aunque la bolsa no alcance los límites de la voluntad, fuera de opinión que nos llegáramos a las Ventillas y diéramos buena cuenta de algún conejo o liebre, rociado con sendas azumbres de Esquivias. Y puestos en este empeño, en el que será fuerza demostrar que ceden las armas a la toga, platicaremos de paso acerca de las obligaciones a que se contrae este papel; porque estas cosas de la milicia se van poniendo tales, que es bien reflexionar sobre ellas, si de ellas se ha de salir con honradez y gallardía. Ni sois tan lego en milicia que desconozcais sus prácticas en Italia, donde fuísteis Guzmán, ni os falta la experiencia de esta tierra de España para conocer el estado en que es venida la profesión militar.

Y esto diciendo, echóse la pañosa sobre los hombros, caló el chapeo, y cogiendo a su camarada y protector por el brazo, hizole saltar la angostísima escalera y dió en una de las más lóbregas y sucias calles de la villa. Pocas veces habíase movido don Cristóbal con más bríos; y, con seguridad, en aquellos no se trocara por el más inclito de los profesos de Marte. Cuando el bachiller, hombre algo entrado en años y en carnes, manifestaba en su semblante una conformidad que no traducía mal la satisfacción que retozaba por su cuerpo. Y en tal disposición de ánimos y de estómago, tomaron nuestros dos compadres, por la Puerta de Toledo, el camino de los ventorrillos del río, entablado mientras la plática que se copia *ad pedem literam* para ajustarse lo más posible a la verdad y al estilo de los tiempos..

CAPITÁN.—La primera y principal cosa que trae a mal traer esta milicia española, es la falta absoluta de dineros en que anda Su Majestad Católica; falta que es fuente y origen, no sólo de motines, sino de inmoralidades, ya en la provisión de destinos, ya en el pase de muestras. No hay soldados sin dinero, pero no hay capitanes ni oficiales sin moralidad en la concesión de estos cargos. Juzgad, pues, cómo pueden subsistir ejércitos, aun cuando se hallen buenos generales para mandarlos.

La segunda causa es esa constante reformation de

oficiales y de tercios que, hija de aquella misma necesidad, hace de nuestros ejércitos de los Estados Bajos y Francia, un cuerpo flojo y desorganizado. Sobran, casi siempre oficiales, y faltan, por lo regular, soldados. Auméntase de día en día la gente inútil, cuando hacen falta los combatientes; y aun de los que pasan plaza de tales en las *muestras*, hay que restar no pocos cuando llega la hora de las marchas. Aquí, en los Consejos y secretarías, no se ve esto; allá, en Flandes y en Frisia, es ya cosa demasiado corriente. Y no es esto lo peor, sino el desconocimiento completo en que de las cosas de aquella milicia aquí se vive, y el ningún caso que hacen estos señores de los que, como yo, acudimos en súplica de audiencia...

BACHILLER.—Es antiguo achaque en los que mandan, agravado ahora por la turbamulta de pedigríes que invaden las antesalas.

CAPITÁN.—El daño, amigo Simeón, no lo hace el que pide, falto de consideración, sino el que escoge sin discernimiento. Son de ver el modo y forma con que algunos alcanzan estas capitánías y otras mayores prebendas. Un soldado, pongo por caso, que ha vivido mal en otros Estados y dado ruin cuenta de sí en las batallas, se hizo el enfermo por no ir a la guerra, jugó las armas, fué principio de algún motín gran blasfemador y sospechoso cristiano; viénesse a España, y mediante parentesco o amistad de personaje, logra en Madrid lo que no pudo un veterano lleno de méritos y escaso de blancas, después de pasear meses enteros gradas, galerías y salas. Este tal soldado vuelve luego con su despacho a Italia, Flandes o a la Armada, y falto de autoridad para ejercer su empleo, o da tanta mano a sus subordinados, que el tiempo que éste le dura es un perjuicio de la tierra en que vive y del Erario que le socorre, o persuadido de que *le reformarán*, procura, antes que todo, hacer buen golpe de dineros para volver a la corte con pretensión de mayor merced que la recibida. Con estos hechos y otros concernientes a capitanes, mozos con tanta piedra en la cabeza como poco seso, loquillos jugadores y puteruelos, anda esta pobre milicia tan flaca de reputación y tan decaída de cuerpo, como asegura el capitán y maestro Marcos de Isaba en cierto libreo que agora acaba de dar a la estampa.

BACHILLER.—No anda descaminado el señor capitán, mas, aunque como menos práctico, puedo poner escasas razones a sus quejas, antójaseme que ese Marcos de Isaba debe ser hombre asaz gruñón y malhumorado, y aun por añadidura algo maniático en lo de presentarnos como mejor todo lo viejo. Mire, amigo, que los achaques de esta milicia son muy antiguos; pues, si no recuerdo mal, comenzaron en las guerras de Italia, y agora como entonces reconocen por causa, no tanto la falta de dinero, como la índole y condición de la gente de guerra; y repare, además,

que con no ser ésta modelo en las costumbres, ha de guerrear constantemente con herejes enemigos de nuestra santa religión y rebeldes pertinaces a la obediencia del rey nuestro señor. Ni es posible que éste y los suyos puedan aquilatar tanto los méritos de cada uno, ni que los generales alcancen a testificar dichos servicios con toda la puntualidad que requiere el mérito y el cargo. El tal trajín pesca siempre el más osado o el más favorecido. Y, pues a vos llegó la real gracia, no es bien que os mostréis del todo quejoso.

CAPITAN.—En esto casi he de daros la razón, amigo bachiller; pues con referiros una parte de mi historia, haría buena la tesis que acabáis de sustentar.

BACHILLER.—Y yo me holgara en oílla, porque en ella no ha de faltar linaje alguno de aventuras.

CAPITAN (*tocándose las bubas*).—Suprimiré algunas por escabrosas.

Colgué los hábitos en Toledo allá por los días en



que el gran duque de Alba guerreaba en Italia contra pontificios y franceses; quiero decir que troqué el sosiego y regalo de mi casa por los azares y peligros de la vida del soldado, dejando padres y maestros, sin reparar en lo que darían de sí capitanes y sargentos. En Málaga senté mi plaza, en Nápoles hice mi aprendizaje, en Lombardía me batí con los enemigos del rey, y en tierra pontificia creí que repetiríamos las hazañas que los soldados del emperador y rey cumplieron años atrás en Roma. ¡Valiente escuela para un clérigo malogrado! Pero el duque de Alba, atento a las órdenes de Su Majestad, contentóse con presentarse a la vista de la Ciudad Eterna y con ir a recibir del Santo Padre la rosa de oro con que le obsequió para su esposa. No me pesó esto; antes, como mozo de letras, grande fué mi placer al saludar la mole Adriana y contemplar la melancólica grandeza de la vía Appia. Con esto y con la bendición apostólica, pude decir que salí de mis primeras campañas.

Regresamos entonces nuevamente a Nápoles, y allí propúseme hacer méritos para conseguir algún as-

censo. Cierta barniz literario adquirido en las escuelas toledanas, mi lozana juventud y mi carácter jovial y generoso, abriéronme las puertas del favor y aun el corazón de mis camaradas, con el cual y el decidido empeño de mi capitán, logré alcanzar la categoría de sargento poco después de los veintitrés años, edad dichosa para todo aquel que con sano entendimiento sepa aprovecharla. Por desgracia, los gajes de mi oficio, no menos que mi gentil presencia, fueron causa de que me asaltaran las aficiones licenciosas, y que antes fuera herido por el amor en Nápoles, que por el enemigo en Lombardía. Cierta Catalineta, muy ducha en materias de amor, prendióme en sus redes, y enredado en ellas con otro sargento lombardo, dió ocasión a que viniéramos a las manos, recibiendo yo una cuchillada en el hombro, de la que aun guardo reliquias, y mi enemigo un par de muletas como resultado de ciertas bregas en que no llevó la mejor parte. Con este motivo adquirí fama de pendercierno, y ella contribuyó a

darme cierto crédito en tabernas y hosterías, de las que no está falta la ciudad del Vesubio. Ocho años de vida en guarnición fueron más que suficiente aprendizaje para conocer todas las triquiñuelas y añagazas de la facultad. Como a los tercios viniera la flor y nata de la gente de bríos, también sirviómeme para conocer y llevar por buen camino a la soldadesca. Ello es que merced a tales aprendizaje y prácticas, alcancé poco antes del 67 el empleo de alférez, y cuando en dicho año partió en tercio para Flandes, a las órdenes de don Diego de Ulloa, yo formé con las tropas que allá fueron despachadas a las órdenes del duque de Alba.

Ocioso sería referiros lo que hizo en los Estados Bajos el ejército católico, pues lo quemás importa a mi propósito es daros idea de cómo vivía por aquellos tiempos y en aquellas tierras. Llegamos a un país rico y hermoso, pero hostil a los españoles; tuvimos que luchar con enemigo poco práctico todavía en las armas, pero aventajado en cosas de mar, y que pronto nos ganó por la mano cerrándonos la boca del Escalda, con haber tomado las islas que se hallaban

frente a ella. Para nosotros, el espectáculo era nuevo, y como la victoria nos favoreció, pudimos darnos todas las ventajas y preeminencias del que dicta el triunfo; pero aquella guerra era distinta que la de Italia: nueva por las privaciones del clima y la índole del suelo; penosa por la tenacidad del enemigo, y más penosa todavía tan pronto comenzaron a escasear las pagas y a surgir los motines. No pudo la severidad del duque de Alba, primero, ni el tino del comendador Requesens después, dominar este último y grave conflicto, y llegó un momento en que el país se encontró en manos de la anarquía, rebelado el ejército, sin autoridad sus cabos y, a la muerte del comendador, casi sin gobierno. Yo dejé mi tercio cuando los sucesos de Harlem, y pasé al de Dávila cuando el saco de Amberes, en el que vi de cerca todos los horrores que la guerra desencadena. Desde aquellos días terribles para la gran ciudad hasta que salimos de Flandes por virtud del *Convenio de Gante*, puede decirse que incubó en las tropas la semilla de perdición que más tarde debía frustrar grandes empresas. Es de advertir que con la llegada de no pocos aventureros y la amalgama de españoles y mercenarios, fueron tomando la guerra y la vida militar otro carácter. Se comenzó a vivir sobre el país, devastóse la tierra, no se fiscalizó tanto al soldado; es decir, creóse ya el estado de guerra, tratándose a los vencidos con toda la dureza que exigen las leyes de ésta. Don Juan de Austria, que por un momento creyó poder llegar a un acuerdo con los rebeldes, y que nos despidió para Italia, tuvo que llamarnos de nuevo a los pocos meses, bien persuadido de que las provincias flamencas y holandesas no procedieron con la mayor buena fe en el asunto de la *Pacificación*. ¡Calcule vuestra merced los bríos con que volvimos a Flandes cuantos habíamos salido de allí con trazas de expulsados! Por añadidura, a la muerte de don Juan siguieron las victoriosas operaciones de Farnesio, que fueron llevando nuestras armas por las márgenes del Mosa y del Escalda hasta el corazón de Flandes, y luego, por el Issel, a las puertas de Holanda. Reformóse por dos veces mi tercio en ocasión de haber cambiado de maestro, y yo fui nombrado capitán, cargo vacante por muerte del mío, y para cuyo desempeño contaba yo de sobra los tres años que señalaba Marcos de Isaba. Con esto quiero decir que tomé en aquellas operaciones parte muy activa, y que desde Maestricht a Amberes y a Groninga fui siguiendo paso a paso los de mi señor y general príncipe Alejandro Farnesio. Años fueron éstos de relativa moralidad en las tropas, pues a las grandes privaciones que hubimos de sufrir, fué atendiendo con sus recursos propios, y a veces con su palabra, este general: pero como no hay bien ni mal que dure una centuria, y como las cosas de Flandes se enredaban con las de Francia, no bastando el paño para la capa, aquella guerra sin términos agotó los esfuerzos del

caudillo, la paciencia de los soldados, el dinero de España y los escasos recursos del país. Farnesio murió desengañado, y allá quedamos nosotros, sin esperanzas de que tantos males alcanzaran otro remedio que el que cada cual con sus manos pudiera procurarse. De mí sé decir que, pese a la autoridad que ejercería sobre mis soldados, hube de verla en más de una ocasión desatendida, y que a la postre la perdí del todo, como a consecuencia del motín de Siquem. La llegada de Mansfeld y la reorganización de algunos tercios dejome en clase de reformado y en situación tan desventajosa, que no tardé en tomar la vuelta de esta villa y corte, bien persuadido de que había de obtener en Flandes la plaza que perdí algo más tarde que en Madrid.

BACHILLER.—Y no hicisteis en balde el viaje. Pero antójaseme que pocos deseos debieron quedaros de volver a las andadas, si he de juzgar por vuestra somera relación.

CAPITÁN.—Os equivocáis de medio a medio, amigo bachiller, porque esta profesión tiene como pocas sus alicientes; y el que se crió en campamentos y cuarteles jamás encontrará familia que en perfección y virtudes iguale a la militar. Aparte la honra que procura el servir al rey nuestro señor y a la santa causa que defiende.

Pero volviendo a los males de que nuestra milicia adolece, os diré que unos son causados por la falta de pagas, y otros por la escasez de capitanes o cabezas. Sin éstas, con no favorecernos la victoria, cunde la indisciplina, y cunde, sobre todo, en un país harto maltratado por la guerra y en un ejército contaminado ya por los vicios de otras naciones. El juego de los dados, moda que nos trajeron los franceses, hace estragos en las filas; los desafíos por un quitame allá esas pajas son lógica consecuencia de la emulación nacional, grande en ocasiones, ridícula y viciosa en otras. Agréguese a esto el embarazo que ocasiona el bagaje y, particularmente, el número de mujeres que acompañan y siguen al soldado... Luego, que hay que abrir la mano, tocante a disciplina, cuando falta la soldada, porque *a señor mezquino, criado respondón*; con lo que bien se comprenderá que rotos los frenos del respeto y socavada la moral, poco puede esperarse de la soldadesca. Pero, aun así, todo fuera remediable si la atención del rey se cñera a los negocios de Flandes y, eligiendo para el mando de aquellos ejércitos generales de prestigio, exigiera lo debido, dando a cada uno lo que legítimamente acreditara. Ahra y siempre, el desorden administrativo es mayor que la inmoralidad, con ser ésta muy grande.

BACHILLER.—Según esto, podríais echar mano a la péñola y aderezar sustancioso *Memorial de las causas que han originado la pérdida de la disciplina en el Ejército de Su Majestad el católico Rey Don Filippa II*.

CAPITÁN.—Eso sería, amigo Bachiller, si yo pose-



yera, con el conocimiento que tengo de la milicia, los dones de vuestro peregrino ingenio. Aun así, creo yo que no holgaría un aviso al Real Consejo, encaminado a la reorganización de aquel ejército. Quizás cayeran esos señores en la cuenta de lo que ocurre en los Países Bajos.

BACHILLER.—No hay más cuenta que el no llevar ninguna, señor de Trampantoja, que bien dice el adagio: *Donde no hay harina todo es mohina*. Además, si todo se reluce a maravilla, y tan falto de ellos se encuentra Su Majestad, ¿creéis vos que con exponer

la raíz del mal habréis hallado el remedio? Espérela vuestra merced de Dios Nuestro Señor, que, pues por su santa causa se combate, el proveerá para vergüenza y escarmiento de herejes.

Y engolfados en tan interesante plática, llegaron los dos amigos a las Ventillas de marras. Con esto y con pedir el bachiller que el conejo fuera presentado en manteles con la *propia cabeza*, diéronla por terminada.

FRANCISCO BARADO

LA PRINCESA JULIANA DE HOLANDA

Con motivo de haber pasado a formar parte del consejo de Estado, la princesa heredera del trono de los Países Bajos, tiene cierta actualidad la simpática figura del único vástago de la Casa de Orange, tan íntimamente unida a la historia de su país.

La llamada a ocupar el trono de la Reina Guillermina, desde su más tierna infancia, recibió una educación adecuada a los tiempos y a lo que en su día habrá de ser.

Sin embargo de ello, en breve comenzará sus estudios en la Universidad de Leyden, para lo cual habitará en Katwijk, pintoresca aldea de pescadores, situada no lejos de la ciudad.

Para ejercer la soberanía suprema en uno de los pueblos más laboriosos del mundo, en cuyos dominios, hoy, no se pone nunca el sol, fué preparada de modo ejemplar.

Los mejores profesores fueron encargados de formar su inteligencia y su corazón; la elección de aquellos, ante el resultado obtenido, prueba cuan sensatas y definidas son las ideas que sobre educación tiene la reina Guillermina.

Desde muy pequeña, la princesa Juliana, compartió sus juegos, sus placeres y sus enseñanzas, con niñas de su edad, de todas las clases sociales, llegando al extremo de viajar con ellas en la más ínfima clase de los trenes.

Las artes, sobre todo, la música, también le fueron enseñadas; acompañada por su madre y por su abuela, le reina Emma, asistió numerosas veces a las lecciones de una Asociación patriótica que enseñaba cantos nacionales, uniendo su voz a la de los demás.

Efecto de tan llanas enseñanzas y dotada, al igual que su madre, de una clara inteligencia, la princesa Juliana, tiene ya el afecto de su pueblo, del mismo modo que lo tuvieron las mujeres todas de su familia.

Juzgándola digna de ser su sucesora, ostenta los nombres de ellas y se llama Juliana, Luisa, Emma, María, Guillermina.

Recuerda, el primero de dichos nombres a Juliana de Holbey, que por su matrimonio con Mauricio de Nassau, fundó la dinastía de los Orange.

Luisa de Coligny, hija del famoso almirante francés y esposa de Guillermo el Taciturno, es la segunda mujer, célebre en la historia de Holanda, de quien la princesa Juliana, lleva el nombre, a modo de evocación.

María de Meklemburgo-Schwerin, Emma de Waldeck-Pyrmont y Guillermina, su madre, son las otras ilustres antepasadas, de quienes, según todos los indicios, será digna heredera, las princesas cuyo retrato honra el presente número de ARMAS Y LETRAS.

EFEMERIDES DE ABRIL

Siguiendo el orden cronológico en la antigüedad, el hecho glorioso de más transcendencia, es la defensa que el Conde Tesdamiro hizo de Orihuela el año 713 evitando cayera en poder de las quebriágodas tropas moras de Abdelaziz que hasta entonces sólo victorias habían encontrado en nuestro suelo.

La conocida estratagema de poner en la muralla a las mujeres tocadas con cascos guerreros, hizo creer a los musulmanes que defendían la ciudad un ejército numeroso, desistiendo de tomarla.

Consecuencia de tan memorable defensa, fué el establecimiento de un pequeño reino, formado por la mayor parte de las regiones de Valencia, Alicante y Murcia, que de haberse puesto de acuerdo con los refugiados de Covadonga y San Juan de la Peña, quizá la epopeya de la Reconquista habría sido mucho más corta.

Cuatrocientos años más tarde, en abril de 1115, el Conde Ramón Berenguer, al frente de la Escuadra catalana, incrementado con algunas naves del Pisa y Génova, atravesó el Mediterráneo y después de una seria y obstinada resistencia de los musulmanes, les tomó la plaza de Palma de Mallorca, haciendo con ello efectivo el dominio del mar, por aquella parte.

Aunque más como hecho histórico que guerrero debe registrarse la llegada de Colón a Barcelona, en 493 el día 3 de abril, fecha en que los Reyes Católicos, por casualidad allí, en aquellos días y España toda, pudieron apreciar las riquezas del país descubierta por el osado marino genovés.

* * *

En las guerras de Italia, unas de tantas románticas como sostuvimos, hubo en abril dos hermosas muestras de la supremacía militar que todos los países del mundo nos otorgaron y del tesón que en todos los menesteres puso siempre la raza.

En 1503, el 28 de abril, el gran Capitán, derrotando en Coriguola, el poderoso ejército francés del duque de Nemours, dió sus primeros pasos como organizador y táctico, debiéndole su patria, un reino que supo conquistar el que en sus famosas cuentas lo mentaba como motivo suficiente para que aquéllas no le hubiesen sido pedidas.

Transcurridos nueve años en la misma Península, junto a los muros de Ravena, el 11 de abril de 1512, la infantería española, al iniciarse la retirada del ejército aliado de que tomaba parte, supo hacerlo con tal denuedo, que el enemigo quedó casi tan quebrantado como ella, siendo por todos admirada.

En la misma centuria, en 1521, registramos Villalar, nombre glorioso que simboliza a un tiempo la tumba y la cuna de las libertades castellanas; hecho lamentable que unos cuantos ambiciosos causaran

echando sobre el Rey la mancha que supone haber decapitado a tres completos caballeros, que jamás fueron contra él.

Es por demás impropio el nombre de batalla que los historiadores dan, al encuentro de las tropas del Conde de Haro, con unos cuantos maltrechos comuneros, en la meseta de la Parda Castilla.

Cuadrále mejor el dictado de acontecimiento histórico desgraciado, que la posteridad no supo inmortalizar, como debiera serlo el esfuerzo de aquellos hombres que, ante todo, merecieron el dictado de buenos.

Siguen los años y el 24 de abril de 1547, las tropas españolas, al mando directo del rey Carlos V, derrotan en Mulberg (Alemania) a los ejércitos de Fernando y Federico de Sajonia, siendo este triunfo definitivo para la terminación de las guerras de la Reforma.

Casi ya en el último cuarto del siglo, el 14 de abril de 1574, en Mook (Flandes) nuestros famosos y sufridos Tercios, derrotan a las tropas de Nassau, escribiendo Sancho Dávila una de las páginas más brillantes, en pro del que los tratadistas llaman orden de batalla oblicuo.

* * *

En la guerra de la Independencia, hecho histórico del que Europa se aprovechó más que nosotros, son varios los episodios a registrar por el cronista, como acaecidos en el mes de abril.

El día 15 del de 1810, la plaza de Hostalroch, cuya guarnición de 1.200 hombres, mandaba el Coronel Estrada, después de un sitio de cuatro meses, extenuados, sin recursos, ni esperanzas de poderlos recibir, fué abandonada después de una salida a viva fuerza, en la que 800 hombres consiguieron atravesar las líneas francesas y llegar a Vich, a costa de perder 400 hombres, en la honrosa intentona.

Ocho días más tarde, la industriosa ciudad de Astorga, era también vencida en gallarda y heroica postura, por la fuerza invencible de una superioridad numérica que llegó a ser de 21.000 atacantes contra 3.000 defensores, entre soldados y paisanos armados.

El mismo día, el Alcalde de Montellano (Granada), después de arrasado el pueblo por una columna francesa, se hizo fuerte en su casa, con la familia y un criado, consiguiendo que sus atacantes huyeran, dejando los alrededores de la casa con profusión de muertos, al tener noticia de que se aproximaba una guerrilla del país.

En el año once, la segunda Legión catalana, al mando de su jefe D. Francisco Rovira, sorprendió y tomó el castillo de San Fernando, de Figueras, haciendo prisioneros a los 600 franceses de su guarnición.

Al año siguiente, iniciada la reacción, el ejército anglo-hispano, a las órdenes de lord Wellington, después de veinte días de sitio, tomaba la plaza de Badajoz que ocupaba el general francés Philipon, de quien es justo decir que extremó la defensa hasta el heroísmo.

El día 13, en 1813, la división del Mariscal Suchet, en sus ineursiones por el reino de Valencia, fué detenida por una columna anglo-española, al mando del general Murray, en Castalla (Alicante) terminando allí sus avances.

Casi como epílogo de la guerra, el 10 de abril de 1814, en Tolosa (Francia), un ejército anglo-portugués-español, deshizo por completo al ejército del Mariscal Soult, al que, desde la frontera perseguía.

* * *

Hechos de trascendencia para nuestra historia, se verificaron algunos en el mes de abril, ninguno afortunado, y la mayoría, de bastantes más consecuencias que las que a primera vista aparecen.

El primero, siempre en el orden cronológico, es el asesinato del gran navegante Magallanes, ocurrido el 26 de abril de 1521, en ocasión de viajar por los mares interiores de Filipinas, con los buques Victoria, Trinidad y Concepción. Atraído por los ofrecimientos amistosos de los naturales de Maetan, al desembarcar fué muerto, sin que los suyos pudieran evitarlo.

El año 1822, comenzaron a entrar en España las tropas francesas que la historia llama los cien mil hijos de San Luis y que vinieron para restablecer el sistema absolutista, hecho lamentable, que por sí solo se comenta.

Los sucesos llamados de *San Carlos de la Rápita*, ocurrieron el año 1860, el día 3 de abril, apenas terminada la campaña de Africa. El capitán general de

Baleares, comprometido con los Carlistas, embarcó toda la guarnición de su mando, sin que supiesen a donde iban ni a qué, quienes la formaban. El final de la odisea fué el fusilamiento de dicho general en Tortosa.

Registrase también el hecho insólito, de que capturado el Pretendiente se le permitió marchar sin otra garantía que su promesa, de renunciar al trono de España. Al decir de los cronistas de aquella época, el complot, era de tal extensión y organización, que de no haber fracasado, se hubieran invertido las posiciones de los dos grupos que locamente sostuvieron la fratricida lucha.

Llegamos al más moderno de los hechos históricos ocurridos en abril, la guerra injusta que los Estados Unidos nos llevaron, sin otro fin que el de propaganda de sus aptitudes militares.

El día 16 de abril de 1898, el Senado Norte-americano, cual si fuese asunto de su incumbencia, proclamó la independencia de Cuba.

A los tres días, recibió nuestro gobierno un ultimatum, para que en el término de 48 horas, como si se tratase de una casa modesta, abandonáramos la Isla.

Románticamente, pero con la gallardía de la raza, contestó nuestro gobierno enviando los pasaportes al Embajador Yanqui, el día 21 y en 24 horas, se resolvió la declaración de guerra y el aparecer la Escuadra Norte-americana, frente a la Habana, comenzando el bloqueo de la Isla.

Sin embargo, el día 26, el vapor Montserrat, de la Compañía transatlántica, al mando del Capitán Deschanys, llegó al puerto de Cienfuegos.

Allí, invocando el Maine, se hizo la movilización y después, se declaró la guerra: aquí, aceptamos la primera y nada más... es la raza.

FERMIN ORCHELL

BIBLIOGRAFIA

EL LEON DE SAN MARCOS.—Por el capitán Luigi Motta.

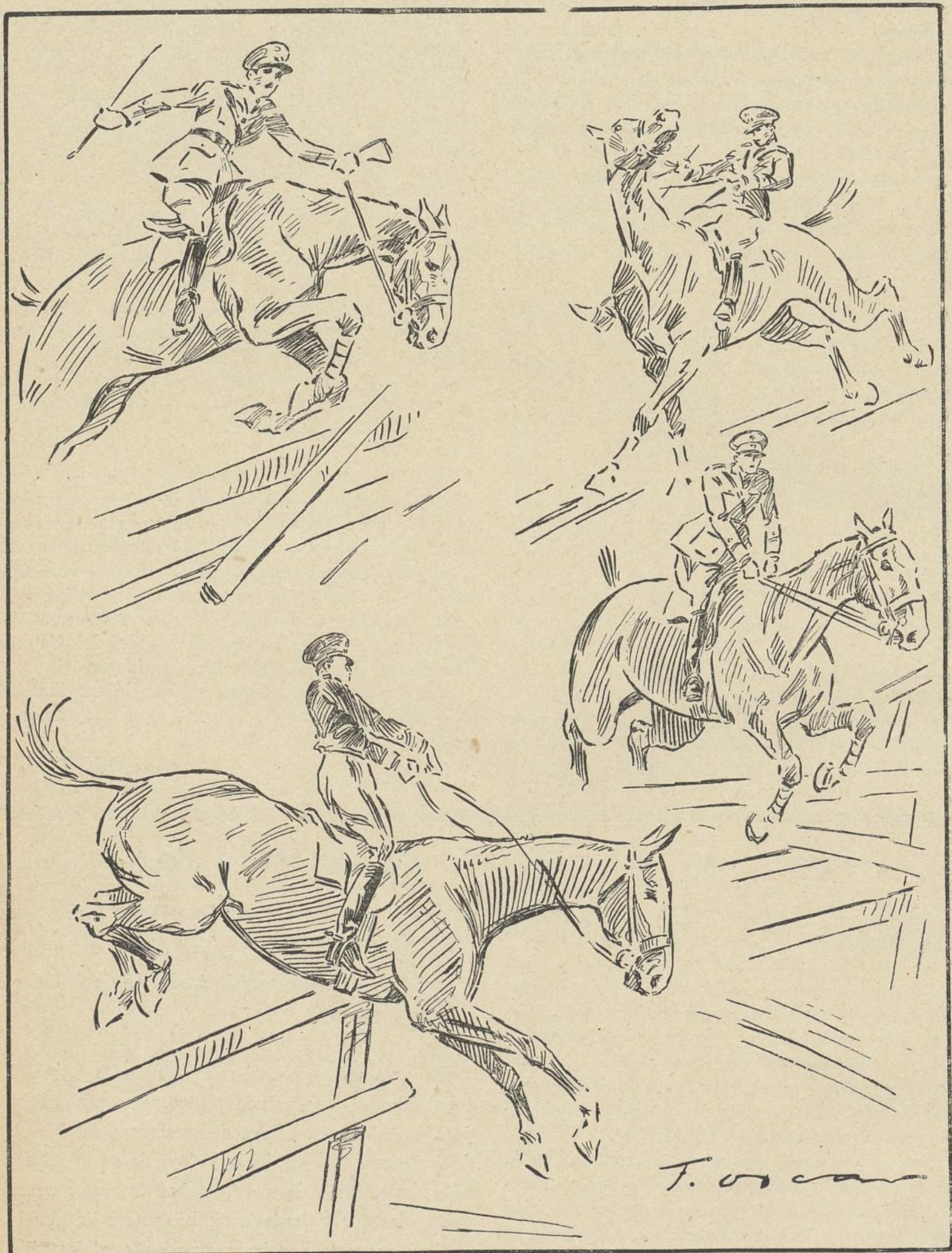
He aquí una novela de aventuras, llena de un profundo interés, y cuya trama, admirablemente urdida, seduce al lector y le lleva, de capítulo en capítulo—podríamos decir que de página en página—, a penetrarse con la suerte de los personajes, que desenvuelven una vida de fasto, de intrigas y ambiciosas luchas en la Venecia de los dux.

Sombrias delaciones, duelos, fiestas espléndidas, la emoción popular vibrante y entusiasta por el triunfo de las armas de la República; la soñadora visión de los canales; la majestad silenciosa de las gondolas en la noche; la corte, el séquito lucido y brillante de las lindas dogaresas.

EI REY DE LA JUNGLA.—Varias novelas de aventuras, por el capitán Luigi Motta, con un prólogo de Luis Bousenard, traducción del italiano por Gonzalo Calvo.

Este volumen, que acaba de publicar la Casa Editorial Maucci, que es una nueva gema preciadísima para engastar en esa joya que se llaman las Novelas de Aventuras, del inspirado y fecundo autor italiano. Esta vez se trata de una colección de once narraciones, en las que la fantasía del brillante e imaginativo escritor encuentra ancho campo en que desarrollar los variados destellos de su inagotable inspiración.

NOTAS DEL CONCURSO HIPICO



Apuntes del natural por nuestro redactor Oscar.

El castillo de Macbeth

No lejos de Inverness, en Escocia, existe el castillo de Cawdor, donde dicen se desarrolló el crimen dramatizado por Shakespeare en su tragedia famosa *Macbeth*.

El castillo tiene otras tradiciones románticas, además de la inmortalizada por Shakespeare.

En sus subterráneos hay una especie de calabozo en cuyo centro se ve todavía el tronco de un árbol; adosada a una de las paredes hay una gran arca de fecha remotísima. Los dos objetos recuerdan la construcción del castillo.

Refiérese que los nobles que habían obtenido el privilegio para edificarlo no podían ponerse de acuerdo en cuanto a su emplazamiento, y acordaron dejar que lo decidiera el boricó sobre el cual iba cargada el arca que contenía el dinero destinado a la construcción. El burro se detuvo junto a un espino y en memoria del suceso los nobles dejaron en pie el tronco del árbol, en torno del cual se levantó el castillo. El arca que aun se conserva es la misma que llevaba el burro.

Los descendientes de los antiguos señores del castillo viven ahora en la aldea, pero no ricos y poderosos, sino de las limosnas que quieren darles. Por ver las habitaciones donde dicen que Macbeth asesinó al rey Duncan, hay que pagar una pequeña cantidad, y es dinero está destinado a socorrer a la mísera estirpe de los fundadores.

En el siglo XVI los señores del castillo de Cawdor tenían por heredera única a una niña llamada Murie', y paseando ésta un día con su nodriza se apoderaron de ella los jefes de la guerrera tribu de los Campbell y se la llevaron. No consiguieron sus propósitos sin que la celosa nodriza arrancara de un bocado un dedo a la niña para poder reconocerla más tarde.

Entre los señores de Cawdor y los Campbell se originó con tal motivo una guerra sangrienta, a la cual puso término la toma del castillo por éstos últimos y el casamiento forzado de la doncella cautiva con el hombre más guapo del clan. Desde entonces los Campbell son los señores del castillo, y el nombre de Murie' se ha per-

petuado hasta nuestros días en la familia de los vencedores.

La habitación más interesante de la antigua fortaleza, la que van a visitar en peregrinación todos los admiradores del gran dramaturgo inglés, es la que sirvió de escenario al asesinato de Duncan.

Para llegar a ella hay que subir infinidad de empinadísimos escalones de piedra. Las paredes de la estancia están blanqueadas y ostentan como único adorno algunas pinturas representando escenas de *Macbeth*.

En uno de los testeros se ve la cama donde dormía el rey al asesinarle Macbeth.

Cuando alguno de los visitantes es pintor de cierta fama, se le permite que duerma una noche en la habitación, con tal que, como recuerdo, deje una impresión artística de alguna escena del celeberrimo drama.



Esta pregunta, aunque inexpressa en el verbo de la sociedad, está plenamente en voga en la mente de la muchedumbre. El verbo volar, desde Icaro hasta nuestros días, ha evolucionado en tal manera, que aquellas deleznable alas de cera se han trocado en la tenacidad del hierro y de los metales más consistentes. Las quiméricas y graciosas fábulas de la mitología antigua, con todas sus grandes fantasías, se han trocado en una patente realidad, de positiva veracidad en los tiempos contemporáneos. Aquellas transformaciones veloces, aquel rápido de distancias, que eran medidas por el intervalo del rayo al relámpago y del pensamiento a la idea; en fin toda aquella fantasía inverosímil que nos cuenta en su Iliada y en su Odisea el inmortal Homero, parece que repercute, a través del denso velo de las generaciones, en los días de hoy, lleno de frenético vértigo de mercantilismo.

¿Es completa, preguntamos, esa satisfacción del hombre en poder cruzar los aires montado sobre las metálicas alas de un avión o en la barquilla de un aerostato, y surcar en breves momentos la distancia que tanto tiempo invierte otro medio de comunicación? ¿Es el hombre, montado sobre el duro lomo de un Clavileño moderno, como Don Quijote, que se lanza al rudo y positivo combate mercantil, luchando con las competencias del reclamo, el sér racional, plenamente feliz, que no anhela más en su característica vehemencia para cruzar las distancias lejanas y difíciles? ¿Se ha llegado al cenit de la aspiración humana con los "records" transatlánticos, la vuelta por distintas comarcas de la esfera terrestre; saltar la cumbre de los polos, y todos aquellos prodigios aéreos que han hecho clamor en la época actual?

Creemos que la aspiración del hombre es más perfecta y a la vez más completa, y sin dar vueltas a filosofía de ningún género, podemos afirmar, sin ningún reparo, que ahí no queda ni para la aspiración suya. Es verdad que la aspiración del hombre, desde muy antiguo, se ha reconocido que es ilimitada; es decir, que no posee fin; así que por más que posea y sea, siempre anhelará un algo más para su aspiración saciar.

Siendo esto así, fácil es de reconocer que por más que vuele el hombre y cruce esa atmósfera, cargada de científicos y mecánicos sonidos, y llegue al lugar deseado más pronto que un César o un Alejandro con todas sus embarcaciones y carrozas por tierra y por mar, respectivamente, no es completa su aspiración, aun comparándose los medios de transporte por las densas caballerías, de las hormigas, tortugas y otros medios análogos. Necesita que su deseo sea igual al del fácil manejo de los pájaros, que cruzan el aire sin aguardar ni esperar medio alguno que no sea el de sí propio; y tan presto como es en su pensamiento la idea de volar, sin otro auxilio que lo que por sí mismo pueda llevar; cruzar los aires para emprender

sus "vuelos" por donde se le antoje o la necesidad le llame, como también dar continuos y frecuentes paseos con los amigos por los aires, formando bandadas de hombres-moscas para no sufrir las contrariedades del antihigiénico polvo y barro; a la vez, en estos tiempos de frecuentes atropellos, evitarse de ellos, cruzando, con el auxilio de las biplanas humanas, en los momentos de confusión y de aglomeración de vehículos, como sucede al pajarillo cuando se le acerca alguna piedra que le puede herir o cualquier otro enemigo suyo, que teme con espanto, para poder salvar el pequeño pellejo de su vida.

Creemos que así sería cuando la vehemencia del hombre satisficiera, aunque no completamente, ya que, como hemos dicho, en un principio no llega el hombre a poseer todo lo que desea por apetecer siempre un algo más; pero así, al menos, su aspiración se completaría en gran manera, ya que aquella dicha de perfección, que posee algo de divinidad, llegaría a realizarse de una forma a la que debieran ejecutar los antiguos mitológicos; viéndose entonces a menudo las parejas de enamorados, así como ahora los vemos en los bancos de los paseos y escondidos entre los troncos de los árboles, sobre las ramas de las frondosidades—que es cuando podríamos decir que forman sus nidos; y jugar y arrullarse entre los verdes brotes, columpiándose sobre las ramas floridas, como mariposas o palomas torcaces, que se arrullan, picotean y esparrugan su plumaje en las horas complacientes. Así sería lo que se podría decir con toda la expresión de la palabra: que el hombre vuela, que él es pájaro, que cruza los aires volando; y el verbo volar tendría una doble expresión, puesto que ahora sólo se puede emplear realmente en un estricto sentido, referente a las aves y a cuanto posee alas, pues volar el hombre así sería hacerle compañero de los pájaros, y habría momentos que confundiríamos ambas especies de animales, pues no sabríamos si el pájaro es hombre o el hombre es pájaro, aunque en este segundo sentido ya existen seres, sin que los hombres lleven en las espaldas alas.

¡Qué gusto daría ver al hombre con alas adormecido. Así sí que diríamos a muchos hombres que son ángeles! Lo malo sería que al confundirse con los pájaros, correrían el frecuente riesgo de ser alcanzados por la escopeta del cazador furtivo, que podría herirle plenamente satisfecho, y no podría acusársele de una muerte, cuando es plenamente dado a tal confusión, aunque también pensamos que el cazador no necesitaría armas para sus aficiones cinegéticas, pues podría volar tras de las aves, con su propio vuelo, sin necesidad de perro que le señalase la caza.

Y aunque parezca esto burlesco, el hombre-pájaro es el verdadero prototipo del porvenir, del hombre de los futuros siglos.

J. BORT VELA.

En las cumbres de las montañas que con sus torrentes y arroyos dan al Ebro, vigor de río, fueron siempre espléndidos para el dar.

Por eso, en aquel pueblo, que recostado sobre el cerro de la Ermita, parecía vivir a su sombra, reinaba contento y bullicio, en todas sus casas, el día en que la presente historia comienza.

Las andanzas de la guerra malhadada del moro, se habían fijado, también con esplendidez, en los descendientes de aquellos bravos que desde los riscos de la Peña, marchando páralelos a los de Covadonga, trazaron el nombre excelso y grande. ¡España!

Los cinco mozos que el pueblo enviara a enseñar a los musulimes, cual deben vivir los que civilizados quieran llamarse, fueron heridos tan a un tiempo, y reunidos en el lugar una parte de su convalecencia, apreciaron cómo de sus deudos y paisanos eran queridos.

Cuantos obsequios y fuerzas puedan imaginarse, les fueron ofrecidos con tal largueza y por tan lindas manos, que más de uno hasta bendijo la bala, a la que, después de todo, tenía que agradecer el haber e dejado con vida.

Próxima la fecha en que los convalecientes habían de marchar, el alcalde, digno sucesor de los de Móstoles, Zalamea y tantos más, organizó una fiesta en el teatro, para, con sus productos, dar un viaje de príncipes a los muchachos y que llevasen algunos duros en el bolsillo—pa'que los gasten en lo que quieran—según a todas horas decía.

La fiesta, a la que, de un modo o de otro, contribuyeron con entusiasmo, desde el más rico, al más pobre, iba a tener una segunda parte.

Los muchachos queriendo agradecer de algún modo los obsequios de que fueron objeto, habían anunciado, que después de la función, obsequiarían a las chicas que en aquella tomaron parte, con flores, música de la rondalla, una merienda de lo más fantástico y si querían ellas, una majica de baile, de todas clases, del suelto y del "agarrao".

* * *

Llegó el día señalado, que lo fué, la víspera de aquel en que debía marchar Tomasico, el hijo del Alcalde, que sin duda por su categoría, fué el herido de más consideración.

La fiesta, para que nada faltase a su brillantez, iba a tener el concurso de Carmelina, preciosa muchacha, que aunque nacida en el pueblo vivió bastantes años fuera de él.

Una grave enfermedad que lentamente la iba dejando sin madre, la hizo volver a la casa solariega, en demanda de un alivio, que había de ser mucho más figurado que real.

Educada con bastante extensión, todos la llamaban en el pueblo la señorita, proclamando con ello que más no la había, a pesar de que en su trato, ni una sola vez mostró ser más que nadie.

Al decirle el Alcalde lo que proyectaba, la sencilla muchachita, que ante todo, era baturra de corazón, le dijo:

—Ya que es su hijo, el primero en marchar, dígame que en un intermedio, me llegaré un momento, a recitarles unos versos que me enseñaron en la ciudad, se presta mucho a darles el tono de nuestro hablar.

El donativo, lo acogieron todos, como merecía serlo, dadas las circunstancias que la enfermedad de la madre creaba en Carmelina.

Tomasillo, creyéndose directamente agasajado y por motivos que él se sabía, fué quien más gozo sintió, poniendo gran empeño en que asistiera a la fiesta segunda—quero—dijo a su padre—que sea la reina de lo qu'haiga allí.

—Tendré que oír—pensaba—lo que diga esa retéprensiosa criatura, que ni aun contando las arenicas del Ebro, se dicen las arrobas de gracia y sal que en el cielo la dieran.

* * *

En medio de un silencio, que a los mismos que lo observaban asombró, Carmelina, cuya aparición en las tablas fué saludada con estrepitoso aplauso, en el que había tanto respeto, como admiración cariñosa, repuesta a medias de la emoción que tan afectuosa acogida la hizo sentir, dijo unos versos, que siendo largos, parecieron a todos más cortos que cortísimos.

Lo bonito de la poesía, la voz armoniosamente adecuada de la mañita, el donaire conque aplicó los giros del lenguaje de la tierra y el brío pasional que en algunos períodos puso, fueron causas de que se la escuchara, casi con unción.

Al terminar, puestos en pie la mayor parte de los circunstantes, estalló formidable ovación; la fantasía del poeta y la espiritualidad apasionada de la mujer triunfaron, como lo hace siempre todo lo que es grande, en todas las líneas habidas y por haber.

Más de uno de los que tuvieron la suerte de asistir a la fiesta pensaron que aquella mujer, que tanto sentía y tan bien decía el amor, tema único de los versos forzosamente debía querer a un hombre con todas las fuerzas de su alma.

No faltó tampoco quien envidiara al que de sobra podía llamarse afortunado mortal.

¿Fué Tomasico uno de los últimos?. Así lo pensó su madre al observar que mudo cual una estatua y hasta pálido, fué casi el único que no aplaudió, mos-

trando en su actitud que, o no estaba allí, o estaba demasiado.

* * *

Al aparecer la improvisada artista en la huertajardín donde la merienda iba a celebrarse, mientras pisaba tímida cientos de flores arrojadas a sus pies, vibraron en los aires las notas viriles de una jota por la rondalla rasgada, a tiempo que una voz recia, *em-pentando*, cantaba:

Si no estuviá yo seguro
qu'aquí has nació, mañica,
dijera que de la gloria
te trajo la Pilarica.

Aplausos entusiastas, vivas de los pequeños, felicitaciones de los mayores y la jota, que seguía, casi hicieron desfallecer a Carmelina, que, sin embargo, aquella tarde había de sentir aún más.

Al sobrevenir la calma que sigue siempre a las explosiones de sentimientos humanamente divinos, Tomás, creyéndose el más obligado a ser galante con la baturrita de la ciudad, conversaba con ella, todo lo lejos de la algarabía que el tamaño de la huerta toleraba, seguramente no tanto como los dos hubiesen deseado.

Sobre si Carmelina sentía más o menos los versos que tan admirablemente dijo, comenzó la conversación, siendo tema de ella, al poco rato, que ambos interlocutores desde muy niños se querían y nunca dejaron de recordarse durante la ausencia.

Cuando, temerosos de llamar la atención, pensaron reintegrarse al bullicio, Tomás suplicó a su amada que le diese una flor de las pisadas por sus pies, que, según dijo, no alcanzaba a ver, de tan chiquiticos como eran.

La enamorada mañita, sintiéndose espléndida, dió al maño tres o cuatro claveles de los que habían tenido la *suerte*, que dijera él; y allí comenzó a tener forma un idilio que, por lo visto, databa de tiempos muy atrás.

* * *

Aquella noche, Carmelina, hija de las que a su madre adoran, vertió en su regazo amoroso todas las venturosas ilusiones que en su alma nacieran durante el corto tiempo que fuera de casa estuvo.

Aunque la confidencia hizo correr lágrimas por la faz demacrada de la anciana, la chica, encontrando natural aquella emoción, nada dijo, y con nerviosa vivacidad fué diciendo pormenores, proyectos y propósitos.

Al notar en las frases con que su madre acogía el relato algo que se parecía mucho a pena, quedó un instante suspensa, preguntándole, entre temerosa y decidida:

—¿Eh que te entristecè mi dicha más que te alegrá, madre?

La aludida, con voz entrecortada por los sollozos, expuso su sentir y su pensar:

—Aquello era natural; ella lo hizo también en su juventud; dejó el calor de nido de sus padres para formar uno nuevo, llena de ilusiones, sin que la detuviese, ni aun la hiciera vacilar un minuto, la pena que a los suyos causó. Es justo, no me quejo—decía entre angustioso *l. par*—, pero muy cruel; achacosa, prematuramente enferma, con una gravezad que en vano queréis ocultarme todos, cuando Tomasico te lleve junto a él, privada de tus cuidados, moriré..., y al decir tal entornó los ojos, como si en aquel momento fuera a suceder, haciendo sentir a su hija terrible impresión, cuyo dolor jamás pudo figurarse.

Con mimosa ternura calmó la congoja de la pobre señora, hasta dejarla dormida en plácida sonrisa de felicidad que no había de ser turbada.

* * *

Poco tiempo después, Carmelina, anegada en amargo llanto, pero evidenciando en sus faz la más sublime abnegación, escribía unas líneas a Tomasico para que las recibiera apenas llegado a su destino.

—No me guardes rencor—le decía—; la bondad en que me envolviste hizo sentir a mi alma dulces emociones, que creí ser ese cariño que lo mismo da la vida que la muerte; me equivoqué; perdóname, aunque sólo sea pensando que quizá lo sienta más que tú.

A la misma hora en que Carmelina escribía palabras tan terminantes, Tomás, en el Casino, en la distribución de los fondos recaudados, decía a su padre:

—Reparta usted mi parte entre los demás; yo tengo bastante, mucho, con una flor que me dieron...

* * *

Al amanecer, desde una de las ventanas de la panera, vió Carmelina marchar a Tomás, despedido, junto al Fielato, por muchos amigos y parientes.

Sintiendo en el alma un frío que puso en ella tembloroso terror, bajó presurosa a cobijarse en los brazos de la que la diera el sér.

—¿Se marchó tu novio ya?—preguntó la anciana con entrecortada voz.

—No, madre; se marchó..., Tomasico; yo no tengo más novio que tú...





Es muy antigua la idea de conservar el corazón de los muertos aparte de sus cadáveres. Ya los egipcios tenían por costumbre meter, no sólo el corazón, sino también las demás vísceras, en vasos canópicos que colocaban dentro de la tumba, pero fuera del ataúd. Los cristianos sólo hemos seguido esta práctica cuando se ha tratado de un corazón célebre, o mejor dicho, del corazón de un hombre ilustre por cualquier concepto. Santos y santas, grandes héroes y hombres de ciencia han sido llevados a la tumba sin el corazón, que se ha procurado guardar aparte.

Angers, por ejemplo, conserva el corazón de Carlos de Anjou.

El del famoso rey inglés Ricardo, "Corazón de León", está en Ruan, aunque de él no quedan más que algunos fragmentos, que difícilmente pueden identificarse como restos de una víscera humana, metidos en un pequeño cofrecillo de plomo. Esta última reliquia fué descubierta en 1840, colocada en el cofrecillo que ahora la contiene y encerrada de nuevo bajo el coro de la catedral de Ruan; la caja en que antiguamente estaba encerrado figura hoy en el tesoro del mismo templo, con otras muchas curiosidades que el turista puede ver por la módica cantidad de 25 céntimos.

En España, en la basílica de Alba de Tormes, consérvase en un relicario el corazón de Santa Teresa de Jesús, con unas cuantas aberturas y señales como de cicatrices, que la tradición piadosa atribuye al dardo del Serafín a quien con frecuencia alude la santa en sus escritos. Reliquia española es también el corazón del ilustre cardenal Despuig, conservado en el convento de Santa Magdalena de Palma. Aquel prelado, al fallecer en Italia, quiso mostrar a su patria el amor que le tenía, legándole su corazón. Y a Santa María de Urrué fué a parar el corazón de Carlos el Malo, de Navarra, por disposición testamentaria de este monarca.

Algunos de estos corazones aislados de sus cuerpos han corrido singulares aventuras. Cuando Roberto Bruce, rey de Escocia, murió en 1329, dejó dispuesto que su corazón se depositase en la iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalén, para compensar en parte el no haber podido cumplir un voto que había hecho de ir en peregrinación a Tierra Santa. Sir James Douglas, uno de sus más fieles soldados, se encargó de llevar la víscera, y seguido de numerosa cohorte, desembarcó en España para ir por Italia y Grecia a Jerusalén. Al desembarcar en nuestro país, supo que el rey Alfonso se hallaba en guerra con los moros de Granada, y, llevado del espíritu de la época, no pudo

resistir la tentación de ayudar al ejército cristiano. En la primera batalla, en los campos de Teba, llevaba el corazón de Bruce en una cajita de plata colgada al cuello, y sacándolo de allí, lo arrojó entre los enemigos, gritando: "Ve adonde quieras, que Douglas, como siempre, te seguirá o morirá." Y allí cayó el valeroso escocés con muchos otros de sus compatriotas. El corazón de Bruce, en vez de ir a parar a Jerusalén, fué recogido por uno de los caballeros escoceses y llevado de nuevo a Escocia, siendo depositado en la Abadía de Melrose.

No hay que confundir este Bruce con uno de sus descendientes, Lord Eduardo Bruce, que en 1613 murió en desafío en Holanda y fué enterrado allí, pero cuyo corazón se envió a Escocia y fué enterrado en el patio de una iglesia. Nadie sabía dónde estaba esta reliquia, cuando en 1806 se desenterraron dos piedras planas unidas por visagras de hierro, formando como una caja; abrióse ésta, y dentro se encontró un corazón humano embalsamado y marcado con las armas de Lord Bruce.

La Historia refiere que cuando San Luis murió en Túnez, se le sacó el corazón y fué hervido en agua y vino a fin de conservarlo. Durante la primera república francesa se creyó haber descubierto en París este resto histórico; vuelto a enterrar, en 1843 se descubrió de nuevo, y fueron muchos los eruditos que se empeñaron en demostrar que el corazón encontrado era el de Luis IX, cuyos intestinos se hallan en Monreale, cerca de Palermo; pero una tradición muy verosímil sostiene que, por deseo de sus soldados, los huesos y el corazón del célebre rey de Francia fueron enterrados en el campo, de modo que la autenticidad de la supuesta reliquia deja bastante que desear.

En Austria, desde el siglo XIII, el corazón de todo Hapsburgo que facelle es enterrado aparte en un subterráneo de la capilla de los capuchinos de Neumarkt, en Viena. Encuéntranse allí ciento trece ataúdes conteniendo los cadáveres de otros tantos Hapsburgos, y ciento cincuenta y dos vasos de cristal montados en oro, cada uno de los cuales encierra el corazón de uno de dichos cadáveres y de otros que descansan fuera de allí.

Ahora que las cuestiones referentes a Polonia vuelven a ponerse en moda, no estará demás recordar que el corazón del patriota Kosciusko se conserva en el Museo polaco de Rapperschwyll (Suiza), Museo fundado por otro patriota polaco, el conde Plater, y que es una de las más elocuentes protestas contra una gran iniquidad histórica. El cuerpo de Kosciusko está

enterrado en Cracovia; su corazón lo heredó uno de sus mejores amigos, quien a su vez lo regaló a la noble familia Morosini con ocasión del matrimonio de una ahijada de Kosciusko con el conde Morosini. Este lo depositó en la iglesia de Vezio, cerca de Lugano; pero más tarde sus herederos comprendieron que aquella reliquia histórica no estaría en ninguna parte mejor que en el Museo de Rapperschwyll.

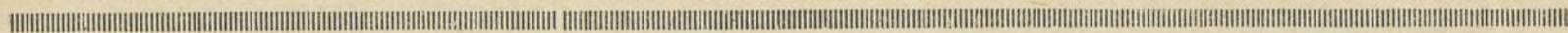
Por supuesto, que la costumbre de conservar los corazones separados de los cuerpos encierra sus peligros para los primeros. Recuértese lo ocurrido con el famoso naturalista Buffón. A su muerte, su cerebro fué regalado a su mejor amigo, mientras que el corazón lo guardaba su hijo. A la muerte trágica de este último, durante la tormenta revolucionaria de 1794, el corazón del sabio fué comprendido en la venta pública hecha en París a beneficio del pueblo, y desde entonces nadie sabe lo que ha sido de la víscera en cuestión, probablemente perdida para siempre.

Cuando se estaba embalsamando en Santa Elena

el cadáver de Napoleón, un médico militar extrajo el corazón, y para que no se perdiese lo tuvo aquella noche en su propio cuarto, dentro de una copa. De pronto, el ruido de vidrios rotos despertó al médico, que, mientras se restregaba los ojos, pudo ver cómo una rata escapaba, llevándose el corazón del emperador. Dícese que el médico substituyó la víscera por una de carnero, que metió en una cajita de plata llena de alcohol.

Algo parecido ocurrió con el corazón del regente de Francia, Felipe de Orleans. Habiéndose puesto a un lado su corazón para embalsamarlo, un perro danés que el príncipe había apreciado mucho se arrojó sobre la víscera sangrienta y se comió más de la mitad.

Es verdaderamente triste que no hayamos podido conservar corazones tan curiosos como el de Oquendo, del que se cuenta que tenía tres cerdas tiesas; Francia, más cuidadosa en esto, conserva los corazones de algunos de sus reyes; de sus filósofos, como Voltaire; de sus héroes, como La Tour de Auvergne y Kleber.



AÑORANZAS ACADÉMICAS

LAS VACACIONES DEL CENTENARIO

A él que no le fuesen con garambainas de fórmulas, con músicas de ecuaciones y con incongruentes futesas de empirismos inútiles: para ser un buen soldado no era menester más que corazón incommovible y firme conciencia del deber.

Claro está, que el oficial precisaba conocer los secretos de su profesión; pero el dominio de tales secretillos estaba en el estudio y examen de los reglamentos tácticos y no en la pedantería de algébricas combinaciones de letras; en el análisis concienzudo de los sabios preceptos de la Ordenanza y no en la intersección de bisectrices, ni en el cálculo de ordenadas de la analítica expresión de una curva; en la aplicación propia, rápida y eficaz de las máquinas de guerra y no en la especificación detallada de sus tornillos, bielas y excéntricas o en la ley de equilibrio de sus momentos de fuerza.

A mí dénme ustedes oficiales que sepan manejar la técnica y tácticamente los mecanismos bélicos; para el campo, prácticos, prácticos; los teóricos para el gabinete; la verdadera sabiduría consiste en tener la seguridad en la victoria, y ésta no se logra con n ni con v , sino con corazón sereno y con conciencia recta.

Esto decía, en síntesis, un día y otro en su cátedra de materias netamente militares, el capitán "Moltke"; que así le nombraban sus discípulos y con este remoque le conocemos nosotros.

Era fuerte de complexión, ancho de cara, con una amplia sotabarba que rebosaba oscilante del ceñido cuello de su "polaca"; eran pobladísimas sus cejas, entrecano su descuidado bigote de largas guías, corto

y ralo su pelo, carnosos sus labios y mofletudas sus coloradas mejillas.

Para los alumnos, aquel profesor tan firmemente enamorado de las Ordenanzas de Carlos III era "Moltke", porque en sus diarias explicaciones entonaba siempre un himno a la previsión del viejo mariscal, a la pericia de sus bélicos planes y a la sintética y sabia concisión de las observaciones apuntadas en sus famosas memorias.

Según decimos, Moltke, yo y otros sabios, solía advertir como prólogo de un apotegma táctico en el curso de sus explicaciones.

Sus preceptos doctrinales no admitían réplica; eran rotundos, enérgicos, decisivos. El, tan enemigo del bagaje matemático, sometía los conceptos tácticos a fórmulas incontrovertibles, precisas y exactas. Para él no cabía duda posible al ligar los combatientes con la naturaleza del terreno, las condiciones de las armas y las disposiciones del enemigo. En cada caso concreto la solución era única, y al exponerla, ya se sabía, el colofón de su pedagógico discurso era aquello de "Moltke lo ha dicho"; ¡eso es!

Con una táctica firme y rectilínea y una educación moral cultivada e inflexible, el éxito era innegable; de ahí que a una y a otra dedicase su flúida facundia pedagógica y al reducido léxico de sus famosas conferencias, siempre encabezadas con su egolátrico emparejamiento con el auténtico Moltke, y siempre finalizadas con la rotunda seguridad de ser lo dicho por él trasunto condensado de los escritos y dichos del prusiano mariscal.

Y si peregrinas eran sus explicaciones sobre el espíritu y aplicación de los reglamentos, éranlo, sin duda alguna, en superior grado, los comentarios a los artículos de la Ordenanza y la definición, aclaración, ejemplos y moraleja con que perjeñaba sus discursos sobre moral militar.

Las definiciones, o pecaban de ampulosidad divagatoria o se constreñían a un laconismo lacreante.

Había aquello de: Valor es, diremos, lo contrario del miedo. ¿Estamos? Yo creo que me habrán ustedes entendido. Por si acaso no, que los hay que no entienden o tienen cerradas a cal y canto las entendederas, repetiré: Decía que valor es no tener miedo. ¡A otra cosa!

Si el concepto definido no lograba abarcarlo con una concisión tan práctica, empezaba a bucear en consideraciones, divagaciones y recovecos diversos, y concluía perdiéndose en el fárrago de su oratoria, siempre amena, divertida y pintoresca.

Los argumentos eran en sus peroraciones didácticas de una contundencia convincente, y por ende los reforzaba con enérgicos puñetazos sobre el tablero de la mesa o con irónicas preguntas a los ocupantes de un banco, en que tenían asiento las figuras más salientes de la holgazanería cadetil.

—¿No es esto cierto, señor Escobillón? ¿Es o no verdad lo que digo? ¿Estamos!

—Sí señor. Totalmente verídico.

—¡Eso es! ¿Estamos?

Y el *sabio académico* (porque aquel banco era conocido por la Real Academia) se sentaba suspirando, como el que se acaba de quitar un tremendo peso de encima.

Cuando con ejemplos pretendía aclarar los vulgares conceptos de su perorata, las anécdotas se enroscaban a su oración fogosa, y sudando por todos los poros de su piel, concluía riendo a coro con sus discípulos los frutos de su chabacana gracia.

Siempre era protagonista de sus relatos episódicos, y en medio de estas inverosímiles narraciones, en las que resplandecía las más de las veces su heroísmo en la fratricida guerra civil, su marrullería con las patronas en los alojamientos del vivac, o con las locales autoridades en la percepción de bagajes y, a veces, hasta picardihuelas amorosas comentadas con gozosas carcajadas y nerviosos saltos sobre el asiento por el juvenil auditorio; en medio de estas narraciones, repito, admitía preguntas de acuciante curiosidad, siempre que el interpelado fuese uno de los *primeracos* en cartera.

¿A cualquier hora se atrevía a formular la más mínima objeción uno de los clásicos *colillas* de la clase?

Efecto de estos discursos, de aquellas definiciones, de los sabrosos comentarios y de las ingenuas anécdotas, "Moltke" llegó a ser también, si no en apodo,

en concepto, la encarnación viva del divertido "Gedeón".

Todos los chistes del calendario se le aplicaban, todos los cuentos más o menos baturros le tenían por protagonista inevitable, y a fuerza de referir cuentos, anécdotas y chascarrillos con su intervención, llegamos todos a creer cierto cuanto de él se aseguraba, aunque de mucho de lo comentado no se hallase testigo verídico que diese fe del dicho o del hecho.

Se fundió una bombilla eléctrica, y pidió al ordenanza de banderas que trajese *flúido*, que se había acabado.

(En otra ocasión le dijo un teniente, ayudante de profesor, que para un experimento eléctrico le habían faltado unos cuantos amperios. "Pues déme usted parte por escrito, ¿estamos? Estando yo de servicio no falta nadie.")

Miró el reloj de sol por la noche a la débil sombra de una cerilla, y aseguró que atrasaba mucho.

Y, por último, y cierro con ello el relato de esta rememoración de lejanos días, referiré que en aquel entonces era condición indispensable para disfrutar las vacaciones reglamentarias, ir de bueno en las tres para las de Carnaval; de dos buenos, cuando menos, en las de Semana Santa, y de un bueno como mínimo en las de Navidad. Celebróse el centenario de un popular autor dramático del siglo de oro de nuestra Literatura, y por telegráfica disposición hubo unos días extraordinarios de vacaciones para todos los que quisieran asistir a las fiestas, que se verificaban en Madrid. No pusieron límite de notas, y entre los que disfrutaron de aquel inesperado asueto, figuraba un recalcitrante perdigón de la clase de "Moltke", que por su arraigada e inalterable holgazanería no había salido de Toledo más que en el verano, desde que se filiara como alumno.

Y el primer día de clase, luego de elogiar al dramaturgo y aun de comentar algunos de sus famosos versos, imperecedero encomio del honor militar, agregó nuestro famoso Capitán:

—¿Conque usted, señor Martinete, ha disfrutado por error de estas vacaciones? ¿Estamos?

—No fué por error, mi capitán, es que no pidieron notas.

—Fué por error de emisión, ¿estamos?, porque con la precipitación telegráfica, ¡eso es!, no se fijó límite de aplicación; pero para el otro centenario, como no cogerá de improviso, no pida usted ir, que no irá. ¿No es eso?

—Sí, si señor, mi capitán, para el otro centenario no pediré ir, replicó Martinete compungido y confuso.

Y la clase aprobó la energía de "Moltke" con una histórica carcajada.

POLINOMIO



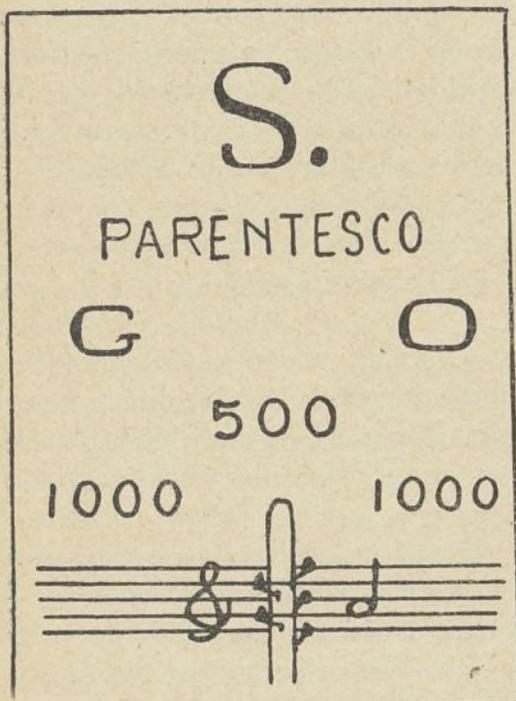


SECCION DE PASATIEMPOS

POR RAMON MARAVER



Número 1.—De Galicia.



—Mire, señor boticario, esta mañana usted me dió estricnina en vez de quinina.

—¿Sí? Pues me debe usted dos duros por la diferencia.

—Es que la tomó mi suegra y se murió.

—Entonces, no tiene usted para pagarme la diferencia.

Un pobre diablo pasaba el invierno con un traje ligero y de poco abrigo.

Encontróle un caballero que tiritaba de frío, a pesar de de ir muy abrigado, y le preguntó:

—¿Cómo es que usted anda tan tieso y ágil y yo no puedo valerme y me hielo?

—Porque yo—dijo el pobre—me pongo toda la ropa que tengo; haga usted lo mismo con toda la suya, y verá cómo entra en calor.

Asistía Quevedo a la representación de una comedia que despertaba mucho su interés. Uno que tenía al lado le dió un golpe en la espalda, diciendo:

—¿Es usted el señor don Francisco de Quevedo?

—Para servir a usted.

Al poco rato volvió su compañero a darle otro golpecito.

—Pues sepa usted, señor de Quevedo, que tenía yo tantos deseos de conocer a usted, que he andado ochenta leguas sólo por tener el gusto de verle.

—Gracias — contestó Quevedo, volviendo a prestar atención a la comedia que se representaba.

Número 2.—Charada.

—Te vi en la *todo*, al pasar, hablando con un hortera.
—Es que he bajado a comprar...
—¿Es eso para engordar?
—*Prima segunda-tercera.*

Su vecino no se arredra por tan poco, y dos minutos después volvió a dar el mismo golpecito en el hombro de Quevedo.

—Pues como le iba a usted diciendo, señor don Francisco, sepa usted que he andado ochenta leguas por tener el gusto de conocerle.

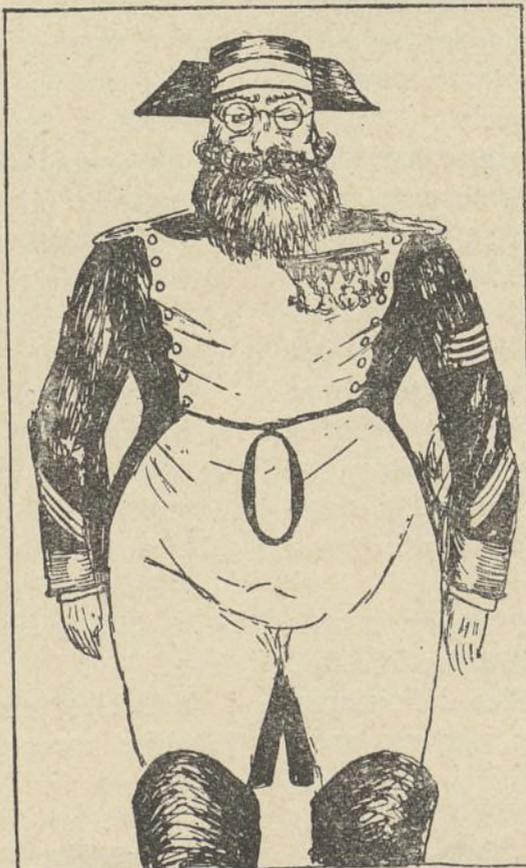
Quevedo empezó a amostazarse con su vecino; pero pudo en él más la prudencia que los deseos que tenía de poner fin a aquella escena de cumplimientos.

En esto llegó la principal peripécia de la obra. Quevedo, conmovido, aguardaba el desenlace: el público todo participaba de las mismas emociones.

Sólo su compañero miraba con indiferencia lo que pasaba en la escena, por no tratar más que de volver a la carga. Dió, pues, el cuarto golpecito, y volvió a repetir de nuevo:

—Señor don Francisco: sepa us-

Número 3.—Adornada.



COBARDE



AROSA

ted que, como llevo dicho, he andado ochenta leguas por tener el gusto de conocerle.

—Señor mío—le preguntó ya Quevedo—; ¿sabé usted cuál es el animal más grande de la tierra?

—Sí, señor: el elefante.

—Pues bien; señor elefante, ¿quiere usted dejarme oír la comedia?

El conde Stanig, que se había distinguido mucho en la guerra de América, se mostró desde un principio también ardiente patriota en la Revolución francesa; a pesar de esto, fué acusado ante el tribunal revolucionario.

—¿Cómo te llamas, ciudadano?

—Mi nombre es bastante conocido. Si vosotros lo ignoráis, cuando hayáis cortado mi cabeza, llevadla a los ingleses, que ellos me conocerán

Un paleta que tenía malas "explicaderas", como ellos dicen, se presentó al alcalde quejándose de su esposa, y comenzó así la arenga:

—Señor, vengo sobre mi mujer...

—Pues apéate, contestó el alcalde, que aquí nadie entra a caballo.

Por la calle de Alcalá iba un estudiante montado en un caballo tan flaco, que llamaba la atención de todos; y como tuviese sed, pidió un jarro de agua, y se puso a beber sin bajarse.

Entonces le dijo uno:

—¡Eh! cuidado con el agua, que suele hacer daño encima de las sardinas.

MAH-JONGG

JUEGO NOVEDAD

Precio del ejemplar, 60 céntimos. — Certificado, 90 céntimos.
LOS PEDIDOS A LA ADMINISTRACION DE ESTA REVISTA

REGLAMENTO Y CONTABILIDAD
por RAMON MARAVER

RECLUTAS DE CUOTA

Acudid para aprender la instrucción a la
ESCUELA CIVICO-MILITAR
La mejor y más conveniente.

ALMACENES DE S. GINÉS

Teodoro G. González

Tejidos, Géneros de Punto y Camisería

Proveedor Oficial de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra

ARENAL, 11 MADRID

¿CALLOS?

UNGÜENTO MAGICO

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres dias saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídale en farmacias y droguerías. 1,50. Por correo, 2 pesetas. FARMACIA PUERTO, Plaza San Ildefonso, 4, MADRID

Bibliographia Medica-Chirurgica

Revista quincenal

Redacción y talleres:

Calvo Asensio, 3.-MADRID

NIETOS DE JUAN MEDINA

Casa fundada en 1850

Barcelona: Rambla del Centro, 37. Madrid: Preciados, 21

Teléfono, 2889 A

Teléfono 35-15 M

Bordadores efectivos de la Real Casa. Primera en su clase en España. Manufacturas de Bordados, condecoraciones, roses, cascos, gorras, corrajes, galones, botones, espadas e insignias y distintivos de todas clases para el Ejército, Armada y Corporaciones civiles, Banderas y Estandartes para el Ejército, Marina, asociaciones, colegios, orfeones, edificios públicos y para consulados nacionales y extranjeros, así como escudos heráldicos para balcones y fachadas, bandas, fajines, medallas, bastones de mando, borlas, etcétera, etcétera

JESUS MARTINEZ

- ESPECIALIDAD EN GORRAS DE PLATO -
— — Roses — — CHACOTS Y KALPATS — —
Mayor, 57, MADRID. (Frente al café de Platerías)

¡¡ TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN !!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERA de las VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE

SERNA

COMPRO,
VENDO

Alhajas,
Papeletas del Monte,
Oro, Plata,
Relojos de buenas marcas,
Antigüedades,
Pianos, Autopianos
Escopetas,
Máquinas fotográficas,
Gramófonos,
Máquinas de escribir,
Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELEFONO, 53-51

ARTICULOS DE OCASION

BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos génito-urinaricos.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

IMPERMEABLES

de las mejores fábricas, se hacen a medida para señores Jefes y Oficiales.—Precios sin competencia.—FRANCISCO FERNANDEZ.—Caballero de Gracia, 2 al 6 (esquina a Montera), MADRID.

Teléfono 39-50 M.

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Goerz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205. - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. - Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

MELODIA S. A

MADRID Avenida del Conde de Peñalver, 1

PIANOS VERTICALES Y DE COLA

(FABRICACION ALEMANA)

AUTOPIANOS

INTERPRETADORES

MELODIA

Reproducen con absoluta exactitud las obras interpretadas por los mejores artistas del piano

Barniz charol blanco para correajes del Ejército

Perseverante en perfeccionar la fabricación de mis barnices para correajes del Ejército, hoy puedo ofrecer ya un nuevo barniz para correajes blancos, que por sus condiciones tiene grandes ventajas sobre el empleo del albayalde y la cola (procedimiento antihigiénico y dañoso para la salud). Por su fácil aplicación y rapidez en secar permite obtener en breve tiempo un cha-

Precio del frasco, 1,75 pesetas

UNICO FABRICANTE DEL ACREDITADO

BARNIZ AMARILLO



MARCA REGISTRADA

rolado tan perfecto, que en pocos minutos se presenta un correaje para una revista ::::::::::::::

MUESTRAS A DISPOSICION DE LOS SEÑORES JEFES QUE LO SOLICITEN

PARA CORREAJS DE LA GUARDIA CIVIL

Marca "EL TRICORNIO"

I. RODRIGO

TOLEDO, 90

MADRID

TALLERES DE IMPRENTA
Y ENCUADERNACION

PRENSA NUEVA

EDITORIA DE LIBROS Y REVISTAS

Obras, libros y folletos.

Impresos de todas clases.

ESPECIALIDAD EN

REVISTAS Y PERIODICOS

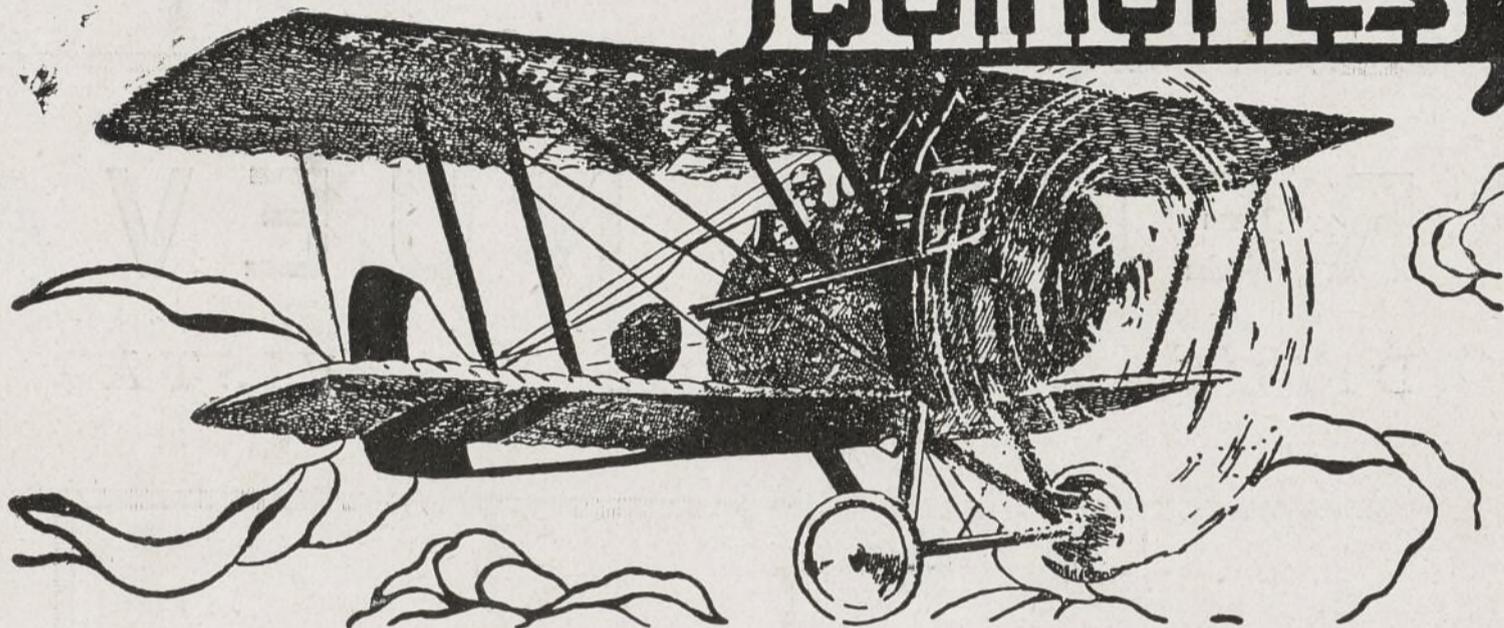
Confección esmerada.

Pontitud, economía.

Calvo Asensio, 3. --- Teléfono 32171

MADRID

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

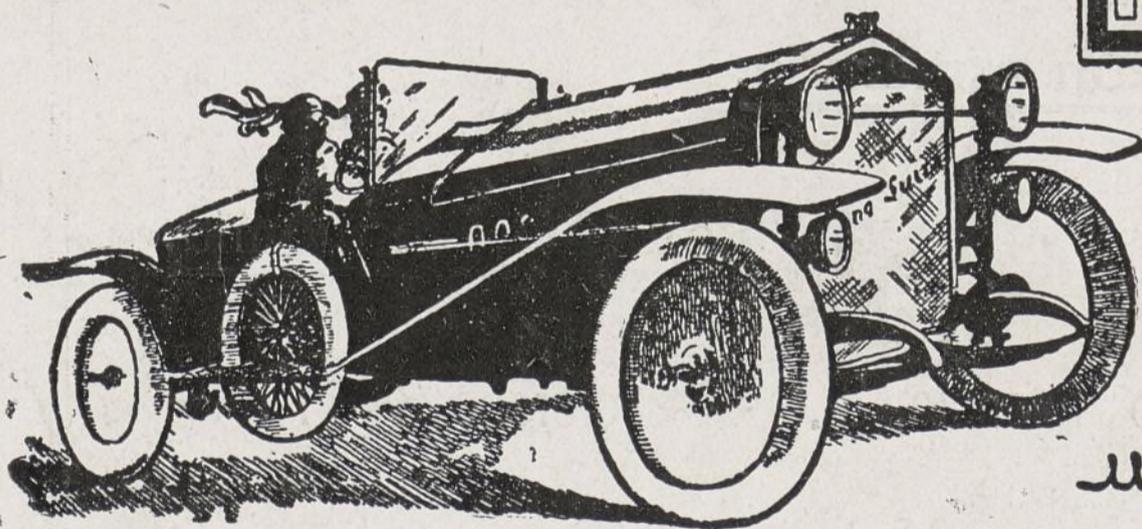
PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero —Accites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Viñales